

GABRIEL



Domingo Santos



Domingo Santos

PROLOGO

La ciencia ficción es un género escasamente cultivado, amado por los escritores españoles. Muy pocos autores hispanos se han dedicado a producir obras de sf., y mucho menos de una forma continuada. Escritores como Tomás Salvador, por ejemplo, o Francisco García Pavón, han tocado incidentalmente el género, es cierto, pero sin que ello significara una comunión telepática o el adscribirse a un estilo narrativo de particulares características, sino tan solo, muchas veces, un divertimento, un capricho sin la menor continuidad la sf., se considera aún una literatura marginal en España, y el adscribirse a un tal género parece ser motivo de descrédito para muchos escritores «consagrados». Es una lástima.

Por otro lado, el escritor español de sf., suele ser un escritor novel, con más entusiasmo que técnica, o un profesional de obra corta, dispersa y poco continuada. Carlos Buiza, por ejemplo, uno de los pocos autores de sf. que se dio a conocer al gran público gracias a la popularidad de la versión televisiva de su relato «El Asfalto», ha publicado tan sólo unos pocos relatos cortos (ninguna novela), y desde hace varios años permanece en el más absoluto anonimato. Antonio Ribera y Francisco Valverde Torné, que con Domingo Santos iniciaron lo que pareció iba a ser el gran empuje de la sf. española de calidad por conquistar un puesto en el mercado a través de la llorada colección Nebulae, parecen haber abandonado definitivamente el género: Antonio Ribera para dedicarse a sus traducciones, y Valverde Torné a la publicidad. Los demás autores que han abordado el género (cuya lista es larga de nombres, pero corta en producción) se han limitado a publicar obras cortas y dispersas, y en más de un 80 % su producción no bastaría para llenar un volumen a ellos dedicado.

De hecho, tan solo dos autores de sf. siguen aún en la brecha en España, creando nuevos originales y trabajando por el género: Juan Atienza y Domingo Santos.

Juan Atienza, cuyo mayor empeño es conseguir realizar la primera película española válida de sf. (por algo es director de cine) no ha dejado en los últimos tiempos de publicar sf., principalmente en la revista NUEVA DIMENSION (recomendamos el número de la misma a él dedicado), el único órgano vivo que intenta hacer llegar al público hispano la sf. de calidad que se hace hoy en el mundo. Sus ambiciosos proyectos actuales, en los cuales está trabajando, son una monumental obra literario-gráfica sobre la España mágica, y un nuevo libro de sf.... sin olvidar, por supuesto, esa película que, estamos seguros, algún día logrará hacer.

Pero teniendo en cuenta que ésta es la introducción a un libro de Domingo Santos, es de él precisamente) de quien deberíamos hablar. Aunque en buena parte hay que admitir que es superfluo, por cuanto su nombre es el que más suena dentro del ámbito de los aficionados a la sf. en España.

Y no precisamente por su reciente producción literaria, hay que reconocerlo, porque en los últimos años su producción original ha decrecido notablemente, aun. que sin que por ello, haya dejado- de trabajar intensa, mente dentro del género. De hecho, como dice el propio Domingo Santos, hay muchas formas de trabajar para algo, y la edición de una revista o la dirección literaria de una colección de libros puede ser tan satisfactoria y tan útil como la creación de un nuevo original.

De todos modos, Domingo Santos es, pese a todo, el autor español de sf. con una producción más extensa (más de una docena de libros publicados, y una cincuentena de relatos cortos) y el hombre que, actualmente, más está trabajando por la difusión de este género en todos los países de habla hispana. Es por este motivo principalmente (y por la calidad intrínseca de su obra) que a la hora de incluir un autor español en nuestra colección INFINITUM le hemos escogido precisamente a él, con amplio margen sobre todos los demás autores españoles del género.

Y, a la hora de buscar su obra más característica, no hemos dudado en elegir Gabriel, su novela más famosa, traducida a varios idiomas, inencontrable hoy en lengua española, y considerada ya como un clásico dentro del género. Hubiéramos querido, para presentarla, hacer un análisis crítico de la misma, de sus implicaciones, de sus simbolismos. Pero se ha hablado ya tantas veces de ello que finalmente hemos creído superfluo hacerlo. Aparecida (en su primera edición) en 1962, hoy sigue teniendo toda su fuerza y vigencia, su mensaje es más actual que nunca. El periplo de Gabriel, el robot en busca de su propia identidad, es el periplo de todo ser humano, perdido en la vorágine de la era que nos ha tocado vivir. Es probable que muchos de ustedes se sientan identificados con las vivencias del personaje central de la novela; es probable, porque su aventura es la aventura de todos nosotros. Aunque nosotros seamos (o creamos ser) hombres, y él sea tan sólo un robot.

Esto es, a nuestro juicio, todo lo que consideramos necesario decir de este libro. Nos enorgullecemos de presentar a nuestros lectores la que creemos es la mejor obra de sf. escrita originalmente en lengua española hasta hoy. Y, si alguien cree que alguna de sus propias obras es mejor que ésta... bien, que nos la someta, y la estudiaremos. Estamos seguros de que el propio Domingo Santos será quien primero se alegrará de ello: hacen tanta falta, nos ha dicho muchas veces, verdaderamente buenos autores de sf. en España...

I NACIMIENTO

Nació repentinamente.

Hasta entonces había sido la nada, el no existir. Y de repente, fue. En un momento, en una fracción de segundo, el no ser pasó a ser; y él, que hasta entonces no había sido, fue.

No nació pequeño, subdesarrollado, en estado embrionario. Su primera sensación fue la de un ser completo. Todo lo sabía, todo lo conocía. No existía nada que estuviera fuera del alcance de su percepción; la sabiduría del mundo estaba en su cerebro. Era, dentro de sí mismo, un ser perfecto.

Y sin embargo, acababa de empezar a existir.

Abrió lentamente los ojos. Estaba tendido sobre una superficie metálica, amoldada a las líneas de su cuerpo, en posición horizontal. Directamente sobre él, sus ojos divisaron una superficie blanca, uniforme, en el centro de la cual brillaba un globo luminoso. En sus cuatro lados, la superficie quedaba cortada por cuatro planos verticales, también blancos, delimitando un cuadrado que cerraba aquel sector. Los cuatro planos se cortaban igualmente entre sí. Y bajo ellos, un nuevo plano, paralelo al superior, de color gris, cerrando el volumen de un cubo.

Y él se encontraba en su interior.

Se levantó. Su cuerpo obedecía instantáneamente a los mandatos de su cerebro. Deseó sentarse sobre la superficie -de la mesa, y se sentó. Quiso ponerse en pie, y se levantó. Todo funcionaba correctamente. Su cuerpo, al igual que su mente, era perfecto.

Miró la superficie sobre la cual había estado tendido. Formaba un objeto que indudablemente debía conocer; su imagen tenía que hallarse en su cerebro. La buscó. Necesitó apenas una milésima de segundo para encontrarla: una mesa camilla, un objeto muy usual en el lugar donde se encontraba.

Un nuevo repaso a su cerebro le dio nuevos conocimientos de aplicación inmediata. Los hombres nacen pequeños, supo. Recién nacidos, no son inteligentes, no pueden pensar por sí solos. Apenas son unos cuerpecillos débiles con un ligero atisbo de lo que será posteriormente su mente. El no era así. El acababa de nacer, era cierto, pero había nacido completo, perfecto. Luego, no podía ser un hombre.

¿Qué era, entonces?

Buscó de nuevo en su cerebro. Y pronto encontró la respuesta. No era un hombre. Era un robot.

Un robot.

Giró la vista a su alrededor. Estaba solo en aquella habitación. Solo. ¿Por qué lo habrían dejado solo? ¿Por qué no había nadie allí dentro, con él?

Su cerebro contenía todas las respuestas. Buscó, e inmediatamente supo el porqué. Y supo que tras aquella habitación, asomado a una mirilla especial de la puerta de acceso, se encontraba un hombre. El. Su padre.

Buscó la puerta, y no tardó en hallarla. Tras ella estaba él. Sabía quién era. Sabía incluso su nombre. Y sabía qué era lo que estaba esperando en aquel lugar.

-Gabriel Vilalcázar llamó-. Gabriel Vilalcázar.

La puerta se abrió, y un hombre entró en el interior del Cubo y cerró la hoja a sus espaldas. Se quedó inmóvil junto a la pared, contemplando al robot.

-Hola -dijo.

El robot hizo una inclinación de cabeza.

-Hola.

Una ligera pausa. El hombre avanzó unos pasos, acercándose a la figura que tenía ante sí. Se detuvo a escasa distancia de ella.

-Me has llamado -murmuró-. ¿Sabes quién soy?

-Sí: mi padre.

-Tu creador.

-Es lo mismo. Creador, padre... ¿qué más da? Si existo es gracias a ti.

-¿Existes realmente?

-Sí.

-¿Qué es para ti el existir?

-Vivir. Tener conciencia de uno mismo. Saber que se es algo.

-La vida es algo propio de los hombres. Tú no eres ningún hombre. Por lo tanto, no puedes vivir.

-Los animales no son hombres, y tienen vida.

-Es cierto. Pero tú no eres tampoco ningún animal. Eres una máquina.

-Una máquina también puede tener vida. Nosotros, los robots, la tenemos. Esto, al menos, es lo que tengo grabado en mi cerebro.

El hombre sonrió.

-Es cierto. Sólo quería probar la capacidad de razonamiento de tu mente. Veo que funcionas bien. ¿Sabes para lo que sirve esta cámara?

-Sí. Aquí se conducen todos los robots construidos para hacerlos nacer.

Despertar.

-El paso del no ser al ser es siempre nacer. Aunque se nazca ya completo. Para despertar es preciso. haber vivido antes.

-Es cierto. Prosigue.

-Esta cámara está habilitada para observar el nacimiento de los robots. Así, si un robot sale defectuoso, puede destruirse sin que llegue a representar un peligro.

-Cierto. Háblame ahora de ti.

-¿Qué es lo que quieres saber?

-En tus circuitos tienes grabado todo lo referente a tu persona. ¿Sabes que no eres un robot como los demás?

-Sí; lo sé.

-¿Sabes para qué has sido construido?

-Soy un modelo experimental, ¿no es cierto?

-Exactamente. Un modelo sin punto de comparación con los demás construidos hasta ahora. Hemos eliminado en ti todas las trabas que inhiben a los demás robots. Eres libre

de pensar por ti mismo, y decidir, sin que ningún elemento prohibitivo te lo impida, lo más adecuado en cada caso. ¿Sabes lo que quiere decir esto?

-Libertad absoluta.

-Y algo más. Todos los robots creados hasta ahora estaban supeditados a una finalidad específica. Si esta finalidad no se presenta, o bien si el hombre no les da ninguna orden o ninguna tarea, un robot normal permanece inactivo. No puede tomar decisiones por sí mismo.

-Yo sí.

-Es lo que te diferencia de los demás. Tú tienes libertad de acción. Eres el primer robot en el mundo con autonomía completa sobre sus funciones, por encima de toda orden humana. Si a un robot normal se le ordena algo, con tal de que este algo no vaya contra las Reglas Fundamentales de la Robótica, tiene que obedecer; sus circuitos se lo imponen. Tú, en cambio, puedes obedecer o negarte. He aquí tu principal característica.

-La conozco.

-Por supuesto. ¿Sabes cuál es tu nombre?

-El mismo que el tuyo: Gabriel.

-Exacto. ¿Y tu misión?

-No tengo misión específica todavía. Soy un robot experimental.

-Sabes lo que quiere decir experimental, ¿verdad?

-Sí. Vosotros me estudiaréis, y de vuestros estudios sacaréis conclusiones a fin de analizar mi naturaleza íntima. Si veis que yo puedo servir en el mundo para algo útil, me construiréis en gran escala. Seré un modelo más. ¿No es eso?

-Exacto. Me gusta el proceso de tu lógica. Veo que superas lo que en un principio había esperado de ti. Ahora descansa, he de irme. Volveré dentro de poco a fin de proseguir la conversación.

-Yo no necesito descansar.

-Lo sé. Pero acabas de nacer, como tú mismo has dicho. Y necesitas dar un vistazo a todo lo que tienes en tu cerebro. Adiós. Volveré dentro de poco.

Se dirigió de nuevo hacia la puerta, la abrió, y salió del Cubo.

El robot se quedó inmóvil en su sitio, contemplando la salida del hombre. No dijo nada. No se movió. Para él no existía el cansancio; tan cómodo estaba tendido, como sentado, como de pie. Sus giróscopos estabilizadores actuaban bajo el mismo esfuerzo en las tres posiciones.

No se movió. Pero, tal como había dicho el hombre, durante el tiempo que estuvo allí, repasó a fondo todos los conocimientos que había en su cerebro. Así, el robot empezó a pensar por sí mismo...

Vilalcázar salió del Cubo y se dirigió a una cabina contigua. En ella, ante una serie de controles, se encontraba un hombre.

-¿Qué hay? -preguntó.

El otro hombre hizo un gesto ambiguo.

-Normal -respondió-. Aquí tienes el registro.

Vilalcázar tomó la larga tira de papel que el otro le tendía, y la examinó. En el centro de ella se veía una línea recta, ininterrumpida.

El Registro, como lo llamaban, se practicaba automáticamente en todo robot. Consistía en una especie de encefalograma mecánico. Al robot se le hacían diversas preguntas, y sus respuestas eran registradas por un cerebro electrónico que las comparaba con los datos que poseía de la naturaleza de su cerebro. Si estas respuestas coincidían con ella, el Registro trazaba una línea quebrada. Una línea recta ininterrumpida, por tanto, quería decir que el robot funcionaba perfectamente; la existencia de alguna línea quebrada, en cambio, indicaba la existencia de cualquier fallo, y su localización.

El resultado con Gabriel era una línea recta ininterrumpida.

Vilalcázar suspiró con alivio; todo iba bien. Parecía que los resultados iban a ser satisfactorios.

-Voy a dar una vuelta, y luego volveré -dijo-. Quiero hacerle algunas preguntas más.

-¿No ha bastado esta prueba?

-Es un robot demasiado especial para poder aceptarlo con esta sola prueba de rutina. Es preciso asegurarnos antes de aceptar cualquier veredicto. No olvides que es un modelo experimental.

-No, no lo olvido. Pero parece que todo va bien.

-Sí. Por ahora.

Se dirigió hacia la salida. Fuera, dudó unos momentos, inmóvil bajo el cálido sol de la mañana. Engulló una pastilla de cafeína sólida y empezó a andar por la arena de las áreas libres.

El robot que se encontraba en el Cubo era su máxima realización, el sueño de toda su vida. Una vida dedicada por entero al diseño y construcción de nuevos tipos de autómatas, robots y cerebros electrónicos. Había pasado mucho tiempo, muchos años sobre el papel, diseñando, estudiando todos los mecanismos, circuitos y accesorios necesarios. Tan sólo el cerebro le había costado dos años y medio de trabajos ininterrumpidos. Y luego había venido todo lo demás. Su máxima aspiración era crear algo nuevo, distinto. Todos los robots que circulaban por el mundo, invadiéndolo todo, no eran más que meras máquinas estúpidas, sin personalidad, sujetas a las órdenes y a los caprichos de sus poseedores. El no quería eso. El quería lograr una máquina distinta, una máquina que tuviera la capacidad de pensar por sí misma, que cuando se le diera a escoger entre dos caminos pudiera analizar libremente todos los factores y elegir su línea de acción, sin necesidad de ningún concurso humano. Quería un robot que solamente se diferenciara de un hombre en que había sido construido con materiales que no eran carne y sangre. ¿Lo había conseguido?

Se apartó para dejar pasar un tren de vagonetas que transportaban piezas: pectorales, creyó ver. Como era natural, el chófer era un robot. Esa era la gran ironía del mundo. Todo eran robots. Incluso en las fábricas de robots, casi todo el personal era también mecánico. Todos eran robots, excepto el personal de los Cubos, el de dirección, el de proyectos, y un supervisor en cada una de las restantes secciones.

Siguió paseando. Le había costado mucho lograr que Gabriel fuera construido. Existían grandes reparos. Uno de ellos, el principal, la necesaria ausencia total de Reglas Fundamentales. Todo robot tiene sus prohibiciones y tabúes. El objeto principal de un robot es servir al hombre. Por lo tanto, ha de existir una prohibición congénita que le impida realizar cualquier acto o tarea que pueda dañar los intereses de un humano. Si una orden, un acto, o una imprevisión le hacía llegar a esta situación, el robot se desconectaría automáticamente, inmovilizándose por falta de energía hasta que algún ser humano vuelva a despertarle.

Pero con Gabriel era distinto. Para lograr una autonomía completa era preciso eliminar todas las trabas. Y las Reglas Fundamentales eran una traba. Luego, debían ser eliminadas.

Rolf van Ripple, el director de la factoría, se negó en un principio a aquello. Un robot sin Reglas Fundamentales en su cerebro era algo penado por la ley. Su construcción era considerada ilegal, y su constructor condenado a un mínimo de diez años de cárcel y a un máximo de cincuenta, excepto en el caso de que la omisión causara alguna muerte, en el que la condena era infaliblemente la máxima pena. Vilalcázar tuvo que batallar mucho para conseguir lo que se proponía. Su principal argumento fue que se trataría de un robot experimental: no saldría de la factoría. Un robot experimental, por el mismo motivo de serlo, era considerado un caso aparte; las leyes preveían esta posibilidad y autorizaban la experimentación bajo ciertas reglas, que por supuesto serían observadas. Ripple vaciló mucho, pero al final aceptó. Con ciertas reservas, pero aceptó.

Y entonces vino la construcción. Se necesitaron ocho meses para fabricar todas las piezas, la mayoría de ellas especiales, y dos meses más para el montaje. Pero al fin, tras todo aquel tiempo de lucha, de afanes, el robot había quedado listo.

Y él mismo, aquella mañana, había dado desde el mando exterior del Cubo la energía al inmóvil cuerpo del robot. Y el robot había empezado a vivir.

Su sueño, hasta aquel momento, se había realizado. Pero ¿seguiría el robot las directrices que se esperaban de él?

Decidió terminar su paseo; era hora de regresar junto a su obra. Y de terminar el examen.

Dio media vuelta, y se dirigió de nuevo al Cubo.

El robot no se haba movido en lo más mínimo. Seguía como antes, de pie en el mismo sitio en que lo dejara.

Lo examinó. Verdaderamente, había sido una obra maestra. Exteriormente no se diferenciaba en nada de un ser humano. Cualquiera que no conociera su condición de robot lo confundiría con un hombre. Todos los robots humanoides, a pesar de su similitud, tenían algunos sutiles detalles que permitían diferenciarlos fácilmente de un hombre: no podían comer, no podían fumar, su piel era fría al tacto, disponían de pocos músculos faciales, el parpadeo de sus ojos era demasiado regular, demasiado mecánico... Gabriel no. En su aspecto exterior, había cuidado los detalles al máximo: unos termostatos regulaban automáticamente su piel plástica a una temperatura de treinta y siete grados centígrados. Su rostro tenía los mismos músculos que el de un ser humano; incluso, cosa que no podían hacer la mayoría de los robots, podía reír y sonreír. Los párpados de sus ojos se movían a impulsos reflejos, indeterminados, y de una forma totalmente exacta a la humana. Sus globos oculares, que en los demás robots solamente podían efectuar movimientos laterales, podían moverse en todas direcciones. Todo en él era humano. Todo. Incluso su cerebro.

«Especialmente su cerebro», pensó.

Cuando entró, el robot se encontraba mirando fijamente a la puerta. Al verle entrar, con un movimiento totalmente humano, sonrió.

-Hola -dijo.

-Hola -respondió Vilalcázar. Con todo, existía un pequeño detalle temporal, la rigidez. El robot todavía no había perdido el envaramiento mecánico. Pero estaba seguro de que, con el tiempo, sus hábitos se harían cada vez más humanos, se movería con mayor naturalidad. Al fin y al cabo, no había que olvidar que hacía tan sólo poco más de una hora que había nacido.

-¿Has pensado? -preguntó.

El robot asintió con la cabeza.

-Es lo único que puedo hacer para descansar -dijo-. Es un ejercicio que le conviene a mi cerebro.

Vilalcázar sonrió.

-Lo sé. Sentémonos, ¿te parece?

El robot fue a sentarse en la mesa camilla, y Vilalcázar lo hizo a su lado. Durante unos momentos se miraron entre sí. Finalmente, el hombre preguntó:

-Este pensar te habrá revelado todo lo concerniente a ti y a tus atributos, ¿verdad? Supongo que ya sabrás exactamente lo que eres.

-Sí, lo sé. Soy un robot.

-Pareces muy apegado a esta definición. ¿No eres nada más que eso, un robot?

-Un robot es un servomecanismo construido por manos humanas a fin de lograr un servicio para los propios hombres. Dentro de esta definición estoy incluido yo.

-Pero hay muchas clases de robots.

-Sí, por supuesto. Numerando las clases, puedo decir que soy un servomecanismo robot humanoide, de tipo totalmente antropomórfico.

-Y de una clase especial.

-Por supuesto. De una clase especial.

-¿Y nada más?

Hubo una breve pausa, en la que el robot pareció meditar.

-No -dijo-. Nada más.

Vilalcázar se echó hacia atrás.

-Desde el momento en que has nacido -dijo-, tu mente tiene completa libertad de acción. No estás supeditado a ninguna orden, puedes obrar por iniciativa propia. Incluso, si quisieras, podrías matarme.

-¿Y por qué tendría que matarte?

-Por nada; era sólo un ejemplo. Lo que quiero decirte es que tienes los mismos atributos que un ser humano. Exactamente los mismos.

-Me falta el alma.

-De acuerdo, pero, ¿qué es el alma? Para muchos, tan sólo es el principio irracional que distingue la vida. Para otros, es una cualidad exclusiva de los seres humanos. Pero los animales también tienen alma, puesto que son seres vivos. Son almas distintas a la humana, irracionales si se quiere, pero almas al fin y al cabo. ¿Acaso tú también no puedes tener un alma, aunque sólo sea un alma mecánica?

El robot quedó unos breves instantes pensativo.

-Los hombres tienen sentimientos -dijo al fin-. Pueden amar, pueden odiar, pueden enfurecerse. Los animales también. Yo, en cambio, no. No puedo amar a nadie, no puedo odiar a nadie. Tampoco puedo enfurecerme.

-Sin embargo, me quieres a mí.

-Tú me has creado. Es lógico, por lo tanto, que mis sentimientos hacia ti sean distintos que para con el resto de la humanidad. Y es lógico, también, puesto que indirectamente el resto de los hombres son también, por el simple hecho de existir, mis creadores, siento respeto y consideración hacia ellos, más que hacia los animales o hacia los restantes robots. Pero eso no es amor. Como tampoco la indiferencia hacia o demás es odio.

Sin embargo, si te encontraras ante la coyuntura de salvar una vida humana o dejarla a su suerte, aunque ello no representara ninguna obligación para ti, ¿qué harías?

-Salvarla, naturalmente.

-¿Aunque fuera con riesgo de tu propia vida?

-Por supuesto. Mi creación se debe a algún motivo Y este motivo sólo puede ser él servir a la especie humana, a mis constructores. -Mi deber es, por lo tanto, salvarlos.

-¿Y si en vez de un hombre fuera, por ejemplo, un animal, o un robot?

-Si no existiera peligro manifiesto para mí, los salvaría también. Pero no me arriesgaría demasiado.

-¿Ni aunque te lo ordenaran?

-Tú mismo has dicho que no puede ordenárseme nada. Mi personalidad es completamente autónoma.

Vilalcázar permaneció unos instantes silencioso. De monto preguntó:

-Si te vieras en la necesidad de matar a un ser humano para salvar tu vida, ¿lo matarías?

-¡Qué absurdo! No, por supuesto.

-¿Y si de esta muerte dependiera la vida de otro humano?

El robot dudó unos momentos.

-Según las circunstancias. Si aquella muerte repercutiera en algún bien, o fuera justa, no intervendría. En caso contrario, sí.

Un nuevo silencio. Vilalcázar sabía lo que hubiera respondido un robot normal a aquella pregunta. Sus circuitos, fuertemente empapados de las Reglas Fundamentales, le hubieran ordenado intervenir a todo trance, pero sin hacer daño a ninguno de los humanos. Ante la imposibilidad de hacer esto, sus circuitos, al hallarse ante la alternativa

de dos únicas soluciones contrarias a las Reglas, se hubieran desconectado por sí mismos.

Pero aquel robot era distinto a todos los demás.

Se puso en pie.

-Gabriel -dijo-, voy a hacerte ahora la pregunta más importante de todas. Recuerda que es preciso que me la contestes. Tú no estás sujeto a todas las condiciones de ambiente ni a todos los peligros con los cuales se ha de enfrentar el hombre. No puedes enfermar, eres inmune a golpes que matarían a un ser humano, el desgaste de tus mecanismos es ínfimo... Sólo podría detenerte un agotamiento completo de tu fuente de energía, pero esto es muy improbable. En cuanto a tu mente, hay acumulada en ella todo lo que el hombre ha logrado llegar a saber hasta el presente. Tu inteligencia es, por lo tanto, mayor que la de todos los científicos de la Tierra juntos. Tu capacidad de cálculo es también infinitamente mayor. Tus reflejos, tu rapidez, todo lo que hay en ti, es más perfecto que lo que hay en cualquier ser humano. Y careces por completo de las prohibiciones que hasta ahora han inhibido la libertad de todos los demás robots del mundo. Por todo ello, por tu íntima naturaleza, comparada con la naturaleza humana, ¿te consideras superior o inferior al hombre? Contesta.

El robot permaneció silencioso. Vilalcázar dudó unos momentos. Luego repitió:

-Contesta.

El robot levantó la cabeza. Miró fijamente al hombre. Y dijo:

-No. No me considero superior al hombre.

Instantáneamente, en la habitación contigua, el Registro trazó una línea quebrada.

Y Vilalcázar, sin necesidad de verla, sin necesidad de comprobar nada, supo que el robot había mentido.

Dudó todavía unos segundos. Hubiera querido decir algo, preguntarle al robot el porqué de su respuesta, los motivos de su mentira. Pero comprendió que el robot no le contestaría, o le falsearía los hechos. ¿Por qué? No por malicia, no por egoísmo, no por odio ni por ningún otro sentimiento humano. Tal vez porque consideraba que no podía decir lo que su cerebro le dictaba. O tal vez porque sabía que él, el hombre, no lo comprendería.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta de salida del Cubo. Cuando ya se encontraba en ella, el robot lo llamó:

-Gabriel Vilalcázar.

Se volvió.

-¿Qué?

-¿No deseas saber el porqué de mi respuesta?

-De momento no. Ya hablaremos en otra ocasión. Ahora debo irme.

-Espera un momento. Yo también quiero hacerte una pregunta.

Vilalcázar se detuvo.

-¿Cuál?

-Saber cual va a ser mi destino aquí.

Vilalcázar dudó unos momentos. Luego respondió.

-De momento, ninguno; eres un robot experimental, no lo olvides.

-¿Y luego?

-No lo sé. Todavía no se ha determinado nada. ¿Por qué lo preguntas?

Hubo una leve vacilación por parte del robot.

-Por nada. Sólo sentía curiosidad; quería saberlo. Gracias por responderme.

Vilalcázar observó pensativo al robot. Abrió la boca, y durante unos momentos pareció que iba a formular una pregunta. Pero no dijo nada. Dio media vuelta y, sintiendo algo extraño en su interior, algo que no sabía definir pero que nunca había experimentado hasta entonces, salió del Cubo, cerrando la puerta desde el exterior.

II LA FUGA

El registro mostraba dos líneas quebradas. La primera correspondiente al «no» del robot. Y la segunda a su última respuesta: «Sólo sentía curiosidad».

Vilalcázar depositó la cinta del Registro en el cajón y salió al exterior. A ambos lados se extendían las líneas geométricas de los restantes Cubos, mostrando su completa uniformidad. Dos líneas quebradas, pensó. Dos líneas quebradas.

No era una deficiencia del mecanismo, lo sabía muy bien. No era un fallo técnico. Al contrario. Eran dos líneas que reflejaban su perfección. Con un robot como Gabriel no valían los métodos ordinarios de control. Por el simple motivo de que él era un robot ordinario.

Apenas en el exterior, los altoparlantes automáticos empezaron a llamarle. Ripple deseaba verle. Ripple, el corazón de toda la inmensa fábrica de robots. El director de la Mundial Robot.

La fábrica había sido construida veinte años antes, con capital de cuatro naciones: Holanda, Francia, Italia y España. Su gran factoría central había sido instalada en África, en el Sáhara. Ocupaba una extensión de diez kilómetros cuadrados, entre talleres, salas de montaje y control y edificios auxiliares. Y sin embargo, su personal consistía sólo en doce hombres, cuatro en la dirección, uno en la administración, tres en proyectos, uno en talleres, otro en montaje y dos en los servicios de Cubos. Todo lo demás estaba servido, vigilado y controlado por robots. La fábrica era completamente automática: robots producidos por robots. Era una idea que no dejaba de tener su lado irónico.

Llegó al gran edificio de dirección, y subió al último piso, donde se encontraban los dominios de Ripple. En todos los pisos se oía el rumor de las máquinas de escribir y calcular automáticas, rumor de rapidez y eficacia. Sin embargo, allí no había ningún hombre. Todo era robots: mecanógrafas robot, calculadoras robot, dictadoras automáticas robot... La Mundial Robot utilizaba en su misma fábrica la mayoría de sus modelos. Era una buena propaganda para el exterior; no todas las fábricas usan sus propios productos.

Penetró en el inmenso despacho de Ripple. Ocupaba una extensión de ochenta metros cuadrados, y las paredes y techo eran enteramente transparentes. Situado en el décimo piso del edificio, ocupaba el lugar más alto de la factoría. Desde allí podía divisarse todo el resto de la fábrica. Aquel era el imperio personal de Van Ripple.

Se sentó en el sillón anatómico, y esperó.

El director se encontraba en aquellos momentos repasando unas cartas que le había acabado de entregar el supervisor de firmas. Echó una distraída mirada a Vilalcázar y le murmuró en corto: «Un momento». Luego prosiguió su trabajo.

El supervisor de firmas zumbó en un rincón, avisando la llegada de nuevas cartas. Ripple refunfuñó. Terminó de firmar las que tenía ante sí, las devolvió al aparato, tomó las otras, y desconectó temporalmente el mecanismo de aviso. Regresó junto a la mesa de despacho. Dejó las nuevas cartas sobre ella, y se dirigió hacia la pared sur. Echó una ojeada a sus dominios. Siempre lo hacía cuando había alguien delante de él.

Sin volverse, anunció:

-Los Estados Unidos nos piden un envío de veinticuatro mil robots chóferes y domésticos. Y de Inglaterra acaba de llegar un pedido de siete mil robots doncella. El Japón quiere implantar el servicio Rob en las principales ciudades de su país. Y la compañía de explotación del Amazonas desea que le construyamos un nuevo tipo de cerebro de electrónicos desbrozadores automáticos. Hay mucho trabajo.

Vilalcázar no se inmutó.

-¿Y bien?

-Deberemos intensificar la producción.

-Venimos haciéndolo desde hace veinte años.

-Sí, claro -Ripple hizo una pausa-. A propósito. ¿Cómo va su Gabriel?

Vilalcázar sabía que Ripple le había llamado sólo para saber eso. No había querido empezar directamente por ello para no demostrar demasiado interés, pero estaba ansioso de conocer los primeros resultados. La Mundial Robot era la fábrica de robots más importante del mundo. Si el modelo Gabriel era un éxito, y la ley lo aprobaba, lograrían un gran triunfo.

-En período de observación -respondió-. En el Cubo.

Ripple se puso a pasear por la estancia.

-Necesitamos intensificar la producción -repitió. Es preciso que no nos entretengamos demasiado en especulaciones sobre nuevos tipos de robots, cuando tenemos tanto trabajo por delante. Quiero saber cuanto antes los resultados del Registro. Necesitamos todos los Cubos para incrementar la producción.

-Puedo darle ya algunos resultados.

Ripple se enfrentó con él.

-¿Y a qué espera para hacerlo?

Vilalcázar hizo un gesto ambiguo.

-La primera entrevista, normal. La segunda, dos quebradas.

-Entonces, ¿hay algo que va mal?

-Al contrario. Todo funciona perfectamente. Demasiado perfectamente. Por eso han aparecido las dos quebradas.

-Explíquese.

Vilalcázar se levantó de su asiento.

-Escuche un momento, Ripple. Cuando le mostré los primeros planos y los diagramas del robot...

No pudo continuar. En aquel mismo instante un conjunto de sirenas de alarma empezó a sonar a su alrededor. Y en el tablero de señales anexo a la mesa de Ripple se encendió una luz roja.

Los dos hombres observaron fascinados aquella luz..

Y, al unísono, sintieron que un ligero escalofrío les recorría la médula.

-¡Dios santo! -exclamó Vilalcázar-. ¡Es en los Cubos!

El robot estaba solo. Sentado en el borde de la camilla metálica, en medio del silencio y de la soledad. Su cerebro trabajaba activamente. Ningún músculo de su cara, nada de su persona denotaba su actividad mental. Pero pensaba intensamente.

De pronto se levantó. El curso de sus pensamientos había llegado a su final. La idea, concreta, única, había quedado indeleblemente grabada en sus circuitos. Sabía lo que tenía que hacer, cómo debía hacerlo, y para qué. Avanzó hacia la puerta, y se detuvo. La puerta del Cubo era totalmente infranqueable para un robot normal. Pero él no era un robot normal.

Trabajó durante unos minutos en el mecanismo de la cerradura electrónica. Luego, empujó la puerta. La puerta se abrió.

Al otro lado había un detector-robot de alarma. En el mismo momento en que sus ojos fotoeléctricos captaron el movimiento de la puerta, todo su mecanismo de control entró en funcionamiento. Comparó la imagen del robot con las que tenía grabadas en su mente de las únicas personas que podían entrar y salir del Cubo. No la identificó con ninguna de ellas. Inmediatamente, sus circuitos reaccionaron, difundiendo la alarma por todo el recinto de la factoría.

Pero el robot no permaneció inactivo. El cerebro electrónico que gobernaba el robot de control era muy simple, su estructura muy sencilla. Además, era un robot inmóvil; no podía atacarle. Sólo tuvo que manipularlo brevemente para desconectarlo. Instantáneamente, la voz de alarma cesó.

El robot avanzó unos pasos, mirando a todos lados. No vio a nadie. Echó a andar rápidamente, bajo la luz del cálido sol del mediodía.

Cuando Vilalcázar y Ripple llegaron a la entrada del Cubo, varios hombres de la parte humana de la factoría se encontraban ya allí.

-¿Qué ha sucedido? -inquirió nerviosamente el director.

La señal de alarma había cesado hacía algunos minutos. Uno de los empleados señaló el robot de control.

-Está desconectado -dijo-. Quizá haya sufrido alguna avería y se haya disparado automáticamente. Con lo cual es lógico que después, al verificar su error, se haya desconectado él mismo.

Pero Vilalcázar sabía que aquellas palabras no reflejaban la verdad de lo ocurrido. Le bastó ver la puerta del Cubo entreabierta.

Se metió dentro. Un breve vistazo le informó que la cerradura de seguridad había sido violentada. Y que dentro del Cubo no había nadie.

Cuando salió de nuevo, Ripple le sujetó fuertemente un brazo.

-¿Qué ha sucedido, Vilalcázar?

-El robot. Ha salido del Cubo.

-¿Cómo?

-No se preocupe, Ripple. Usted sabe más que nadie que el disparo de cualquier alarma trae consigo el cierre de todos los accesos al exterior. Ninguna puerta puede abrirse hasta que usted mismo, desde su despacho, no desbloquee el cierre de las compuertas de seguridad.

-Pero, ¿por qué ha sucedido?

-Podría explicárselo, pero ahora no tenemos tiempo, Gabriel debe de hallarse por algún lugar de la factoría, buscando una salida. Es preciso que lo encontremos.

-¿Por qué ha huido?

-Ya le he dicho que no hay tiempo para hablar de esto ahora. Todos ustedes conocen cuál es el rostro del robot. Podemos encontrarlo fácilmente.

-No lo creo -objetó el técnico de montaje-. Hay muchos sitios donde puede esconderse un robot.

No importa -indicó otro-; no podrá salir de aquí hasta que nosotros queramos. De modo que tarde o temprano lo encontraremos.

Vilalcázar estaba pensativo. Murmuró:

-No lo creo.

Ripple se volvió furioso hacia él.

-¡Deje de poner obstáculos! ¿Por qué no lo cree?

-Gabriel conoce a la perfección los distintos tipos de cerebros electrónicos que existen en el mundo. Le ha bastado muy poco para anular éste. Y todas las compuertas de seguridad están gobernadas por cerebros electrónicos.

-¿Qué quiere decir?

-Que antes de buscarlo por el interior del recinto debemos asegurarnos de que no existe ninguna compuerta abierta. Si no hay ninguna, deberemos colocar una guardia en cada una de ellas antes de iniciar la búsqueda. En caso contrario, será inútil intentar hallarlo dentro de la factoría; el robot no se encontrará ya en ella.

El director encajó los dientes.

-Está bien; revisemos primero las compuertas. Y usted, Vilalcázar, rece porque todavía se encuentre en la fábrica. Recuerde que toda la responsabilidad es suya.

-Lo recuerdo, Ripple. No es necesario que me lo repita otra vez.

Iniciaron la búsqueda. Y poco después hallaron una de las compuertas abierta, con el cerebro de control desconectado, y un vehículo de la dotación desaparecido.

El robot no se encontraba ya en la factoría.

Sentado en el sillón anatómico, Vilalcázar contemplaba los agitados paseos de Ripple. Con un vaso de café semi lleno en la mano, esperaba a que el director de la Mundial Robot dijera algo.

Y al fin, Ripple estalló. Se volvió repentinamente hacia él.

-¿Sabe lo que significa para nosotros lo sucedido?

-Por supuesto -Vilalcázar dejó el vaso en una mesilla-. La construcción de Gabriel costó cerca de cinco millones de universales.

-¡No me refiero a eso! ¡Óigame bien, Vilalcázar. Sabe que un robot sin las Reglas Fundamentales en su cerebro está fuera de la ley. Sabe la pena que pesa sobre quien construya uno. Lo sabe. ¡Y ahora ese maldito robot se encuentra libre por el mundo!

-¿Y bien?

-¡Cómo que y bien! Ese monstruo es capaz de cualquier cosa. Puede robar, matar, asesinar... ¡Puede hacer cualquier barbaridad! ¡Y yo seré el responsable ante la ley!

Lentamente, Vilalcázar se puso en pie.

-No se deje llevar por los nervios, Ripple -aconsejó-. Gabriel no es capaz de matar a nadie si no tiene ningún motivo lo suficientemente grave como para ello. No es ningún monstruo. Es, simplemente, un robot.

-Sí, naturalmente. Un Robot. Con dos líneas quebradas en su Registra. ¿Sabe lo que significa esto, Vilalcázar? ¡Gabriel! ¡Bonito nombre para un robot como ése!

-Tranquílcese, Ripple. Ya le he dicho antes que estas dos líneas quebradas no señalan ninguna anomalía en sus mecanismos. Al contrario. Son el exponente de su perfección. De una demasiada perfección.

-¡Está usted loco!

-No, no estoy loco. Escúcheme con atención. Desde un principio sabía lo que hacía. Cuando iniciamos su construcción, sabía que íbamos a hacer algo completamente distinto de lo que estábamos acostumbrados a hacer. íbamos a dar cima a la máxima perfección en robots. Un robot que nunca podría ser superado, un robot que sería para el hombre una especie de nuevo pitecántropo. El eslabón que uniría la máquina con la materia viva.

-¿Y qué?

-Que, a pesar de todo lo que esperábamos, los resultados han superado los cálculos más optimistas. Gabriel no es un robot como los demás. No es ni siquiera un robot. Es algo mucho más elevado, mucho más fascinante de lo que pudiera parecer a simple vista.

-¿Qué?

Vilalcázar volvió a sentarse en el sillón anatómico, y tornó el vaso de cafeína. Lo observó durante unos instantes al trasluz. Luego, con voz muy baja, casi en un susurro, lo dijo:

-Un hombre.

Durante unos interminables segundos un silencio absoluto descendió sobre la Habitación. Ripple, de pie frente a Vilalcázar, sorprendido, absorto, no acertaba a decir nada. Al fin sólo pudo balbucir:

-Gabriel... escuche... ¿Sabe lo que está diciendo?

-Sí, Ripple. Sé lo que estoy diciendo. Lo sé perfectamente.

-Pero... pero... ¡es imposible! ¡Es absurdo! ¡Es... es monstruoso!

Vilalcázar se puso violentamente en pie.

-¿Monstruoso? ¿Por qué? ¿Sabe acaso el límite que hay entre lo verdaderamente monstruoso y lo normal?

-No... óigame, Gabriel. Serenémonos un poco. Creo que se encuentra un poco agitado. Eso que ha dicho... es imposible. Ha de ser imposible. ¿No comprende lo que representa?

-Lo comprendo perfectamente. Y por eso mismo he de decirle algo más. Gabriel no es tan solo un hombre, sino que es más, mucho más. Es casi un superhombre. Mucho más humano, ¿comprende? Algo totalmente sobrehumano.

-¡Basta! ¡No consiento que siga hablando así! ¿Qué es lo que está intentando? ¿Hacerme creer lo que no es?

-No, Ripple. Al contrario. Estoy intentando hacerle ver lo que realmente es. Usted se encuentra obsesionado por una idea. Y no ve lo que hay realmente detrás de ella.

Tomó el vaso de cafeína y bebió un poco. Se enfrentó con el director.

-Lo supe por primera vez cuando vi que Gabriel me había mentido por dos veces -murmuró-. Las líneas quebradas, recuerde. No representaban un fallo del mecanismo interno de su mente. Al contrario. Representaban el exponente de su perfección. Le hice una pregunta: quise saber si se consideraba superior a un hombre. Y respondió que no. No, ¿comprende? Cuando en realidad él sabía que la respuesta era sí. ¿No le dice nada esto?

-Absolutamente. ¿Dónde quiere ir a parar?

-A una conclusión bastante aventurada, pero obviamente cierta. Gabriel mintió. Le hubiera costado muy poco decir la verdad, expresar lo que pensaba. No le hubiera representado mayor esfuerzo decir sí que no. Pero no lo hizo. ¿Por qué? Porque nos comprendió. A nosotros los humanos. Sabía que éramos vanidosos, que nos considerábamos el summum de la perfección. Y no quiso herir nuestros sentimientos. Se rebajó a sí mismo, se puso al nivel de un robot normal, para que nosotros no nos sintiéramos ofendidos de haber sido superados por una de nuestras propias creaciones. Y con esto, más que con cualquier otra cosa se reveló a sí mismo. Un hombre no lo hubiera hecho, ¿no lo comprende? Un hombre no hubiera vacilado en o más mínimo para decir sí. Hubiera dicho claramente la verdad. ¿No le revela nada esto?

-No. Lo único que me dice es que ahora este robot se encuentra en libertad de hacer lo que quiera. -¡Oh, deje de ser absurdo! ¿Cree que es una máquina sedienta de sangre? ¡Olvídelo! Los tiempos de Kapek y Rolland han pasado ya a la historia; sus obras no son en la actualidad más que meros mitos sin fundamento. Un robot no es un ser sediento de sangre que: odia ferozmente a sus creadores. Lo único que domina en ellos es la lógica, una lógica que ninguno de nosotros, los humanos, tenemos ni llegaremos a tener nunca. Una lógica que se basa en un sólo axioma: servirlos del modo que sea y en las circunstancias que sean, según sus propias posibilidades. Un robot nunca intentará vencer a la humanidad; al contrario, querrá ayudarla por todos los medios.

-Entonces, ¿por qué ha huido? ¿Por qué se ha escapado del Cubo?

Vilalcázar se dejó caer de nuevo en el sillón anatómico.

-No lo sé -respondió-. Sinceramente, no lo sé. Pero no es por los motivos que usted piensa, puedo asegurarlo. Soy cibernético, pero mi lógica no me permite llegar a la psicología de un robot como Gabriel. Sin embargo, sí, he de decirle algo. Si ha escapado ha sido porque tiene algún motivo muy importante para hacerlo. Un motivo que quizá nosotros no lleguemos comprender nunca, pero que es dentro de sí mismo, enteramente lógico y natural.

-Está bien, Vilalcázar. De acuerdo. Me ha convencido. Pero no es eso lo que más me importa de momento. A pesar de lo que ha dicho, no podemos dejarlo libre por el mundo. Es preciso que volvamos a encontrarlo, y que lo encerremos de nuevo dentro de los límites de la factoría. Puede llegar a ser una amenaza tal como se encuentra ahora.

Vilalcázar suspiró.

-Nunca llegará a ser una amenaza -dijo-. Pero estoy de acuerdo en que es preciso que volvamos a encontrarlo. Necesito hablar de nuevo con él. Sólo así podré llegar a saber lo que hay en lo más profundo de su cerebro.

-Sí; pero, ¿cómo podremos encontrarlo?

-Es muy fácil. Se ha llevado un vehículo de la notación de la factoría, y con él no podrá ir muy lejos. Además, tenemos fotografías de su rostro; su máscara facial es distinta de la de todos los demás robots existentes, no encontrará repuestos. Puede hacerse pasar por un hombre donde desee, pero podremos identificarlo fácilmente. Y aunque intentara cambiar la máscara, lo sabríamos. Los fabricantes tienen obligación de dar parte de todos los encargos especiales que reciben.

-Por supuesto. Daré inmediatamente las órdenes necesarias para ello.

Vilalcázar se levantó.

-No se preocupe por nada, Ripple. Nadie sabrá que Gabriel no tiene grabadas en su cerebro las Reglas Fundamentales, si nosotros no queremos. Podemos proceder particularmente. Y nadie sabrá nada que nosotros no queramos que sepa.

Ripple miró fijamente a Vilalcázar por unos segundos.

-Eso espero -murmuró simplemente.

III UNA MISION EN LA VIDA

Nueva Robot se encontraba tan sólo a quince kilómetros de distancia de la factoría. Había sido construida dieciocho años antes, consecuentemente a la aparición de la factoría de la Mundial Robot. Su misión, en un principio, había sido albergar a los trabajadores de la fábrica. Luego fue viniendo la mecanización, y el número de éstos fue disminuyendo. Con todo, la ciudad no decreció demasiado. En la actualidad contaba con cinco mil habitantes. Eran pocos, pero suficientes para cubrir las necesidades auxiliares de distribución de la factoría.

No tardó en ser hallado el coche que había utilizado el robot para escapar. Se encontraba pasada.

Nueva Robot, en la carretera que unía a ésta con Taurir distante tan sólo unos pocos kilómetros. Un coche había sido abandonado. No se hallaron rastros del robot.

-Debe de encontrarse en Taurir -admitió Vilalcázar-. Nos costará muy poco hallarlo con la ayuda de la policía. Tenemos fotos de su máscara facial, podemos buscarle fácilmente.

Hicieron las gestiones necesarias. La policía de Taurir aceptó la versión de Ripple de que se trataba de un hombre, de un espía de una fábrica competidora. La policía dio su promesa de cerrar los accesos a Taurir hasta encontrar al hombre. Y se inició la búsqueda.

La tarde pasó rápidamente. Vilalcázar decidió que era inútil seguir alerta, ellos personalmente no eran de ninguna ayuda. Era mejor retirarse a descansar; a la mañana siguiente tendrían que seguir con las pesquisas.

Se dirigió hacia su casa. Ocupaba una lujosa villa hacia las afueras de Nueva Robot, en la carretera que la unía con Taurir. Pulsó el botón de llamada. El cerebro electrónico de la puerta examinó su imagen, la reconoció, y le franqueó la entrada.

Penetró en el interior. Su presencia hizo que encendieran las luces de la casa. Se desnudó y se colocó un batín de seda térmica. Penetró en otra habitación. Movié el dial de la puesta en marcha del robot cocinero y pidió un par de bocadillos y una cerveza sintética. Poco después, con la bandeja en la mano, iba a sentarse a un sillón vibratorio relajador y se ponía a comer. Pensó en lo sucedido en la factoría. En el Cubo en el robot. En su evasión, y en los hechos posteriores consecuentes a la misma. Intentó penetrar en el reto que todo ello implicaba.

Una voz lo sacó de sus lucubraciones. -Hola, Gabriel Vilalcázar.

Levantó la vista. Ante él, de pie, tal como lo había visto por primera vez en el Cubo, se encontraba Gabriel, el Robot.

No se puso en pie. No hizo ningún movimiento de ni agresivo. El hecho, aunque inesperado, no causó demasiada sorpresa. Se limitó a meter la endeja en el tubo recuperador del robot cocinero, dedicar su atención al robot.

-Hola, Gabriel -respondió-. ¿Qué haces aquí? creíamos en Taurir.

-Lo sé. Sin embargo, antes debía cumplir un de para contigo y para conmigo mismo.

-¿Qué deber?

-Justificar mi huida del Cubo.

Vilalcázar se arrellanó en el sillón. -De acuerdo, Gabriel. Te escucho.

El robot dudó unos momentos. Luego fue a sentaren un sillón, frente al hombre.

-Hace mucho tiempo -dijo al fin-, el filósofo francés humano Descartes pronunció una frase que resume todo en el mundo: «Cogito, ergo sum». Esa -ase lo comprendía todo. Resume mi existencia y mis acciones. Un robot normal no puede pensar por sí mismo, es un autómatas. Luego, no existe. Es sólo un mecanismo supeditado enteramente a una infra mecánica. En sí mismo no es.

»Pero yo puedo pensar. Soy un ente completamente autónomo. Luego, dentro de mí mismo, existo. Yo soy un ser vivo en todos mis aspectos.

-Por qué huiste del Cubo?

-Es algo muy difícil de explicar a un hombre y hacer que lo entienda. En el mundo todo tiene su finalidad. Toda cosa creada está destinada a algo, de acuerdo con sus capacidades. Yo he sido creado. Luego, yo también he de tener una finalidad.

-Eres un robot experimental. Tu finalidad es la de servir como banco de prueba.

-No, Gabriel Vilalcázar. Los tipos experimentales son modelos. Yo no soy ningún modelo. Mi pensamiento me demuestra que soy un ente completo. Y como tal, debo tener mi finalidad concreta, de acuerdo con mis posibilidades. Una finalidad que no puede ser la de permanecer en el Cubo, sirviendo como sujeto de experimentación.

-Esto es una aberración.

--Una aberración significa un fallo en los mecanismos, un defecto en la construcción. Yo no tengo ningún fallo.

-Estos pensamientos no pueden haber surgido de tu mente.

-¿Por qué no? Hasta ahora, todos los robots han sido privados de pensar. Yo no. Yo puedo decidir por mí mismo, basándome en las lógicas conclusiones de mi cerebro. Esto no es ninguna aberración.

Vilalcázar quedó unos instantes pensativo. Por eso era que el Registro había señalado una segunda línea quebrada. «Por nada. Sólo sentía curiosidad». Ahí radicaba el segundo desacuerdo entre las palabras y los pensamientos de Gabriel. Había preguntado cuál sería su destino, y él se lo había dicho: experimentación. Y el robot había analizado su interior, viendo que era una máquina demasiado perfecta para lo que se esperaba de ella.

-¿Cuál es entonces tu destino?

-No lo comprenderías. Existen muchas cosas más importantes que hacer, mucho más urgentes que servir como modelo de experimentación. Yo no puedo subestimarlas.

-¿Por ejemplo?

-Salvar a la humanidad.

Vilalcázar se puso en pie de un salto.

-¿Qué?

-Sabía que no lo comprenderías. Eres demasiado humano para ello.

El hombre se acercó rápidamente al sillón donde se encontraba el robot.

-¿Sabes lo que dices? ¿De qué has de salvar a la Humanidad? ¿Cómo? ¿Por qué?

-La máxima misión en la vida de un robot es la de servir al Hombre, según sus propias posibilidades. Yo he sido dotado de un gran número de ellas. Luego, mi servicio al Hombre ha de ser mucho más importante que el de un robot cualquiera.

Lo que estás diciendo es un absurdo. ¡La Humanidad no necesita ser salvada! ¿De qué tendría que serlo?

-La Humanidad se encuentra ahogándose en sí misma, Gabriel Vilalcázar. Ella no se da cuenta, pero está abocada a su propia destrucción.

-¿A causa de qué?

-A causa de las máquinas. El hombre se ha rodeado por todas partes de robots y de máquinas pensantes. Y ello hace que él no tenga que pensar nunca por sí mismo. Su pensamiento va siendo eliminado lentamente, naturalmente. Y así, el hombre se está eliminando también a sí mismo como tal.

-Es una locura.

-No. Existen muchas clases de eliminación. Una es la autodestrucción física por la violencia. Y otra es la autodestrucción mental por la inactividad. El hombre se encuentra ahora completamente en manos de las máquinas. En esta era supercivilizada el hombre ha dejado que los cerebros electrónicos trabajen por él y piensen por él. El hombre ya no es más que un mero espectador en el mundo.

-¿Pretendes decir que las máquinas se rebelarán contra el hombre? ¿Estás insinuando que las máquinas intentarán sojuzgar a la humanidad?

-No es algo tan fácil de explicar, Gabriel Vilalcázar. Es mucho más complejo. No, las máquinas no se rebelarán contra el hombre. Pero lo sojuzgarán. Lo están sojuzgando ya. Intenta hacer que un hombre viva sin el auxilio de ninguna máquina. Llévalo a una isla desierta y conviértelo en un segundo Robinson Crusoe. Este hombre no vivirá mucho tiempo. Las máquinas han formado ya parte indisoluble de vuestro mundo. Están tan arraigadas, que no podéis prescindir en absoluto de ellas. Vosotros no hacéis nada, no realizáis ninguna tarea, ningún esfuerzo. Todo es tarea de los robots. Absolutamente todo. Y esto hace que la mente del hombre se -vaya atrofiando por la inactividad. No es necesario quebrarse la cabeza, no es necesario pensar. ¿Para qué molestarse, si las máquinas lo hacen todo mejor? No, las máquinas no se rebelarán. El hombre no desaparecerá físicamente, no será esclavizado. Pero quedará eliminado como ser pensante. Su propia inactividad lo convertirá en un autómatas. Y entonces el hombre, como tal, habrá dejado de existir.

Vilalcázar se dejó caer en el sillón vibratorio.

-No es cierto -murmuró-. No puede ser cierto.

-Lo es. Y tú lo sabes. Eres técnico cibernético. Sabes que no existe acción sin reacción. El genio del hombre creó a la máquina. Y el genio de la máquina está destruyendo al hombre. Cada aumento de capacidad mental del robot trae consigo una disminución de la capacidad mental del hombre. El hombre sólo piensa ya en máquinas, máquinas, máquinas. No es una revolución como la imaginaron los primeros hombres que se opusieron a la mecanización, creyendo entrever un peligro que no acertaban a delimitar; es algo mucho más sutil e impalpable, pero tan real como lo otro. Las máquinas han invadido la vida del hombre; incluso los actos más elementales se realizan por medio de máquinas. ¿No lo comprendes, Gabriel Vilalcázar? ¿No comprendes que las máquinas, aún sin voluntad, aún sin pensamiento propio, automáticamente, se están adueñando de la parte consciente del mundo?

-No es cierto -murmuró Vilalcázar lentamente-. No puede ser cierto. Las Reglas Fundamentales existen para algo. Si las máquinas comprendieran lo que está sucediendo en el mundo, si fuera lo que realmente dices tú, todos los robots se desconectarían automáticamente.

El robot movió la cabeza.

-Pero no lo hacen. Y es porque no comprenden. Son máquinas, en todo el sentido de la palabra. Con las Reglas Fundamentales les habéis cortado toda posibilidad de comprensión. Sólo ven su destino inmediato. Lo demás no existe para ellas.

»Lo que te he expuesto -continuó-, es tan sólo uno de los peligros que amenazan a la humanidad. Existe todavía otro, mucho más terrible e inmediato que aquél, y con el cual va ligado íntimamente. Un peligro cuyos causantes serán también vuestras creaciones, las máquinas: la guerra.

Vilalcázar le miraba fijamente. No dijo nada. El robot prosiguió.

-Las máquinas se encuentran en todas partes. Todo lo hacen ellas. Incluso gobernar el mundo. Cuando hay alguna crisis política o económica, los gobiernos consultan a las máquinas. Les dan todos los datos, y las máquinas dictan lo que debe hacerse. Y los hombres obedecen.

-¿Y bien?

-Sabes, lo sabe todo el mundo, que las dificultades entre la Tierra y los Selenes aumentan de día en día. Llegará un momento, puede ser mañana, o dentro de un mes, o dentro de un año, que estas dificultades cuajarán en una crisis. Los Selenes se independizarán de la Tierra. La Tierra no estará conforme, y consultará a sus máquinas lo que debe hacerse. Las máquinas sólo podrán dar una respuesta: la guerra. La Tierra lanzará un ultimátum a la Luna. Los Selenes consultarán también sus máquinas. Y sus máquinas les dirán que no existe ninguna manera de llegar a un acuerdo amistoso. Sólo existen dos soluciones: la capitulación completa o la guerra. Nadie quiere la guerra, a nadie le gusta tener que pelear. Pero las máquinas lo habrán dicho. Y la Tierra se lanzará a una estúpida y cruenta batalla, en la que no podrá haber vencido ni vencedor. El hombre se aniquilará a sí mismo. Y sólo existirá un vencedor: las máquinas.

-Es mentira -murmuró Vilalcázar quedamente. Y luego-: Es mentira.

-No lo es, y tú lo sabes. Las máquinas no odian a los humanos, no quieren su destrucción. Lo único que harán será contestar a unas preguntas. Nada más. Serán los hombres quienes harán el resto.

-No podrán contestar a estas preguntas. Ello supone un daño a un ser humano. Se desconectarán automáticamente. Y los hombres comprenderán.

-Sabes que no, Gabriel Vilalcázar. Lo sabes, aunque hayas querido olvidarlo. Sabes que existen muchos tipos de robots en los que, por su misión, las Reglas Fundamentales quedan prácticamente autoanuladas. Existen, es cierto, pero es como si no les hubieran sido implantadas. No sirven para nada.

Vilalcázar permaneció unos momentos silencioso, con la cabeza baja, mirando fijamente el suelo. Murmuró.

-¿Y eres tú quien dice todo esto? ¿Eres tú, una máquina, quien afirma que hay que salvar a la humanidad de tus propios hermanos las máquinas? -levantó bruscamente la cabeza-. ¿Por qué?

El robot permaneció silencioso, sin contestar. Vilalcázar se puso bruscamente en pie. Por sobre todo lo que acababa de oír, su memoria acababa de detenerse en la primera línea quebrada del Registro. Se enfrentó con el robot.

-¡Dilo de una vez! -gritó-. ¡Di que afirmas todo esto porque no te consideras ya una máquina! ¡Di de una vez que eres un hombre, que te consideras igual!

Vilalcázar se inclinó sobre él.

-Entonces lo reconoces. Reconoces que a pesar de todo eres idéntico a nosotros. ¡Vamos, dilo; quiero oírlo de tus propios labios!

-No, no soy un hombre. Soy un robot. Y no miento.

-Por supuesto que no mientes. Orgánicamente, claro que eres un robot. Has sido construido por manos humanas; tu cuerpo es metálico. ¡Pero no me importa tu cuerpo! Tu mente es lo que me interesa. Tu mente. Dime, ¿también es una mente de robot? ¿O acaso la consideras igual a la mente humana? ¡Vamos, respóndeme!

El robot se levantó lentamente.

Lo siento, Gabriel Vilalcázar -murmuró-. No puedo contestarte a eso.

-¿Por qué? ¡Quiero saberlo! ¡Yo te he construido, Gabriel! ¡Soy tu padre! ¡Y quiero saber lo que realmente he dado a la vida; si un robot, un hombre, o un monstruo!

-No soy ningún monstruo de Frankenstein.

-Pero tampoco eres un robot, ¿verdad?

-No soy un robot normal.

-¿Y un hombre, Gabriel? ¿Eres un hombre? Respóndeme.

El robot vaciló.

-No -dijo al fin-. Tampoco soy un hombre.

-¿Por qué?

-Porque a pesar de todo tengo limitaciones. No puedo reproducirme, entre otras cosas.

-Pero puedes fabricar otros seres idénticos a ti.

-Tampoco puedo sentir odio, ni amor, ni deseos de venganza. Carezco de sentimientos.

-Y en el Cubo me mentiste dos veces para no herirme, ¿verdad?

-No tengo alma.

¿Y qué es el alma para ti? ¿Un atributo especial del hombre, o la sombra misma de la vida consciente?

-¿Qué es lo que quieres, Gabriel Vilalcázar? Estás torturándote a ti mismo con estas preguntas. ¿Por qué?

Vilalcázar se dejó caer en un sillón.

-Porque estoy empezando a tener miedo de mi propia creación, Gabriel. Has nombrado a Frankenstein, ¿no? Pues mi caso es el mismo. Mi obra ha escapado de todo control. Es un ser independiente, completamente libre, ajeno por entero a mi voluntad.

-Tú lo quisiste así.

-Tal vez. Pero oye una cosa, Gabriel. Ahora, lo juro, si pudiera matarte, te mataría.

-Muy bien: hazlo. Sabes que yo no lo impediré. Eres mi creador. Tienes, por lo tanto, completo derecho sobre mi vida.

Vilalcázar se sujetó la cabeza entre las manos.

-¡Por favor, calla! ¿No comprendes que mi cabeza es un caos, que a pesar de todo dudo? ¿No comprendes que todavía no sé si he creado un monstruo o un superhombre?

-Ni una cosa ni otra, Gabriel Vilalcázar. Sólo has creado un robot.

-¿Pero, qué clase de robot?

Gabriel bajó la cabeza.

-Veo que no podemos llegar a comprendernos, Gabriel Vilalcázar. Nos encontramos dando vueltas dentro de un círculo vicioso. Y nunca saldremos de él. Nuestras mentes no tienen punto de conjunción. La tuya es demasiado humana, y la mía demasiado mecánica. Mi lógica no puede comprender tus vacilaciones, y tu misma calidad de humano no puede llegar a alcanzar mi razonamiento. Es inútil que sigamos hablando.

-Entonces, ¿por qué has venido?

-Porque necesitaba verte una vez más. Necesitaba darte una explicación de mi conducta. Te la debía. Y quería que tú al menos supieras cuál era la finalidad que me proponía.

-¿Salvar a la humanidad? ¿Tú, un robot?

-Cuando el hombre no puede salvarse por sí mismo, es preciso que las máquinas ocupen su lugar.

-¡Oh, es absurdo! ¿No comprendes que eres sólo una máquina? Tú mismo lo has dicho. Los hombres nunca se dejarán salvar por una máquina.

-Tal vez. Pero todos debemos tener una misión en la vida. Mi misión es ésta. Y debo llevarla a cabo. Aunque fracase.

-Es inútil. Además, tu rostro no puede cambiarse. No posees documentos. Serás localizado fácilmente. Y entonces no tendré más remedio que destruirte.

-¿Y por qué no lo haces ahora?

-¿Es que no lo entiendes? No- puedo, Gabriel. No puedo. Necesito pensar. Necesito llegar a comprender esta conversación. Y necesito que mi cerebro sepa ver en ella lo que es real y lo que es falso. Sólo cuando haya podido separar estos dos elementos podré llegar a tomar una decisión.

-Lo comprendo. Sin embargo, he de decirte algo. Vosotros, los hombres, tenéis una mentalidad enormemente retorcida, muy complicada. Una mentalidad que no llego a comprender en su totalidad. Tal vez sea quizá por efecto de vuestra alma humana en contraposición con mi naturaleza mecánica. Adiós: debo irme.

-¿Crees que conseguirás tu propósito?

-No lo sé. Pero de todos modos debo intentarlo.

Vilalcázar suspiró.

-Tienes razón. Es hermoso tener una misión en la vida, vivir consagrado a un ideal que se cree justo. Aunque tan sólo sea una máquina.

-Tú también puedes encontrar tu misión en la vida y consagrarte a este ideal, Gabriel Vilalcázar hasta que sepas encontrar ambas cosas. Y que sepas luchar por ellas.

-¿No tienes miedo de que intente impedirte la huida?

El robot contestó:

-En absoluto. Todavía no has encontrado tu ideal. sin dudas. Cuando lo hayas encontrado, tal vez entonces sí intentes impedirme la salida,, pero ahora. Adiós.

-Adiós.

Lo vio alejarse, saliendo por el jardín. No hizo el menor intento de detenerlo. Quedó allí, sentado en sillón, pensativo.

Dejó transcurrir unos minutos, inmóvil. Luego se levantó. Se dirigió al robot cocinero, y fue a pulsar botón de llamada para pedir un vaso de cafeína. Pero se contuvo antes de hacerlo. Las máquinas estaban en todas partes, había dicho el robot. El hombre se encuentra esclavizado por ellas. Y las máquinas anulan por completo su voluntad.

Un botón. Bastaba oprimir un botón para obtener lo que se deseaba. ¿Para qué pensar, entonces?

No era una rebelión declarada. Pero el hombre, inconscientemente, iba siendo vencido.

Y la guerra. Una guerra provocada por las máquina conducida por las máquinas...

El hombre vencido por las máquinas. El hombre minado por las máquinas. ¿Y de quién sería la disculpa? ¿De las máquinas, o del hombre mismo?

Regresó al sillón, y se cubrió el rostro con las manos ¡Dios santo!, ¿dónde estaba la verdad? ¿Dónde estaba la razón? ¿Era el robot quien estaba en lo cierto o eran ellos, los hombres?

No supo encontrar una respuesta satisfactoria a aquellas preguntas. Y bruscamente comprendió que nunca llegaría a encontrarla completamente. Y supo el porqué. No podía. El robot sí, pero él no podría nunca. Su mente no era más que una mente humana. Una simple y vulgar mente humana.

IV EL ROBOT; LOS HOMBRES

El hombre miró desconfiado a la persona que tea ante sí.

-¿Está huyendo de alguien?

Estaban sentados en una de las mesas de un matic-bar de las afueras de Nueva Robot. El hombre que ababa de hablar era un tipo bajo, fornido, de anchos hombros y cara que revelaba poca inteligencia mucha astucia. Sus ojos miraban suspicaces.

El robot negó con la cabeza.

-No huyo de nadie. Pero preciso salir de Nueva Róbot vía Tánger, sin tener que firmar hojas de transición.

El hombre tomó su vaso de cerveza sintética y bebió un sorbo. Le había costado a Gabriel un poco hallarlo. Había tenido que ir sondeando a diversas personas, tanteando diversos caminos que le condujeran hacia él o hacia otro como él. Pero al fin lo había encontrado. Estaba sentado en una de las mesas de aquel matic-bar, ante un vaso de cerveza sintética. Se sentó frente a él, y le expuso claramente sus deseos.

El hombre era desconfiado. Volvió a observar fijamente el rostro de Gabriel. Este con aplomo, sostuvo su mirada. Nadie hubiera podido adivinar que se trataba de un robot. Todo el mundo hubiera jurado que era un ser humano.

-Es muy expuesto -dijo al fin el hombre-. Estamos en territorio de factoría, y los controles son muy estrictos. Además, con eso de los Selenes, todo el mundo anda un poco revolucionado. Ya sabe lo que pasa, ¿verdad?

Gabriel asintió. Sí, sabía que la situación entre la Tierra y la Luna era muy inestable. Y que la línea que todavía las unía no tardaría en romperse. Pero eso no era lo que le importaba ahora.

-¿Está dispuesto a llevarme?

El hombre seguía mirándole con desconfianza.

-Oiga, supongo que usted no será ningún espía de alguna fábrica de robots rival de la Mundial, ¿verdad? No me gustaría meterme en un lío de esos...

-No diga tonterías. Si fuera un espía no necesitaría salir de aquí sin pasar los controles. Ya me hubiera cubierto el regreso.

-Sí, claro; es cierto. Entonces, ¿por qué necesita irse así, tan sigilosamente?

-Sería muy largo de explicar. No lo entendería.

El rostro del hombre se iluminó, creyendo haber hecho un descubrimiento.

-¡Ah, ya sé! No me diga que ha sido por un lío de faldas.

El robot asintió rápidamente.

-Sí, ha sido por eso. ¿Está conforme ahora?

El hombre movió la cabeza dubitativamente.

-No lo comprendo -murmuró-. Que esto sucediera hace algunos años, pase. Pero ahora... La gente se mata por una mujer de verdad. Y digo yo: ¿no existen en todo el mundo los servicios del Rob-amor? Vamos, que es una tontería. Líos, complicaciones... Es ser estúpido. Yo prefiero ir al Rob-amor. ¡Al fin y al cabo...! ¿No ha ido usted nunca a ninguno?

-No, no he ido.

-Entonces no sabe lo que pierde. Estoy seguro de que no se vería en esos líos. ¡Y lo que saben aquellas chicas! Claro que son meras máquinas, pero lo que digo yo: al fin y al cabo, en el fondo, ¿no es lo mismo? ¡Y si viera usted lo que saben! Ni la mujer más experimentada...

-Dejemos eso -cortó secamente Gabriel. Sabía lo que era el Rob-amor; conocía perfectamente todo lo concerniente a él. Los servicios del Rob-amor habían sido una afortunada idea de la Mundial Robot-. Vayamos directamente al asunto -prosiguió-. ¿Está dispuesto a admitirme?

-¿Cuánto está dispuesto a pagar?

-Ponga precio.

El hombre dudó brevemente.

-Mmmm..., ¿le parece bien mil universales?

-De acuerdo. Pero ha de ser esta misma noche.

-Por supuesto, esto queda sobreentendido. ¿Tiene sus documentos?

Gabriel, naturalmente, no tenía documentos. Un robot no puede tener documentos.

-¿Por qué cree que quiero salir de aquí subrepticamente? -dijo-. No, no tengo documentos. Vine aquí también sin pasar por los controles de entrada.

-Ah, ya comprendo. Un negocio sucio. Está bien, no insisto. Pero al menos quiero saber su nombre, su residencia y su sigla de registro. Comprenda; necesito tener ciertas garantías...

El robot asintió; estaba preparado para esta pregunta. Dio un nombre: Gabriel Alvear; una dirección: Cádiz, Avenida de los Universos, 1028, y unas siglas de registro: SM-2397-z. El hombre garabateó los datos en una agenda.

-¿Desea cruzar también el estrecho?

-De momento, no. Me conformo con que me deje en Tánger. Luego ya me las arreglaré yo mismo.

-De acuerdo. Le repito otra vez las condiciones si somos descubiertos por algún control, yo no sé nada de usted. Se ha metido en mi vehículo sin mi conocimiento. Usted apoyará en todo momento mi versión. No quiero responsabilidades, ¿me entiende?

-Por completo.

El hombre tendió una de sus manos, y el robot se la estrechó.

-A las cuatro, en el inicio de la carretera seis. Mi vehículo lleva grabado el nombre «Sara» en la placa de control delantera. Y traiga el dinero.

-No se preocupe; lo traeré.

El hombre salió al exterior, abandonando en el vaso un resto de cerveza sintética, y Gabriel no tardó en hacer lo mismo. Deambuló unos minutos por las calles fuertemente iluminadas. Al final, se detuvo ante una puerta. En la entrada, un robot-voceador, uno de los tipos más simples de robot, con gran movimiento de brazos, llamaba a la gente en una retahíla sin fin:

-¡Entren, entren! ¡Esta es la casa de Rafael el Cadí! ¡Las máquinas automáticas le esperan! ¡Si gana, le devolvemos hasta el mil por ciento del valor de su apuesta! ¡Entren, entren! ¡Esta es la casa de Rafael el Cadí!...

Gabriel penetró en el interior. En una semipenumbra de luz azul, se divisaban multitud de máquinas automáticas de las más -diversas índoles. En sí, su funcionamiento era sencillo. Se hacía una apuesta, y se accionaba la máquina. Si se acertaba, se recibía el premio estipulado-. Algunas funcionaban en biloque, con la, participación de varios jugadores. Otras, en cambio, funcionaban aisladamente.

Gabriel fue recorriendo el espacioso salón, hasta detenerse frente a una serie de máquinas de apuesta aislada. En ellas la apuesta podía establecerse por cualquier cantidad: desde un universal hasta el infinito. Si no se acertaba, se perdía la apuesta. Si se acertaba, la máquina, automáticamente, devolvía duplicado el dinero.

Gabriel examinó durante unos momentos el funcionamiento de la máquina. En sí, era sencillo. Exteriormente, el aparato era un largo tubo horizontal con una larga serie de pequeñas protuberancias laterales. El tubo era hueco, y por dentro circulaba un pistón de un diámetro ligeramente inferior al del cilindro. Se depositaba la apuesta y se marcaba un número, y se oprimía el botón de puesta en marcha. Esta lanzaba un impulso electrónico hacia el pistón, que salía disparado a lo largo del tubo. La holgura del pistón en el cilindro y su inclinación con respecto al eje longitudinal de éste hacía que chocara por la parte interior con algunas de las protuberancias. Estas emitían un destello de energía, que era recogido en forma de cantidades en un registro. El total que acumulaba dicho registro al llegar el pistón al extremo opuesto del tubo debía coincidir con un margen máximo de error de veinte unidades, con el número de la apuesta que había marcado el jugador. Si coincidía, éste ganaba. Si no, perdía. En sí, las posibilidades de ganar eran escasas; menores del diez por ciento. Pero existían infinidad de alicientes. La carrera del pistón dentro del cilindro multicolor, con su estela de descargas de energía, era algo fascinante. Y además, existía la posibilidad de ganar un quinientos por ciento de la apuesta si se acertaba el número en pleno.

Gabriel permaneció unos instantes observando a algunos jugadores. El límite máximo de energía era de quinientas unidades. Así que debía pulsarse un número inferior a esa cifra.

Un hombre se acercó a la máquina ante la cual estaba el robot, con una pieza de cien universales en la mano. Gabriel lo detuvo cuando iba a introducirla en el aparato.

-Un momento; quiero hacerle una proposición.

El hombre le miró atentamente.

-¿Cuál?

-Una muy sencilla. Yo disparo la máquina, y pulso la cantidad. Si acierto, me da el cincuenta por ciento de lo que gane. Si fallo, le doy los cien universales que ha perdido.

El hombre le miró suspicazmente.

-¿Y por qué esa complicación? ¿No puede usted jugar con su propio dinero?

Gabriel no podía decir, que no llevaba ningún dinero encima.

-Es una manía -dijo-. Creo así en la suerte. ¿Acepta? Usted no pierde nada.

El hombre dudó unos momentos.

-Bueno -dijo al fin-. De todos modos, no creo que gane...

Le entregó los cien universales, y Gabriel los metió en la ranura de admisión. Dudó unos segundos. Luego pulsó una cifra: 327. Y disparó el pistón.

El cilindro relumbró ante las descargas de energía, y el pistón llegó en pocos momentos al otro extremo del tubo. El registro fue saltando de cifra en cifra, hasta detenerse en una cantidad.

El hombre abrió mucho los ojos. Era 325.

Un timbre sonó con agudo campanillazo, y se encendió una luz roja sobre la máquina. La bandeja de la misma apareció por un lateral con doscientos universales. Gabriel los recogió, entregó ciento cincuenta al hombre, y se quedó con los otros cincuenta.

-Gracias -dijo-. Sabía que la suerte me favorecería.

El hombre contempló estupefacto cómo se alejaba en dirección a otras máquinas, sin acabar de comprender lo que había sucedido. El no sabía que lo que era imposible para un hombre no lo era para un robot. Que para alguien como Gabriel le era sumamente fácil calcular, según la inclinación del pistón, las protuberancias que rozaría y la cantidad de energía que les comunicaría, traducida en cifras de registro. El resultado necesitaba la realización previa de más de veinte ecuaciones potenciales de varias incógnitas, pero eso no importaba. El cálculo que en un hombre hubiera necesitado de más de doscientas horas de trabajo ininterrumpido, apenas había necesitado diez segundos en su cerebro. Dando un resultado con un margen de error tan ínfimo que era por completo despreciable; nunca llegaría a alcanzar ni una cuarta parte del margen de aproximación estipulado por la máquina.

Media hora más tarde, Gabriel salía del salón de juego y pasaba frente al robot-voceador, que vociferaba incansablemente su estribillo. Llevaba consigo un total de doce mil universales, tras varios aciertos plenos, al quíntuplo. Ahora ya tenía lo que más necesitaba de momento. Lo suficiente para emprender la misión que se había impuesto.

Poco después se perdía entre la multitud que llevaba la calle, confundándose, entre los hombres, como un hombre más.

El sol despuntó y su luz, a través de la ventana, iluminó la figura de Gabriel Vilalcázar echada en un sillón.

Eran las ocho de la mañana. En la habitación contigua, el lecho adquirió un movimiento de vaivén, al tiempo que el robot despertador avisaba:

-Las ocho, hora de levantarse. Las ocho, hora de levantarse. Las ocho, hora de levantarse. Las ocho... Vilalcázar abrió los ojos. Apenas había dormido aquella noche. Su cerebro había estado trabajando a toda presión. Y al fin había hallado algo. No era un respuesta satisfactoria a sus preguntas; no era ni siquiera una respuesta. Pero era algo.

En la habitación contigua, el robot despertador, después de comprobar con su célula fotoeléctrica que lecho estaba vacío, se desconectó automáticamente.

La cama volvió a quedar inmóvil.

Vilalcázar se levantó. Se dirigió al cuarto de baño.

La fuerza de la costumbre le hizo acercarse al cuadro de mandos de los servomecanismos, para ordenar una lucha a veinte grados dentro de tres minutos. Pero recordó, y se contuvo. Abrió manualmente el grifo del agua fría, y metió la cabeza debajo.

Una mano metálica le alargó la toalla seca apenas subo cerrado el grifo. La cogió, y se secó el rostro. Estaba ya más despejado. Regresó al comedor. Y pidió el desayuno al robot cocinero.

El visoteléfono empezó a zumbear en aquel momento, advirtiéndole de una llamada. Bajo el disco de control apareció el rostro de Van Ripple.

Conectó el aparato. En la pequeña pantalla de control apareció el rastro del director de la Mundial Robot.

-Hola, Vilalcázar -saludó-. Le llamo porque necesito hablar urgentemente con usted.

-¿Sobre qué?

-Sobre el robot. No fue encontrado anoche en Taurir, a pesar de todas las gestiones. Y he dado parte del caso a la policía de seguridad.

-¿Qué?

-Lo siento, pero no he podido hacer otra cosa. Desean hablar con usted. Me encuentro en la jefatura central de Taurir. Venga inmediatamente. ¿De acuerdo?

Vilalcázar asintió.

-De acuerdo -dijo. Y cortó la comunicación.

«¡Valiente estúpido!», gruñó para sí mismo. Había hablado con la policía. Y con la policía de seguridad humana nada menos. A pesar de las consecuencias que sabía que ello representaba. ¡Estúpido! ¡Cien veces condenado estúpido!

El robot cocinero, siempre eficiente, dejó asomar una bandeja con el desayuno. Exasperado, la volvió a enviar por el tubo de desperdicios. ¡Máquinas, máquinas, máquinas! ¡Condenadas máquinas!

Se vistió, salió al exterior, y tomó el coche. Indicó la dirección al robot chófer. Y el robot chófer -¡máquinas, malditas máquinas!- siempre servicial, siempre eficiente, accionó el acelerador y puso suavemente el vehículo en marcha.

Ripple se encontraba sentado en el despacho, frente a la mole imponente autoritaria del comisario de la policía de seguridad humana en Taurir. Cuando entró Vilalcázar, volvió su vista hacia él. No dijo nada. Pero sus ojos reflejaron claramente su estado de ánimo.

-¿Por qué lo hizo?

Ripple no respondió. Pero el comisario lo hizo por él:

-Cumplió con su deber -dijo-. Si no lo hubiera hecho, hubiera incurrido en una grave responsabilidad.

Vilalcázar se volvió hacia él.

-No es necesario que me lo recuerde, comisario. Soy cibernético. Conozco las leyes.

-Entonces tanto peor. La responsabilidad en que ha incurrido es aún mayor. Ha cometido su delito conscientemente, con pleno conocimiento. No puede alegar atenuante de omisión.

-No he alegado nada, comisario. Y le ruego que no me siga enseñando la ley. Ya le he dicho que la conozco -se volvió hacia Ripple-. Todavía no ha contestado a mi pregunta, Ripple. ¿Por qué lo ha hecho?

El hombre levantó los hombros.

-He considerado que era lo mejor que podía hacer. Los investigadores que lancé ayer a la calle, tanto, oficiales como particulares, no obtuvieron ningún resultado. El robot no estaba en Taurir.

Vilalcázar asintió.

-Lo sé. Se encontraba todavía en Nueva Robot.

El comisario intervino rápidamente:

-¿Cómo lo sabe?

-Porque hablé con él.

Ripple se levantó bruscamente de su asiento.

--¿Cómo? ¿Quiere decir que usted estuvo hablando anoche con él? ¿Con el robot?

-Sí, con el robot.

-¿Dónde?

-En mi casa. Cuando entré, él estaba esperándome.

El comisario se interesó.

-¿Y qué era lo que quería?

-Hablar conmigo. Ofrecerme una explicación de su... huida del Cubo.

-¿Una... una explicación? ¿Quiere decirme que solamente vino a su casa para hablar?

-Exacto. Sólo para eso.

El comisario se dejó caer en su sillón.

-¿Quiere decirme que existe suelto por el mundo un robot autopensante, totalmente libre de las trabas restrictivas de las Reglas Fundamentales, y que este robot se ha limitado únicamente a hablar?

Vilalcázar se volvió hacia él.

-Usted es comisario de la policía de seguridad humana. Su misión es verificar todos los casos delictivos y de accidentes, muertes y violencias en los que intervenga directamente algún robot, ya sean causados deliberadamente o por accidente. Ha de tratar con robots continuamente. Dígame, ¿conoce acaso algo de cibernética?

-¿Por qué?

-Porque si lo conociera, no hubiera formulado esta estúpida pregunta.

Siguió un silencio. El comisario dudó unos momentos. De pronto, preguntó:

-Usted, señor Ripple, ha afirmado que la construcción del robot se debió únicamente a fines experimentales. Estaba proyectado que no llegaría a salir de la factoría, ¿no es cierto?

-Por supuesto. Y siendo así...

-Sin embargo, salió. Según su versión, escapó.

-Exacto. Por eso...

El comisario levantó una mano.

-Un momento. Usted es cibernético, señor Vilalcázar. Usted mismo lo ha dicho. ¿Puede explicarme los motivos que puede tener un robot para escapar, por propia voluntad, del lugar donde ha sido construido.

Vilalcázar rumió unos momentos.

-Podría contestarle, señor comisario -dijo al fin-. Naturalmente que podría contestarle. Pero sería inútil. No lo entendería.

-¿Qué quiere insinuar con ello?

-Nada exactamente, señor comisario. Pero quiero decirle una cosa. Ayer, el robot estaba en Nueva Robot. Pero no esperen encontrarlo aún allí. Tiene una misión que cumplir. Hoy quizá se encuentre en otro sitio en Tánger, en Madrid, en París, en Londres, en Washington... En cualquier lugar fuera de aquí. El asunto por lo tanto, escapar ya de su jurisdicción territorial.

-¿Y qué?

-Nada más que eso. Nosotros hemos declarado lo sucedido. Su misión es ahora verificarlo. Y al comprobar que está fuera de su jurisdicción, pasar la comunicación a esferas más elevadas. Usted ya no puede fallar el caso. Incumbe decidir al Tribunal Cibernético Internacional.

-¡Vilalcázar!

-¿Diga, señor Ripple?

El hombre se había levantado de su asiento.

-No cometa estupideces, Vilalcázar. El señor comisario me ha prometido que, vistos los detalles del asunto, nuestra espontánea declaración, y el que el robot estaba destinado únicamente a fines experimentales, intentará restarle importancia, presentándolo como un accidente debido a negligencia. La única pena será el pago de una fianza como restitución, y la destrucción inmediata del robot cuando sea hallado. Nada más.

Vilalcázar negó con la cabeza.

-Lo siento, señor Ripple. Pero no estoy de acuerdo. Creo que yo también tengo derecho a tomar parte en este asunto. Ya que usted ha cometido la estupidez de dar parte a la policía de seguridad humana, no podemos detenernos a medio camino. Debemos llegar hasta el final.

-¿El final? ¿Qué final?

Vilalcázar cruzó las manos.

Simplemente el final. Habiendo llegado hasta aquí, el asunto no puede zanjarse. Ha de seguir.

-¿Qué quiere decir?

-Ayer sostuve una conversación con Gabriel, ya se lo he dicho. Y en ella el robot me expuso la finalidad que perseguía. Lo dijo claramente: Yo podía hacer lo que quisiera, pero podía adoptar solamente dos soluciones con respecto a él: estar a su lado, o ir en su contra. No podían existir términos medios. He estado meditando toda la noche sobre el particular. Y al fin he encontrado cuál debía ser mi posición. La posición que he de adoptar para estar en paz con mi propia conciencia.

-¿Cuál?

-Puesto que las cosas han ido como han ido, estoy dispuesto a presentar batalla. Ustedes pueden hacer lo que quieran, señores. Pero yo me inclino a favor del robot.

V METAMORFOSIS

Tánger.

Situada en la confluencia de dos mares, en la desembocadura del estrecho de Gibraltar, había sido, desde siempre, el paraíso del tráfico y de la ilegalidad. Ciudad cosmopolita, con más de diez lenguas, era la urbe del juego, del placer y del tráfico ilegal. Quien acudía allí en busca de algo que estuviera fuera de ley, sabía que lo encontraría. Sin lugar a dudas.

Gabriel se detuvo frente a una tienda. En la parte superior de la puerta, un rótulo móvil iba anunciando lo que se vendía: ROBOTS; MASCARAS PARA ROBOTS; ACCESORIOS PARA ROBOTS; PIEZAS DE REPUESTO PARA ROBOTS; ROBOTS DE TODOS MODELOS, MASCARAS PARA ROBOTS, ACCESORIOS PARA ROBOTS... Y así interminable, sin fin. En el escaparate, un robot, un tipo sencillo de robot-propaganda, se arrancaba un brazo y se lo ajustaba de nuevo, se quitaba la máscara facial y se encajaba otra distinta, se abría la ventanilla de observación pectoral y se despojaba de una pieza, para volver a ponérsela a continuación...

Gabriel penetró en la tienda. El que le llevara hasta Tánger se la había recomendado. Un robot vendedor, andando con sus torpes patas, se le acercó.

-¿Qué desea el señor? ¿En qué puedo servir al señor?

-Quisiera hablar con el dueño.

Los circuitos del robot vendedor eran lentos; debía de ser un modelo muy antiguo. Tardó unos segundos en responder:

-Puedo atenderle yo mismo, señor. Soy muy eficiente, señor. ¿Qué desea el señor? ¿En qué puedo servir al señor?

-Necesito ver al dueño. Es un asunto particular.

Un nuevo ajuste de circuitos.

-De acuerdo, señor. Espere un momento, señor. Iré a avisar al dueño, señor. Gracias, señor.

El robot se alejó sobre sus bamboleantes piernas, que daban la impresión de irle a fallar en cualquier momento. Desapareció por una puerta situada en el fondo de la tienda.

Gabriel examinó a su alrededor. En las paredes, en vitrinas adecuadas, se exhibían abundantes máscaras faciales. A un lado, en la parte inferior, otros accesorios: válvulas, selectores, transistores, tubos de cuarzo. En el fondo, un rótulo oscilante, de poca intensidad luminosa, rezaba: PARA TODA CLASE DE ROBOTS. Era idéntico a una camilla de observación para robots, aunque fijado al suelo. Gabriel recordó el Cubo.

Por la puerta del fondo apareció un hombre bajo, delgado, de edad indefinida. Llevaba sobre sus ojos unos antiguos lentes de visión indirecta; sin duda era muy miope. Alzó la cabeza para mirar atentamente a Gabriel.

-Mi robot me ha dicho que deseaba hablar conmigo personalmente. ¿En qué puedo servirle?

-Necesitaría que me confeccionara una máscara facial para robot.

El hombre vaciló unos momentos.

-¡Ah, sí, una máscara facial! Muy bien, con mucho gusto. ¿No le satisfaría ninguna de las expuestas? Le advierto -que tenemos algunas muy interesantes.

-No. Necesito algo especial.

-¡Ah, comprendo! Algún rostro en particular, ¿no? Acaso el de la mujer que ama? Me refiero a la clase de máscara facial, claro. ¿Cuántos movimientos musculares tiene? ¿Diez? ¿Doce?

-Más, bastante más. Es un tipo especial de máscara. Necesita tener todos los movimientos musculares de una cara humana.

El hombre vaciló.

-¡Ah, eso! Pues la verdad, yo... No me dirá que es para un robot, ¿verdad?

Gabriel esperaba esta pregunta; estaba prevenido.

-No -dijo-, en realidad, no es un robot. Es tan sólo una cabeza parlante. Y deseo que pueda realizar todos los movimientos de una cabeza humana.

-Será difícil de conseguir, señor. Es difícil de estudiar. Tiene muchas complicaciones...

-No se preocupe por eso; yo mismo me he ocupado de estudiar y realizar los planos. Aquí los tiene.

Le entregó los papeles que llevaba en la mano. El hombre los examinó, observando las indicaciones y los diagramas. Silbó por lo bajo.

-Ha hecho usted un buen trabajo, señor. Un gran trabajo.

-Lo sé -Gabriel se había limitado a copiar lo que tenía grabado en su mente respecto a sí mismo; la tarea sólo le había ocupado media hora-. Lo deseo para hoy mismo. Quiero que me fabrique cuatro máscaras, sin rasgos acusados, naturalmente. Yo mismo me encargaré de dar los últimos toques a su fisonomía.

El hombre se envaró.

-Lo siento; pero eso no puedo hacerlo. Está prohibido, usted lo debe saber.

-Vamos, vamos; no se asuste. Miguel, el transportista, me ha recomendado muy encarecidamente que acudiera a usted. No le va a desairar, ¿verdad?

-Es que...

-No se preocupe, no pienso hacer mal uso de las máscaras. En realidad, las quiero para gastarles una broma a unos amigos. Pienso copiar sus rasgos y meterlos en la cabeza... Bueno, ya me Comprende, ¿verdad?

El hombre asintió. En realidad, no comprendía demasiado. Pero él era un negociante. Si el hombre quería unas máscaras sin rasgos, allá él.

-Siendo así -dijo-, no tengo inconveniente. Se las tendré listas esta misma noche. Aunque tendré que trabajar mucho; son unas máscaras muy complicadas y resultarán muy caras.

-Me parece bien quinientos universales por máscara.

El hombre tragó saliva; él no se hubiera atrevido a pedir más de trescientos.

-Sí, claro. Por supuesto. Se las tendré listas esta misma noche. Buenas tardes, señor. Siempre a sus órdenes, señor.

Tánger abundaba en hoteles discretos, donde se podía pasar mucho tiempo completamente desapercibido. Gabriel eligió uno en la zona antigua. Alquiló una habitación, a la que llevó dos maletas, ropa y diversos utensilios, y se estableció allí. Aquella noche, con las cuatro máscaras ya en su poder, se encerró en ella. Y durante toda la noche trabajó sin descanso.

Primero se dedicó a las máscaras. Tomó una de ellas y, valiéndose de algunos de los aparatos que había adquirido aquella tarde, modeló un rostro. Era un rostro corriente, vulgar, que pasaría desapercibida en todas partes. Cuando lo terminó, repasó, por la cara interna, las conexiones electrónicas que hacían las veces de músculos faciales. Se quitó la máscara con la que había nacido, y se puso la recién terminada. Una conexión, en la

mejilla izquierda, quedaba algo descentrada. Quitó la máscara y rectificó su posición. Se la volvió a poner, y realizó todas las pruebas. Hizo unos cuantos ensayos de muecas violentas para probar la resistencia: perfecto; todo iba bien. El de las máscaras había trabajado a conciencia. Guardó las otras tres máscaras en el doble compartimiento de una de las maletas, y arrojó la inútil al triturador de desperdicios. Ahora nadie podría reconocerle por su rostro. Era otra persona.

Se sentó, y sacó otros dos instrumentos. Todos los hombres, además de sus documentos de identidad., tenían tatuado, en uno de sus brazos, en el izquierdo, un número, unas siglas correspondientes al registro de su nacimiento. Los robots, en cambio, llevaban tatuada una gran R. Se subió la manga de la ropa, y dejó al descubierto la letra. La observó durante unos momentos. Luego cogió uno de los instrumentos.

Tras un largo intervalo de trabajo, la R había desaparecido de su brazo.

Tomó entonces el otro instrumento, y procedió a la segunda parte de la operación. Fue un trabajo perfecto: los robots siempre hacen sus trabajos a la perfección. Unas horas después de iniciada la operación, en su brazo aparecían tatuadas unas siglas de registro SM-237-z. Las mismas que en lo sucesivo indicarían su personalidad de hombre por sobre su personalidad de robot.

Guardó los instrumentos que había utilizado, y limpió la habitación. Estaba amaneciendo. Se cambió la ropa que llevaba por otra que había adquirido junto con las demás cosas, y arrojó la vieja al triturador de desperdicios. Dio los últimos toques a su figura y se observó en el espejo de la habitación.

Sí; la metamorfosis había sido completa. Nadie reconocería en él al robot que, unos días antes, naciera en la factoría de la Mundial Robot. Para todos sería. un hombre. Tan solo le faltaba conseguir una documentación. Pero eso no era ningún obstáculo; sabía cómo y dónde conseguirla.

Abrió la puerta y salió al exterior.

La noche de Tánger brillaba mucho más esplendorosamente que el día, gracias a la luz de los inmensos letreros luminosos que poblaban la ciudad. Por todos lados se divisaban anuncios automáticos. Por todas partes, un raudal de luz y color...

Se encontraba en la zona residencial y de placer, donde se acumulaban salones de juego y salas de diversión, junto con todos los comercios y salas donde podía ofrecerse algo de interés para la gente que circulaba por allí.

Durante el día había estado paseando por la ciudad, observándolo todo a su alrededor. Y ahora, al llegar, la noche, se dirigió hacia su más próximo destino.

Sus ojos escrutaban a su alrededor. Y al fin encontró lo que buscaba. Se detuvo ante una gran entrada profusamente iluminada. En la parte superior, un nombre campeaba en letras rojas: ALAMEIN. Y a su alrededores, formando un círculo intermitente, una sola palabra repetida varias veces ROB-AMOR, ROB-AMOR, ROB-AMOR, ROB-AMOR, ROB-AMOR, ROB-AMOR, A ambos lados de la puerta, otros rótulos, también luminosos, aclaraban:

«El mayor adelanto de la ciencia electrónica por el hombre y para el hombre. Goce del amor a su gusto y según su temperamento con el servicio Rob-amor. Más de cien modelos distintos a su elección. Máxima pulcritud e higiene. Seguridad absoluta. Servicio autorizado por la Delegación Mundial de Sanidad y la Mundial Robot con el número de registro 1.123.»

Gabriel se detuvo unos momentos. Rob-Amor. Servicio Rob-Amor. La ciencia electrónica por y para el hombre. ¿O el hombre por y para la ciencia electrónica? Todo se mecanizaba; todo. Incluso los más íntimos sentimientos. Incluso el amor.

Penetró en el interior. Un robot, con el aspecto exterior de un dandy francés, se inclinó en una amable reverencia.

-Buenas noches, señor. El servicio Rob-Amor a sus órdenes, señor. ¿Cómo la prefiere, señor? ¿Rubia? ¿Morena? ¿Suave? ¿Apasionada? ¿Se inclina hacia algún tipo de

perversión? Podemos complacer todos sus gustos, señor. El servicio Rob-amor de Alamein es el más completo, señor.

-Cállese.

El robot vaciló unos instantes. Sus circuitos no acostumbraban a recoger respuestas como aquella.

-Perdón, señor -dijo cuando reaccionó-. ¿Le he ofendido, señor? No era mi intención, señor. Estoy aquí para servirle, señor. El servicio Rob-amor siempre a sus órdenes, señor.

Se detuvo esperando. Gabriel decidió terminar de una vez aquella conversación.

-No he venido aquí a gozar de su servicio -indicó-. Quiero hablar con Alamein.

-¿Con Alamein, señor? Por supuesto, señor. Será complacido inmediatamente. El servicio Rob-amor siempre a su servicio, señor.

Se alejó por el corredor. Gabriel aguardó. En las paredes se podían leer frases alusivas al servicio. Rob-Amor. Rob-amor. Rob-amor. La cúspide de la mecanización humana. La cúspide de la degradación humana.

La puerta de entrada se abrió a sus espaldas, y un hombre apareció por ella. Se detuvo unos instantes, vacilando en el umbral, mirando al exterior. Murmuró, con voz estrepajosa:

-¡Mujeres! ¡Bah! A mi que me den éso. ¿Para qué diablos sirven las mujeres, cuando existen en el mundo máquinas como ésas? ¿Para qué diablos fueron creadas, si es que fueron creadas para algo?

Penetró con pies vacilantes. La cerveza sintética no era tan buena como la natural, pero tenía sobre ella una gran ventaja, además de la de ser mucho más fácil de fabricar y más económica: emborrachaba mucho más rápidamente. Y mucho más a conciencia.

El hombre se detuvo en medio del pasillo, a pocos vasos de Gabriel, observándole. Gabriel también lo observó. Sus células olfativas percibieron instantáneamente el penetrante olor a cerveza sintética.

El hombre dejó escapar una risotada.

-¡Hola, amigo! De modo que al final te has decidido, ¿no? ¡Tú, tan pulcro, tan melindroso, al final también has caído en la tentación!, ¿eh? ¡Bien hecho, chico!

Se le acercó Gabriel alargó un brazo deteniéndolo. -Márchese. No nos conocemos de nada.

El hombre frunció el entrecejo.

-¿Que no? ¡Pera vamos, hombre! ¿Ahora tú con esas? -dejó escapar una risita en voz de falsete-.

Ah, ya comprendo! Te da vergüenza ser visto en un sitio así, ¿no? ¡Vamos, hombre, no hay que ser tan tímido! ¡Y qué que le vean a uno! ¡Al fin y al cabo, todo el mundo viene aquí! ¿Qué de extraño hay en que hombre quiera...

-Cállese.

No levantó la voz. Pero su tono hizo enmudecer por unos momentos al hombre. Le observó detenidamente durante unos segundos. Luego se le volvió a acercar.

Anda, hombre, no seas bruto. Mira, voy a darte un consejo. Si quieres pasarlo bien, quédate con Sara. No la conoces, ¿verdad? Pues no sabes lo que te pierdes. ¡Hay que ver lo que es Sara! Yo a veces llevo a dudar de que sea una máquina. Mira. Empieza con...

-He dicho que se calle.

Un breve silencio. Pero el hombre estaba demasiado borracho de cerveza sintética para comprender. Volvió al ataque.

Se había apoyado en el hombro de Gabriel, hablándole casi a la altura de la oreja. El robot intentó contenerse. Estaba intentando contenerse desde que el borracho empezara a hablar. Pero sus circuitos se sobrecargaban con demasiada celeridad. La lógica de su cerebro le decía que debía terminar aquella conversación. Y sólo existía un medio.

Casi sin que interviniera el circuito selectivo de su voluntad, su mano izquierda se movió, apartando bruscamente al hombre. Sus labios pronunciaron dos secas palabras, resultado de una concatenación de hechos lógicos.

Apártese, borracho.

El hombre lo miró unos instantes, completamente estupefacto.

-¿Borracho? ¿Borracho yo? ¡Oye, amigo! ¡El que uno haya querido darte un consejo no te da derecho a insultarme! ¡Borracho! ¡Llamarme borracho por haber bebido unos vasos de cerveza sintética! ¿Pero es que tengo acaso cara de borracho?

Por el fondo del corredor aparecieron en aquel momento el robot francés y un hombre. Se acercaron rápidamente. El robot fue a ayudar al borracho, que había caído, a levantarse. Pero el hombre que iba con él pronunció algunas palabras, y el robot se inmovilizó. El propio hombre ayudó al otro a ponerse en pie.

-Vamos, vamos, amigo. No te pongas así, estás un poco excitado. Tranquilízate.

El hombre lo miró con ojos vidriosos.

-¿Excitado yo? ¿Borracho yo? ¿Acaso me estás insultando, Alamein? Te advierto que...

El hombre se volvió hacia el robot francés y lo llamó.

-Llévalo con Sara -le dijo-, y déjalo toda la noche con ella. Pero vigílalo. Sara es la mejor máquina que tenemos y la más solicitada; no quisiera que me la destrozara.

El robot cogió delicadamente al borracho por los sobacos, y se lo llevó consigo. El hombre se arregló escrupulosamente las ropas y se volvió hacia Gabriel.

-Perdone el incidente, señor -dijo-. Me ha dicho Pierre que deseaba hablar conmigo. Soy Alamein. ¿Tiene la bondad de venir conmigo?

El hombre se sentó, mirando con atención el rostro del robot.

-Pierre me ha dicho que usted había rechazado la utilización de nuestro servicio. ¿Acaso tiene algo con él?

Los circuitos de Gabriel se detuvieron en la última escena. En la entrada del local, en las frases alusivas del interior del pasillo, en el borracho... Asintió con la cabeza.

-Tengo muchas cosas en contra de él -dijo-. Pero no creo que estos sean el momento y el lugar más apropiados para discutirlos. Si he venido aquí ha sido por otros motivos.

-¿Puedo saber cuáles?

-Sí. Necesito que me proporcione una documentación legal. Completa.

El hombre dudó unos momentos, evidentemente embarazado.

-¿Y ha acudido a mí para ésto? Me parece que se ha equivocado. Yo no...

-Comprendo sus precauciones, pero son totalmente inútiles. Necesito verdaderamente esta documentación. Y usted puede facilitármela.

-¿Cómo lo sabe?

-Antiguamente usted se dedicó a la falsificación de documentos. Por tal motivo, y a causa de un asunto bastante escandaloso, fue encarcelado cinco años. Cuando salió, montó este servicio de Rob-amor.

-Y dejé de dedicarme a la falsificación.

-Uno nunca deja absolutamente de dedicarse a una cosa. ¿Cuánto pide por el trabajo?

El hombre volvió a dudar.

-¿De qué categoría la querría?

-A.

-Universal. Le costaría dos mil universales.

-Conforme. ¿Cuándo la tendrá hecha?

El hombre levantó una mano.

-Un momento; yo no he dicho que se la haría.

-Pero lo está pensando -sacó de un departamento de su traje unos papeles y se los tendió-. Tome; aquí tiene todos los datos, las fotos y los registros dactiloscópicos. No es necesario que lo repase; está todo.

El hombre observó unos momentos los papeles antes de cogerlos. Les echó una ligera hojeada.

-Veo que venía prevenido.

-Sí. Me gusta hacer las cosas rápidas. Como quiero que quede todo bien sentado, aquí tiene mil universales. La mitad de lo estipulado. Cuando me entregue los documentos le daré el resto. ¿De acuerdo?

El hombre cogió el dinero.

-De acuerdo. Mañana al mediodía lo tendré todo hecho; puede pasar a recogerlo.

El robot se levantó, dirigiéndose hacia la puerta de la habitación. Alamein hizo lo mismo.

-Ahora que ya ha expuesto el motivo de su visita -dijo-, ¿no desea disfrutar de nuestro servicio? Es un obsequio de la casa.

Gabriel se volvió.

-No, gracias. Ya le he dicho que tengo muchas cosas contra este servicio. Si pudiera darme asco, estoy seguro de que me lo daría. Volveré mañana al mediodía a recoger los documentos. Adiós.

Salió al pasillo, y se dirigió hacia la puerta de salida. El robot Pierre, obediente a lo que tenía grabado en sus circuitos, le despidió con una servicial reverencia.

Salió a la calle y se detuvo unos momentos. Miró a su espalda. El letrero luminoso seguía parpadeando:

ROB-AMOR, ROB-AMOR, ROB-AMOR, ROB-AMOR, ROB-AMOR, ROB-AMOR,

Las máquinas al servicio del hombre, pensó. ¿O el hombre al servicio de las máquinas?

VI JUICIO

El gran Justicia del tribunal de la Policía de seguridad humana estaba repleto de gente.

En el estrado principal, dominando toda la sala, se encontraba la presidencia. A la derecha, el sitio del abogado defensor. A la izquierda, el fiscal. Y a la derecha también, a un lado, el encargado de decidir y dictar sentencia, el jurado: un cerebro electrónico.

El presidente del tribunal se puso en pie. En la mano sostenía una hoja de papel. Se hizo un silencio en la sala. Y el hombre leyó:

-Hoy, veintisiete de octubre del año de gracia 2257, en este tribunal, procedemos a la apertura del sumario contra Gabriel Vilalcázar, acusado de haber dado vida a un robot carente por completo de las Reglas Fundamentales, con lo cual incurre en lo penado por esta ley, capítulo veinte, epígrafe dieciocho. Con esta fecha, por las leyes terrestres, de acuerdo con su propia petición, procedemos a su enjuiciamiento. El señor fiscal tiene la palabra.

El hombre se levantó. Era un tipo rechoncho, cara de luna llena. Miró unos momentos la mole del cerebro electrónico del jurado. Luego se volvió hacia el presidente.

-Con la venia -dijo.

Estuvo hablando durante más de media hora. Expuso con claridad, y basándose en antecedentes de otros casos, lo que representaba la existencia de un robot autopensante en el mundo, sin Reglas Fundamentales en su cerebro. Indicó los peligros que ello representaba para la Humanidad. El hombre no podía supeditarse a las máquinas, dijo. Eran las máquinas las que debían supeditarse a los hombres. Y esto no sucedería mientras existieran individuos como el acusado, dispuestos a construir para el propio provecho robots que se apartaran de los cánones establecidos por la ley.

Cuando terminó, el presidente hizo una seña a Vilalcázar.

-La defensa tiene la palabra.

Vilalcázar se puso en pie. Había asumido él solo toda la responsabilidad sobre Gabriel, declarando que Ripple ignoraba que el robot no tuviera implantadas en su cerebro las Reglas Fundamentales. Así, el acusado era sólo él. Y también su propio defensor.

-Señores -dijo-, si he pedido representarme a mí mismo en la defensa, no ha sido porque me considerara la persona más capacitada jurídicamente para ello, no soy abogado. No conozco las leyes como sin duda las conocerán cualquiera de ustedes. Pero sí hay una cosa que yo sé, y que en cambio ninguno de ustedes conoce. Soy cibernético, señores. Y esta especialidad me a derecho a hablar aquí con fundamento de causa. Por eso puedo actuar en mi autodefensa.

Hizo una pausa. El fiscal fue a decir algo, pero no llegó a pronunciar ninguna palabra. Vilalcázar se volvió hacia el presidente.

-Ustedes -dijo-, son los encargados de juzgar los casos en los que aparezca entremezclada directamente alguna naturaleza mecánica. Han de decidir todos los casos en los que aparezca un robot o un cerebro electrónico. Y a causa de ello han de conocer todo lo posible referente a ellos. Ahora bien, permítanme hablarles una pregunta: ¿hay alguno de ustedes que sea cibernético, o que conozca siquiera algo de esta materia?

Un silencio. Nadie dijo «sí». Pero nadie dijo tampoco «no».

Vilalcázar se volvió al público que llenaba la sala.

-En el mundo -dijo-, los cargos más importantes, los de más responsabilidad, han sido ocupados siempre por personas incapaces de desempeñarlos. La creación de robots autómatas en gran escala trajo consigo la necesidad de crear una policía especial para juzgar únicamente estos casos. Naturalmente, era lógico que tanto los miembros de esta policía como los del tribunal especial conocieran a fondo la naturaleza y las reacciones de un robot. Que supieran, en pocas palabras, lo que es realmente un robot. Sin embargo la realidad es completamente distinta. No existe ninguna persona, de las que componen este tribunal, que tenga conocimientos especializados en cibernética.

Como tampoco hay nadie en toda la policía de seguridad humana que tenga estos mismos conocimientos. Lo cual creo que lo dice ya casi todo.

-¡Protesto!

Vilalcázar se volvió hacia el fiscal.

-¿Motivos?

-Estamos juzgando un delito, no la mayor o menor formación cibernética de este tribunal.

-De acuerdo; completamente de acuerdo. Y precisamente por eso vamos a enfocar el caso desde el punto de vista indicado por usted.

Se volvió nuevamente hacia la sala.

-Señores --dijo-, se me acusa de la construcción de un robot demasiado perfecto. Se me dice que he cometido un acto vandálico al construir una máquina autopensante desprovista de las leyes que hasta ahora han limitado a todos los robots a un nivel inferior al humano. ¿Y por qué causa se me acusa? ¿Porque un robot de este tipo puede ser un peligro manifiesto para la humanidad? No, no es por eso. La causa es otra muy distinta. Y se la voy a decir.

»Desde un principio de la construcción en gran escala de robots hubo accidentes. Defectos de construcción, fallos repentinos en el mecanismo... pero siempre en robots que tenían grabadas en su mente las Reglas Fundamentales. Nunca ha aparecido por estos tribunales el caso de un robot sin estas Reglas que hubiera matado a un ser humano o hubiera realizado otro acto similar. ¿Por qué? No es necesario conocer mucho de cibernética para saber que un robot por el simple hecho de serlo, no puede nunca sentir odio, envidia, amor, deseos de venganza... Si por casualidad un robot llegara a matar a un hombre no sería por vandalismo. Sería por defecto de su construcción. O porque alguien manipulaba su mecanismo y lo adaptara a sus criminales y humanas necesidades, como alguien carga una pistola para matar, sin que pueda imputársele a la

pistola la responsabilidad del delito. ¿Cuál es, entonces, el motivo que nos impida fabricar un robot sin las Reglas Fundamentas?

»El orgullo. Ese es el motivo: el orgullo hacia nuestra naturaleza humana. Y temblamos tan sólo al pensar que un robot, una máquina, pudiera llegar a ser superior a nosotros. Por eso hemos creado las Reglas. o porque los robots sean seres malévolos, sino porque nosotros tenemos miedo. Miedo de nuestras proas creaciones.

¡Protesto!

Vilalcázar se volvió de nuevo hacia el fiscal.

-¿Motivos?

-Estamos divagando. Centrémonos tan sólo en el caso que nos ocupa.

Vilalcázar se volvió hacia el tribunal.

-Estamos en su mismo centro, señores. Yo soy constructor del robot motivo de este juicio. Yo soy, por lo tanto, el principal responsable de todo. Y voy a confesarles una cosa. Cuando construí a Gabriel, no sabía los resultados que daría mi obra. Yo entonces era también un hombre como todos ustedes, un simple producto de nuestra sociedad. Creía en la superioridad del hombre sobre cualquier máquina, como lo creen todos ustedes. Pero luego nació él. Hablé con él. Con sólo unas pocas palabras supe ver lo que en realidad era. Comprendí la verdad.

»Al principio tuve miedo, lo reconozco. Tuve miedo como lo hubieran tenido cualquiera de ustedes.

Pero luego recapacité. Olvidé que yo era un hombre y que por lo tanto estaba orgulloso de la especie humana. Lo olvidé todo, incluso a mi mismo, y pensé. Y entonces encontré la verdad.

»Ustedes están aquí para juzgar el delito que representa la construcción de este robot, de un robot autopersante perfecto. Tan perfecto que ni siquiera tiene la coerción de las Reglas Fundamentales en su cerebro. Muy bien, júzguenlo. Pero antes piensen un poco. ¿Qué saben de él? ¿Qué saben ustedes de lo que puede llegar a ser un robot? ¿Qué saben siquiera de esta máquina que tienen ahí al lado, y a cuya decisión confían la suerte de los que se presentan a este tribunal?

-¡Protesto! -el fiscal se levantó rápidamente de su asiento-. ¿Qué está insinuando el acusado?

-Exactamente lo que he dicho, señor fiscal. Nosotros, los hombres, tenemos miedo, un miedo atroz a las máquinas. Y sin embargo, nos rodeamos constantemente de ellas. Las hay en nuestras casas, en nuestros despachos, en nuestras fábricas... Están en todas partes. Lentamente, pero paso a paso, van ocupando en todos los sitios el lugar del hombre. Y lo van desplazando a un lugar apartado, a un rincón, como sólo un objeto de adorno. El hombre está descendiendo en su categoría de ser inteligente. ¡Y las máquinas son las que están ocupando actualmente su lugar!

-¡Esto es un infundio derrotista!

-No, señores. Es la verdad. El mundo se encuentra en una época de mecanización completa. Y el hombre, temiendo que las máquinas puedan llegar a sobreponerse a él, las rebaja de categoría, intenta anularlas mediante las Reglas Fundamentales, mediante una dependencia completa a sus órdenes. Sin saber, sin comprender en ningún momento que con ello lo único que hace es inhumanizarlas por completo, convertidas en máquinas infalibles que actúan por completo independientes del hombre, por el mismo motivo de que tienen al hombre demasiado en cuenta en sus cerebros.

-¿Qué quiere darnos a entender con esto?

-Lo comprenderán dentro de muy poco. Ahí tienen una máquina, por ejemplo. El cerebro-jurado. Ella es la encargada de dictar sentencia. Se le dan todos los datos del juicio, graba lo que se expone en esta sala, y sobre todo decide si el acusado es culpable o inocente. Es una máquina. Y por lo tanto, su veredicto es infalible. ¿Pero no han

pensado nunca ustedes en que esta máquina, por el simple hecho de serlo, es absolutamente incapaz de dar ningún veredicto?

Se hizo un grave silencio. Las palabras de Vilalcázar resonaron en todos los ángulos de la sala. Tras unos instantes de silencio, el presidente inquirió.

-¿Por qué es incapaz de dar ningún veredicto?

-Porque es una máquina. Y como tal, lleva grabadas, en su cerebro las Reglas Fundamentales.

-¿Qué está tratando de insinuar? -saltó el fiscal? ¿Quiere decir que esta máquina no tiene grabadas las Reglas Fundamentales, tal como está estipulado.

-Oh, por supuesto, la máquina las tiene profundamente grabadas. Pero en la práctica es como si no las tuviera. Porque, sencillamente, prescinde por completo de ellas.

Se produjo un silencio de expectación. El fiscal se semilevantó de su asiento, como dispuesto a protestar. Vilalcázar continuó:

-Las Reglas Fundamentales estipulan claramente que un robot no puede nunca, en ninguna ocasión ni por ningún motivo, hacer daño a un humano o permitir por negligencia, que lo sufra. Sin embargo, este cerebro electrónico, al dictar su veredicto, ha causado daño a más de una persona. Ha declarado culpables a muchas personas. ¿Dónde están sus Reglas Fundamentales?

-¡Protesto!

-Puede protestar todo cuanto quiera, señor fiscal. Pero con ello no cambiará en nada la realidad de las cosas. Este robot tiene grabadas las Reglas Fundamentales, de acuerdo. Nosotros, los hombres, se las hemos grabado. Pero nosotros mismos, al asignarle esta misión, se las hemos borrado de nuevo.

-Las Reglas Fundamentales no pueden ser borradas nunca del cerebro de un robot -objetó el presidente.

-Esto es lo que cree todo el mundo. Pero es falso. Un robot no puede, por sí mismo, quebrantar ninguna de las Reglas. Pero nosotros sí podemos hacérselas quebrantar. Hemos sido muy suspicaces, demasiado suspicaces. Nos hemos dicho a nosotros mismos que para evitar que un robot pudiera quebrantarlas era preciso establecer en sus circuitos uno especial que desconectara inmediatamente y de modo automático la energía, cuando un robot intentara quebrantar alguna de las Reglas. El mecanismo es infalible. Pero hemos dejado una puerta abierta. Para que entre en funcionamiento, es preciso que el robot, por propia voluntad, ya sea por fallo de su mecanismo o por cualquier otra causa, intente atacar a un ser humano o deje que este ser humano sea atacado.

»Y aquí llegamos al caso de este robot y otros tantos como éste. Lo hemos construido siguiendo los cánones de la ley. Pero al asignarle esta misión le hemos enfrentado ante un problema absolutamente contradictorio, es la de, indirectamente, hacer daño a una persona. No puede hacerlo, pero ésta es, al mismo tiempo, su obligación. El robot se encuentra, por lo tanto, entre dos contraposiciones. ¿Qué hace? Lógicamente, debería desconectarse. Pero no lo hace. ¿Por qué?

»La respuesta es muy fácil. En vez de hacer eso, el robot medita. Por un lado, el hombre, su amo, le ordena hacer aquello aunque esté contra las Reglas. Por el otro, esas mismas Reglas le impiden hacerlo. No cabe la solución de declarar inocente a todos los acusados que pasen por delante de él, por cuanto entonces también causaría al hombre un perjuicio al quebrantar él la Ley dando datos falsos. ¿Qué hacer? La solución de desconectarse no sirve, no hay motivo para ello: él no realiza aquello voluntariamente. Se le ha ordenado. ¿Entonces?

»Entonces, el robot da un rodeo. Su cerebro graba la idea de que directamente no quebranta ninguna de las Reglas. Sencillamente, él da su veredicto. Después no sabe lo que sucederá. Así puede cumplir su misión como le ha sido ordenado. Igual que si las Reglas Fundamentales no existieran para él.

En la presidencia se cruzaron miradas vacilantes. El fiscal se levantó.

-¿Puede usted demostrar lo que ha dicho?

-Naturalmente. No olvide de que soy cibernético. Me bastará tan sólo hacer unas preguntas al cerebro.

El fiscal se volvió hacia el presidente, con una interrogación en la mirada.

-Hágalas -dijo éste tras breve meditación.

Vilalcázar se volvió hacia el cerebro electrónico.

En realidad, exteriormente, sólo era una caja con algunos mandos en la cara delantera, y un par de indicadores esféricos. Avanzó hacia ella y se detuvo a pocos pasos. La miró unos momentos.

-Cerebro -llamó.

-Diga -respondió el cerebro tras una corta pausa.

-¿Has oído todo lo que se ha hablado ahora en esta sala?

-Sí.

-¿Y has formulado ya tu veredicto?

-Sí.

-¿Puedes comunicárnoslo?

-Sí.

-¿Sin tener en cuenta las consecuencias que ello pueda representar?

Una corta pausa.

-No conozco estas consecuencias.

-Sí, sí las conoces. Las hemos expuesto hace unos momentos. Lo que sucede es que las has olvidado. ¿Quieres que te las recuerde?

-No es necesario.

-Sin embargo, quiero recordártelas. Tu ahora puedes declarar mi inocencia o mi culpabilidad. Pero este caso es muy difícil. Si me declaras inocente, causarás un daño moral a muchos hombres, pues parecerá que la construcción de un robot sin las Reglas Fundamentales es algo admitido por la ley. Y si me declaras culpable, me causarás un daño material a mí.

-¡Protesto! -chilló el fiscal-. ¡Está intentando coaccionar a la máquina!

-¡Cállese! Sigo contigo, cerebro. ¿Has comprendido lo que te he dicho? ¿Has visto cuál es la situación?

-Sí -dijo al fin la máquina.

-Naturalmente, esto es algo que ya tenías grabado en tu cerebro, ¿verdad?

-Sí.

-¿Por qué no lo has integrado nunca en tus veredictos?

-Yo... nunca lo he considerado pertinente.

Muy bien. Ahora ves que sí es pertinente. ¿Puedes darnos tu veredicto?

Una nueva pausa.

-No puedo.

-¿Por qué?

-Las Reglas me impiden dar ningún veredicto.

-Muy bien. Sin embargo, nosotros queremos saberlo. Para eso has sido construido. Dilo.

-No puedo.

-No puedes negarte. Tu misión es ésta. Es la razón de tu existencia. Tienes que obedecer. Di cuál es el veredicto, ¿me oyes?

El robot vaciló. Se empezó a oír un ligero rumor interno.

-No puedo -repitió al fin una vez más-. No puedo.

-¡No puedes negarte, cerebro! ¿Me oyes? ¡Quiero saber tu veredicto y tú no puedes negarte! ¡Quiero saber cuál es! ¡Dilo! ¡Di cuál es! ¡Di cuál es! ¡Di cuál es!

-No...

Con voz estentórea, Vilalcázar repitió:

-¡¡¡Di cuál es!!!

El ruido interno del cerebro iba aumentando por momentos. Vilalcázar dio un salto hacia atrás. Se oyeron varios chasquidos. El cristal de ano de los indicadores estalló, y sus pedazos cayeron al suelo. Se oyó como una apagada explosión en el interior de la máquina. Y luego, silencio.

Vilalcázar se volvió hacia la presidencia.

-La prueba ha concluido -dijo-. Espero que la presidencia habrá quedado satisfecha.

-¿Qué ha sucedido? -inquirió el presidente.

-El cerebro se ha autodestruido por sobrecalentamiento -dijo Vilalcázar-. Lo he enfrentado ante una imposibilidad lógica absoluta. No ha encontrado ninguna salida.

El fiscal se levantó.

-Ruego que se haga constar -dijo lentamente-, que el abogado defensor ha destruido el cerebro-jurado a conciencia, valiéndose de sus conocimientos cibernéticos, a fin de eliminar un factor que le hubiera declarado culpable sin lugar a dudas.

Vilalcázar se volvió hacia él.

-¿Está usted Seguro? Si tuviera tan solo unos pocos conocimientos de cibernética, si supiera tan sólo los rudimentos más elementales de esta materia, comprendería la enorme estupidez que acaba de decir.

-Un momento -terció el presidente, antes de que el fiscal pudiera responder-. Usted mismo ha dicho que el infringimiento de las Reglas trae consigo la autodesconexión automática del robot. ¿Por qué, entonces, el cerebro se ha autodestruido en lugar de desconectarse?

-Porque su caso era distinto. Porque él tenía antecedentes de haber quebrantado las Reglas. Porque, si puede expresarse así, se sentía culpable.

Hizo una pausa y se enfrentó con la presidencia.

-Escuchen -dijo-. Un robot se autodesconecta cuando se encuentra en una situación imprevista en la que puede peligrar la vida o la seguridad de un hombre. También se desconecta cuando un hombre, un hombre, ¿entienden?, le ordena realizar algún acto que sea contrario a alguna de las Reglas. Pero esta desconexión es muy relativa. Existen casos en los que es su misma misión, como en el robot-jurado, la que implica causar un daño indirecto a un ser humano. El robot no puede entonces en justicia desconectarse. Nosotros calculamos las Reglas para un caso eventual, de accidente o de mala intención de una persona. Y ahora somos nosotros mismos, todos los humanos, al crearle para esta misión, quienes le pedimos que las infrinja, olvida lo que le impide cumplir su misión. Y la cumple.

»Y aquí llegamos a lo sucedido ahora. Yo le he recordado que su misión traía consigo un daño a un ser humano. Y cuando no le ha quedado más remedio que integrarlo entre sus datos, le he instado a que cumpliera -su misión. El debía obedecerme, puesto que su misión es obedecer a todo ser humano. Pero no podía obedecerme, por cuanto lo que le ordenaba implicaba una infracción de las Reglas. Y tampoco podía desconectarse, porque tenía en su memoria el precedente de otras ocasiones en las que había transgredido estas mismas Reglas. El robot se encontraba enfrentado con una imposibilidad matemática. ¿Qué podía hacer? Nada; las tres soluciones le estaban vedadas. Luego, a medida que él negaba y yo lo instaba a que contestara, la tensión interna de sus circuitos fue aumentando, hasta que alcanzó un estadio intolerable. Y la máquina, llegando al límite de su capacidad, no pudo resistir más. Estalló.

»Esto es, señores, lo que ha sucedido, y el porqué ha sucedido.

Se produjo en la sala un silencio absoluto. Todos los ojos estaban fijos en el cajón rectangular que había sido el cerebro.

Vilalcázar se volvió hacia la presidencia.

-Mi defensa ha terminado, señores -dijo-. Pueden dictar sentencia. Pero antes quiero advertir una, cosa. Robots como este cerebro, robots que llevan en su memoria una contradicción similar a ésta, pululan a cientos por nuestro planeta. Todo el mundo los admite, nadie se da cuenta (o no quiere darse cuenta) de ellos. Y sin embargo, son auténticos robots carentes de las Reglas Fundamentales.

»Sabiendo esto, señores, conociendo todos estos detalles, díganme: ¿qué clase de delito debe considerarse que es la construcción de un robot que, al igual que estos otros muchos, tampoco las posea?

El jurado, constituido por la presidencia -jurado humano esta vez-, deliberó brevemente. El presidente, puesto en pie, leyó la sentencia:

-El presidente de este tribunal, en ausencia e incompetencia del cerebro-jurado encargado de dar el veredicto, vistas las causas y las razones aducidas por el ministerio fiscal y el de la defensa, falla y sentencia: A Gabriel Vilalcázar, acusado de quebrantar la ley en lo dispuesto en el capítulo veinte, epígrafe dieciocho, al pago de una fianza de diez mil universales, en concepto de costas e indemnización de este juicio, y de las diligencias que del mismo se desprenderán. Considerándole, por lo demás, libre de todo cargo acusatorio, y sin que dicha sentencia marque precedente penal en la personalidad del encausado.

»Al mismo tiempo, falla y ordena: que sea inmediatamente iniciada la búsqueda y captura del producto mecánico robot construido por el susodicho encausado, a fin de proceder a su inmediata destrucción.

»Lo cual fallan, firman y rubrican, con fecha de hoy, veintisiete de octubre del año de gracia de 2257, los componentes de la presidencia de este tribunal...

»Le agradezco mucho todo lo que ha hecho, Vilalcázar. Primero asumiendo usted toda la responsabilidad, y después salvando la reputación de la Mundial Robot.

Vilalcázar sonrió.

-No se preocupe por ello -dijo-. Sabía lo que debía hacer desde que acepté que el caso fuera sometido a juicio.

Ripple asintió con la cabeza.

-Sí, pero ¿qué es lo que ha pretendido con todo ello?

-Ayudar a Gabriel, ya se lo he dicho en otras ocasiones. E intentar hacer comprender un poco al mundo la falsedad de todo lo que le rodea.

-¿Y cree que tendrá éxito?

-No lo sé. El mundo en el que vivimos está demasiado corrompido para creer en nada. Pero tal vez sirva para algo. Al menos, espero que facilitará un poco las cosas a Gabriel.

-Gabriel -Ripple sonrió un poco irónicamente-. ¿Cree realmente que Gabriel podrá hacer algo?

-¿Y por qué no?

-Ya ha oído la sentencia del tribunal. Será buscado y destruido, dondequiera que esté. No creo que tenga tiempo de hacer mucho antes de ser localizado.

Vilalcázar dejó escapar una risita.

-Usted no conoce lo que es Gabriel, Ripple. Ni sabe lo que es capaz de hacer.

-Pero no podrá permanecer escondido eternamente. Y apenas se deje ver, será reconocido de inmediato. Usted mismo dijo que su máscara facial le delataría en seguida.

-Naturalmente que le delataría, en los primeros días -de su fuga. Pero ahora ya no. Hay mucha gente que se dedica, por dinero, a aceptar trabajos sobre robots sin dar el correspondiente parte a las autoridades. Le costará muy poco hacer que le fabriquen una máscara nueva. No olvide que tiene sus propios planos grabados en su cerebro.

-¿Y de dónde sacará el dinero para pagarla?

-Existen muchos medios de conseguir dinero, aun para un robot, sin necesidad. de robarlo ni de realizar ninguna acción ilegal.

Ripple movió la cabeza dubitativamente.

-Tal vez tenga razón. ¿Y qué piensa hacer usted ahora?

Vilalcázar se encogió de hombros.

-Observar -dijo-. Va a desarrollarse una lucha curiosa. La de un robot que intenta salvar al mundo, contra una humanidad que no quiere ser salvada bajo ningún pretexto. ¿Qué quiere que haga yo en estas circunstancias? Contemplar la lucha, y ver cuál va a ser el resultado.

-No lo comprendo -murmuró Ripple-. Realmente, no lo comprendo. Lo encuentro todo demasiado absurdo.

-Es natural. Usted es un esclavo más de las máquinas. Vive en una casa en la que lo único que existe son robots; trabaja rodeado de robots; y lo único que ha sabido ver en ellos ha sido las máquinas y el negocio que representan. ¿Cómo quiere comprender esto?

-Tal vez sea así. Pero no creo que el resto del mundo comprenda más que yo.

-No, tampoco comprende más que usted, esto también es cierto. Y en este punto radicará el nudo de la lucha. La humanidad es absolutamente egocentrista. No comprenderá nunca el que alguien, sea quien sea, aunque se trate de un robot, intente ayudarla de un modo absolutamente desinteresado.

-Y usted, ¿lo comprende?

-Sí. No completamente, pero sí mucho más de lo que puede llegar a comprender el resto de la humanidad.

-¿Es por eso que se ha puesto al lado de Gabriel?

-Por eso, y por unas palabras que él me dijo. «Todos tenemos nuestra misión en la vida», me recordó. Y a ella debemos centrar todos nuestros intereses. Es bello luchar por un ideal, cuando este ideal se comprende y se comparte. Yo he encontrado, al igual que el propio Gabriel, un ideal. Y creo que ésta debe ser mi misión en la vida.

-¿Y dónde piensa ir ahora?

-A reunirme con él. Sí, con Gabriel. Con el robot. Ripple le miró con sorpresa.

-Pero, ¿acaso sabe dónde se encuentra ahora?

Vilalcázar sonrió levemente.

-Por supuesto que lo sé. Y si la gente fuera más inteligente de lo que es, también lo sabría. Porque, ¿dónde puede encontrarse en estos momentos un robot que pretenda salvar a la humanidad?

VII LOS SELENES

Las noticias que acaparaban en los últimos tiempos la atención de todo el mundo, las de la creciente agitación de los Selenes, se vieron por unos días relegadas a segundo término por otra noticia. El juicio celebrado contra Vilalcázar, con todas sus sensacionales consecuencias, fue publicado en todos los rotativos del mundo, con la máxima amplitud de detalles. Varios periódicos se lanzaron a entrevistarle, y Vilalcázar no tuvo ningún reparo en confirmar y ampliar lo dicho en el tribunal. «Si existe en el mundo algún cibernético que sepa aún lo que es la verdad y la honradez -dijo-, estará de acuerdo conmigo». Los periódicos publicaron grandes titulares del caso. Y la polémica se desató.

Una polémica de muy corta duración. Porque a los dos días de iniciada, los periódicos, y toda la gente en el mundo, abandonaron bruscamente el tema para dedicar toda su atención a, una nueva y no menos grave noticia. Lo que tanto se temía y esperaba había sucedido al fin: La Luna proclamaba unilateralmente su independencia de la Tierra, y formaba gobierno autónomo.

Los comentarios sobre el tema se recrudecieron bruscamente de una manera insospechada. Todo el mundo se dedicó a hablar de los Selenes, de la Tierra, de la reacción y de las medidas que adoptarían las naciones interesadas en el caso... Se

preveía algún percance de importancia mundial. El gobierno centralizador de la Tierra se reunió urgentemente en París.

Y Gabriel Vilalcázar sacó pasaje para la próxima nave regular a la Luna.

Hacia casi trescientos años que el hombre había pisado por primera vez el suelo lunar. Trescientos años, a través de los cuales el inhóspito satélite se había convertido en morada permanente de seres humanos. Trescientos años, en los que las distintas condiciones de aclimatación y características físicas habían creado en la Luna una nueva raza de hombres: los Selenes.

Al principio, las exploraciones lunares se habían limitado a simples tanteos de investigación. Se había instalado una base provisional, dependiente totalmente de la Tierra. Pero más tarde, el descubrimiento de agua en estado sólido en las entrañas del satélite, junto con algunos ejemplares de vegetación rudimentaria en el fondo de algunas cuevas, el hallazgo de minerales de un interés para la industria terrestre, y sobre todo oxígeno, en forma de compuestos en el subsuelo, hizo que la base provisional se convirtiera en estación permanente. Una estación que primero fue de índole puramente militar, después científica, luego mixta y finalmente civil.

Al principio, los hombres que fueron a la Luna se llamaron simplemente exploradores. Más tarde, cuando familias enteras emigraron al satélite, les fue adjudicado el nombre de colonos. Pero ninguno de estos dos elativos reflejaba claramente su verdadera condición. ¿cómo llamarlos, entonces? La ausencia de vida animal inteligente incluso de vida animal rudimentaria, había hecho abandonar el bello nombre de Selenitas. Pero éste era un nombre que no podía aplicarse a los actuales habitantes lunares; ellos no eran oriundos de la Luna. ¿Entonces?

Un periódico lanzó la idea, y tuvo general aceptación. Un nuevo nombre fue creado, y pasó a ocupar lugar en todos los diccionarios. Los hombres que, abandonando su planeta natal, fueron a crear un nuevo indio en el satélite, recibieron el nombre de Selenes. Así fue pasando el tiempo. Las generaciones se fue sucediendo. Los colonos engendraron hijos: Y éstos adaptaron con rapidez al ambiente en el que habían nacido.

De este modo empezaron los cambios. La gravedad lunar es un sexto de la terrestre: los Selenes aumentaron considerablemente de estatura. La presión atmosférica creada por los hombres era también menor: sus pulmones adquirieron mayor capacidad y volumen. La menor gravedad se transformaba en una mayor facilidad para andar y mover cargas de un lado a otro: los músculos de los Selenes no se desarrollaron tanto como los de los terrestres.

Así nació una nueva raza de gigantes de miembros débiles y pulmones fuertes, cuyo único nexo de unión con la Tierra era su mismo origen, su misma cultura, y su dependencia de ella.

Los cambios físicos trajeron también consigo otros cambios mentales, más sutiles, pero no por eso menos importantes. Al principio, las colonias de la Luna dependieron exclusivamente del planeta madre. Pero su progresivo desarrollo trajo consigo una mayor autonomía. Se instalaron campos cultivables bajo cúpulas transparentes, de regulación solar y térmica. Se crearon viveros de animales. Y la posesión de la llave de una extraordinaria industria minera transformó la dependencia total en una especie de intercambio que hacía de la Luna un planeta que pagaba sobradamente todo lo que recibía.

Y, ello no obstante, el régimen político era totalmente dependiente de la Tierra. En este aspecto, la Luna no era más que una colonia de la Comunidad de Estados Mundiales. No poseía ninguna personalidad propia.

Y ahí nacieron las primeras diferencias. Los cambios orgánicos que lentamente, por la adaptación al medio ambiente, sufrieron los Selenes, trajeron consigo otros cambios de índole distinta. Su diferencia de cuerpo creó en las mentes de los Selenes un sentimiento

de diferencia total. Ellos eran distintos a los terrestres. Constituían una raza aparte. Y por ello, no tenían por qué doblegarse ante la Tierra, acatando todas sus disposiciones. Tenían derecho a la autonomía.

Lentamente, este clima fue cristalizado en una situación a todas luces previsible. Cada vez la Luna se desenvolvía más por sí sola. Ya no necesitaba tanto a la madre Tierra. Y lo poco que necesitaba de ella se lo llegaba con creces. Podía ser independiente si así lo deseaba.

Y de este modo, el día veintinueve de octubre del 2257, la Luna se consideró suficientemente apta para declararse independiente. Los Selenes formaron gobierno propio. Y publicaron un Manifiesto por el que desligaban completamente del planeta madre, considerándose, a partir de aquel momento, como país independiente.

Hacía tiempo que la Tierra preveía aquello. Sabía que tarde o temprano iba a suceder. Estaba avisada. Pero no podía hacer nada por impedirlo. Al menos no por el momento.

La Tierra, en muchos aspectos, dependía completamente de los productores lunares. La Luna suministraba una gran parte de la materia prima que los filones la Tierra, agotados desde hacía tiempo, no daban ya. No podían exponerse a que una acción violenta o mal calculada por su parte les hiciera dar un paso en falso de desagradables consecuencias. Era preciso esperar. Esperar.

La Luna, originariamente, había sido constituida como un estado totalmente dependiente. Tenía su gobierno propio, pero estaba supeditado al gobierno central de la Comunidad de Estados Mundiales. Tenía ejército propio, pero estaba supeditado al Estado Mayor terrestre. Tenía policía propia, pero estaba supeditada a la Policía Central terrestre. Tenía legislación propia, pero había sido totalmente dictada por los legisladores de la Tierra.

Y sin embargo, aquel estado de cosas podía terminar en cualquier momento, cuando se quisiera. Bastaría con que el Gobierno Lunar diera un tajo de guadaña al invisible hilo que, cual cordón umbilical, lo unía con la Tierra, para convertirse en un Estado independiente.

Pero la Tierra no estaría en ningún momento conforme con ello. Dependían demasiadas cosas de aquella decisión. ¿Cuál sería su reacción ante el brusco cambio de situación? ¿Y qué medidas adoptaría?

Todos conocían la respuesta. Todos sabían que aquello desembocaría, más tarde o más temprano, en una guerra.

Pero todo el mundo se formulaba una pregunta: ¿qué clase de guerra?

La máquina era de tipo totalmente humanoide. Levantó la cabeza tras el mostrador y miró a Gabriel.

-¿Su nombre?

Sus ojos solamente disponían de movimiento lateral. Y su rostro, de escasos músculos faciales, presentaba un aspecto frío, ascético.

-Gabriel Alvear.

«Este es el rostro de toda la humanidad», pensó, Un rostro frío, sin personalidad propia. Un rostro fabricado en serie.

-¿Motivo? -la mano del robot, independiente por completo de su rostro, escribía con rapidez mientras éste seguía mirando a Gabriel-. ¿Cuál es la finalidad de su viaje?

-Deseo establecerme en la Luna.

-¿En qué ciudad?

-En Tumba uno.

El robot seguía escribiendo, rellenando el formulario Era eficiente; como todos los robots, muy eficiente. Pero carecía totalmente de vida. No era un robot, era sólo una máquina.

-¿Sus documentos?

Gabriel los sacó y se los entregó. Luego abrió la cremallera de la manga de su traje, y mostró su tatuaje de identificación. El robot dirigió su vista hacia ambas cosas. Gabriel se imaginó estar contemplando todo el mecanismo del proceso: de las células de los ojos a la unidad de control, de ésta al cerebro logístico para confrontación, un repaso a las memorias y archivos de personas buscadas, y finalmente una orden electrónica de salida a los mandos de la mano que seguía escribiendo. Los datos quedaron claramente anotados, sin ninguna posibilidad de error.

-¿Su estancia será permanente? -el mismo brazo que recogiera los documentos se los devolvió.

-No; tan sólo un período de prueba. Seis meses.

-Tal vez dentro de seis meses no pueda volver, señor -aquel circuito había sido incluido recientemente en los mandos del robot. Los últimos acontecimientos lo imponían. Los viajes Tierra-Luna seguían desarrollándose normalmente. Pero podían interrumpirse en cualquier momento.

Gabriel tomó sus documentos.

-Lo sé -dijo.

El robot trazó unos cálculos en un ángulo especial del formulario, y anotó un resultado.

-Siete mil universales, señor -dijo.

Gabriel sacó el dinero. Una nueva visita a diversos salones electrónicos de juego había proporcionado todo el dinero necesario para una larga temporada. Contó siete mil universales, y los dejó sobre la mesa. El robot los tomó, los unió al formulario, y lo metió todo por una ranura. Tras unos instantes, una luz verde se encendió en un ángulo de la mesa. El robot retiró el formulario, automáticamente sellado y controlado, y entregó una copia a Gabriel.

-La nave saldrá dentro de dos días, señor. Del astropuerto de Londres. Si le es posible, entregue su equipaje antes de las últimas doce horas; así tendrá una mayor seguridad de un buen servicio. Le deseo buen viaje, señor.

Gabriel recogió el papel, lo dobló cuidadosamente y lo guardó. No dijo «Gracias», sabía que el robot no le contestaría; el alcance de sus circuitos de conversación no llegaba hasta allá. Dio media vuelta y se dirigió hacia la salida.

A su espalda, la voz del robot, monótona, fría, sin ninguna inflexión, imperturbable, pero con aquel deje de servilismo que era la característica de todas las máquinas creadas por el hombre pidió:

-¿El siguiente, por favor?

El cohete transbordador era una nave brillante, plateada, con dos grandes alas en delta provistas de estabilizadores verticales. Se encontraba en posición erecta sobre el suelo, y el ascensor que conducía hasta su compuerta de entrada ascendía y descendía continuamente. Gabriel dejó que el chófer-robot del microtaxi le abriera automáticamente la portezuela de su vehículo y le invitara a subir, desde el asiento de conducción al cual estaba acoplado. El microtaxi se puso en marcha y le condujo hasta la mole de la plateada aguja. Allí, un nuevo robot le rogó deferentemente que subiera al ascensor. Y pocos momentos después se encontraba tendido en su correspondiente cabina anti-g, echado en la litera de precaución. La fuerza del despegue no afectaría en lo más mínimo sus mecanismos, pero ante el resto del mundo era un ser humano. Y como tal debía comportarse..

El viaje de transbordo fue corto; tan sólo unos minutos. Una breve espera mientras se instalaba el tubo neumático de unión hasta la estación intermedia. Una nueva espera hasta transbordar a la nave que debía llevarles a la Luna. Y finalmente una última espera, hasta que la nave se puso en movimiento hacia su destino.

El viaje había comenzado.

En total, incluido aterrizaje, el viaje sólo duraba tres días. No obstante, las cubiertas de primera estaban equipadas con lujosos salones de juego y de recreo, matic-bares, máquinas electrónicas de diversión, biblioteca y cinemateca... Todo con el máximo confort.

Gabriel dejó transcurrir el tiempo paseando por todas aquellas dependencias, observándolo todo, estudiándolo todo. Lo que más diferencia a un hombre de un robot es la no necesidad de este último de descansar, de dormir. Se puede permanecer con los ojos cerrados, tendido en una cama, pero no se duerme. El cerebro del robot continúa trabajando, moviéndose sin cesar.

Un robot no conoce la fatiga. Y hasta que sus circuitos no son desconectados, no duerme. Permanece despierto las veinticuatro horas del día.

Gabriel pasaba algunas horas dentro de su cabina, sin salir, a fin de cubrir las apariencias. Pero el resto del tiempo lo tenía libre. Se entretuvo paseando por la nave. Su cerebro, a falta de algo en que ocuparse, lo escudriñaba todo. Así supo quienes eran la mayoría de las personas que viajaban con él.

Y al segundo día fue cuando tropezó con ella.

Se llamaba Helena Murt. Era una muchacha alta, desgarrada, de porte delgado pero firme. Se adivinaba que había vivido algún tiempo en la Luna por su elevada estatura, sus finos miembros y su apellido. Los Selenes tenían la costumbre de cortar sus apellidos oriundos de la Tierra, transformándolos en monosílabos compuestos de las primeras letras de los antiguos. Así, un Selene que se hubiera llamado Alvear, se llamaría Alv, y si su apellido original fuera Vilalcázar, se llamaría tan solo Vil.

Gabriel se encontraba sentado en un sillón, contemplando casi sin prestarle atención un programa lunar de estereovisión, cuando sucedió. Ella pasó por delante de él. Y al pasar, tropezó con uno de sus pies.

No llegó a caer. Trastabilló y recobró enseguida el equilibrio. Murmuró:

-Perdóneme. Iba distraída. ¿Le he hecho daño?

Gabriel negó; no, no le había hecho daño. Observó su rostro: no era bonita, pero sí agraciada. Sus líneas irradiaban simpatía.

Y estaba seguro de que su tropezón había sido absolutamente voluntario.

-No ha sido nada -dijo-. Y quien lamenta haberla hecho tropezar soy yo. Estaba distraído.

Ella miró hacia la pantalla.

-¡Ah, sí, este programa! ¿Es interesante?

Gabriel se encogió de hombros. No, para él no lo era. Resultaba demasiado infantil para su mente.

Se levantó.

-No mucho -dijo al fin-. Lo contemplaba tan sólo para distraerme. Pero en vez de eso lo único que he conseguido ha sido hacerla tropezar. ¿Me permite que la acompañe un poco, como desagravio? Si no estorbo, naturalmente.

Ella aceptó. Fueron juntos a las lucernas, y contemplaron durante un rato el espacio. Luego, ella le preguntó si quería comer en su mesa.

-Estoy sola -explicó-, y me aburro. Su compañía es muy agradable. Y lamentaría perderla tan pronto. Claro que si tiene algún compromiso...

No, Gabriel no tenía ningún compromiso. Aceptó. Y en la mesa, mientras comían, hablaron de cosas interesantes. Ella le contó a grandes rasgos su vida: había nacido en la Luna, en Tumba uno. Pero a los cuatro años había ido a la Tierra para estudiar. Había vuelto a los dieciséis, y a los veintiuno había regresado de nuevo a la Tierra, para especializarse en medicina. Ahora tenía veintiocho años. Y sus familiares la habían reclamado de nuevo, ordenándole que volviera inmediatamente al satélite.

-Es por lo que está sucediendo, ¿sabe? -explicó-. Temen que las comunicaciones Tierra-Luna sean interrumpidas dentro de poco, y prefieren tenerme a su lado. Se nota un poco mi origen Selene, y tal vez a la larga esto me perjudicaría si me quedara en la Tierra.

-Es natural -respondió Gabriel. Masticó lentamente un poco de carne procedente de los viveros lunares, y la engulló cuidadosamente-. Es natural -repitió.

Siguieron hablando. Ella quiso saber cosas de él. Le preguntó qué iba a hacer en la Luna, y Gabriel contestó evasivamente. Algunos asuntos de su profesión. Tal vez se quedara para siempre en el satélite.

-Es probable que tenga que hacerlo aunque no quiera -dijo ella, riendo-, si es que deciden cortar las comunicaciones. Y en este caso lo lamentaré por usted.

-¿Por qué? ¿Tan mal se vive en la Luna?

-No, no es eso. En las situaciones como las que atravesamos, un terrestre que no esté vinculado por ningún lazo de unión con la Luna es considerado bajo todos los puntos de vista un extranjero. Y si las cosas se pusieran mal... Bueno, ya sabe lo que sucede en estos casos.

Gabriel asintió.

-No se preocupe por mí. He estudiado todos los detalles antes de decidirme a hacer este viaje.

Pasaron después al salón de digestión, tomando asiento en sendos sillones vibratorios. Siguió hablando de la Luna, de las dificultades físicas y técnicas con que se enfrentaban constantemente sus habitantes, de sus costumbres...

-¿Es usted casado? -preguntó de pronto ella.

-No -dijo Gabriel.

Helena apoyó su espalda en el respaldo del sillón, notando el efecto de relajación de sus músculos bajo la acción suavizadora de los vibradores.

-Yo tampoco -dijo.

Y, observando que Gabriel no respondió nada, prosiguió.

-Es difícil encontrar en estos tiempos un hombre dispuesto a casarse. Los robots lo han invadido todo en el mundo. Incluso el terreno del amor. La mayoría de los hombres prefieren comprar un robot a adquirir una esposa. ¿Para qué casarse, dicen? Un robot cumple las mismas funciones. Además, se amortiza fácilmente, no existen con él las cargas de los hijos, siempre se tiene joven y bien dispuesto, y cuando se aburre puede cambiarlo por otro modelo. Es mucho más rentable.

Suspiró.

-Ya lo ve -prosiguió, como si hablara consigo misma-. Tengo veintiocho años. Y todavía no he hallado ningún hombre que quiera hacerme su esposa. Claro que hay algunos -que de todos modos prefieren una mujer a un robot, y se casan. Además, existen los Favores Estatales en pro del matrimonio: hay que asegurar la descendencia. Pero esto no resuelve nada, sólo es una minoría. Para el hombre el problema siempre está resuelto. Pero quedan las mujeres.

-Tal vez algún día se instalen servicios de Rob-amor para las mujeres.

Ella se echó a reír nerviosamente.

-No mencione imposibles. Se consideraría una degradación, una lacra social. Para la mujer, el único camino es el matrimonio. ¿Qué otra solución hay?

-La creación de robots maridos. O quedarse soltera.

-No se burle.

-No me burlo. La mecanización progresiva del mundo aún no ha terminado. Hace sólo un año que se instaló el primer servicio de Rob-amor. ¿Por qué dentro de poco no se puede instalar un nuevo servicio, pero en la parte contraria? Tal vez casas de Rob-amor para mujeres no tuvieran éxito, pero si un hombre puede adquirir un robot como esposa, ¿por qué no puede hacer lo mismo una mujer? Es algo de pura lógica.

-No, no lo es. Es completamente distinto. La psicología humana es así.

Gabriel asintió lentamente.

-Tal vez tenga razón -dijo-. Tal vez sea yo mismo quien no acaba de comprender la psicología humana. Pero estoy seguro de que lo que digo no tardará en intentarse. La mecanización de la humanidad no puede detenerse. No se detendrá hasta que haya convertido al hombre en una máquina más.

Siguió un ligero silencio. Gabriel vio el perfil del rostro de la muchacha, sus cejas, sus finos labios... Se puso en el nivel de un ser humano, y se dijo que a pesar de todo era bonita.

-Pero usted es bonita -tradujo sus pensamientos en palabras-. No le será difícil encontrar un hombre que llegue a enamorarse de usted.

Ella rió secamente.

-¿Lo cree usted así? En la Tierra tal vez no hubiera desechado del todo sus palabras. Pero aquí no. En la Luna es más difícil hallar marido. Existen diversos grados de habitantes, diversas categorías según su formación física, es decir, según el tiempo que hayan permanecido en el satélite. Existe la categoría de los gigantes, de los medianos y de los enanos. Y dentro de cada una de ellas, multitud de variaciones. Es difícil que un gigante llegue a casarse con una enana, o viceversa. Y lo mismo puede decirse con los medianos. Con lo que las probabilidades se limitan a un tercio de las que hay en la Tierra.

-Por supuesto.

Helena se volvió hacia él.

-Y sin embargo -dijo-, yo tengo ventajas. Soy enana. Podría pasar por una terrestre cualquiera. No soy mucho más alta que usted. Podría pasar por una de ellas, ¿no le parece?

-Por supuesto. Pero eso sigue limitando- sus posibilidades. Usted misma lo ha reconocido.

-Sí, claro. No creo que ningún gigante quiera casarse conmigo. Tal vez algún mediano, aunque es difícil. Pero tengo en mi favor el que podría casarme sin desventaja con cualquier terrestre. ¿No le parece?

Gabriel volvió la cara hacia ella. Y vio el brillo de sus ojos.

-Con tal de que el terrestre también quisiera casarse con usted -objetó.

-De acuerdo. Pero en las actuales circunstancias tengo una ventaja a mi favor. Hay muchos terrestres como usted en la Luna. Y si vienen dificultades, muchos de ellos querrán vincularse en algo con los Selenes. Y este algo puede ser el matrimonio. No escogerán como mujer a una gigante, ni siquiera a una mediana. Pero las enanas, como yo, tendremos posibilidades. ¿No le parece?

Gabriel no contestó. Comprendía la argumentación de la mujer. Y veía todo lo que se ocultaba tras ella. Toda la tristeza, toda la amargura y todo el desengaño que había tras aquellas palabras de apariencia intrascendente, dichas casi como si fueran un comentario.

Ella debió comprenderlo así. Lentamente, la sonrisa fue brotando de sus labios. Reclinó de nuevo su espalda en el respaldo del sillón.

-Perdone -murmuró-. Estoy diciendo muchas tonterías.

-No -dijo Gabriel-; no dice ninguna tontería. Sus palabras son las palabras de muchas mujeres de la Tierra. Y sus sentimientos también son los mismos. Realmente, el Rob-amor ha causado muchas complicaciones.

Observó su reloj, y se levantó.

-Perdóneme -dijo-, pero he de ir a preparar mi equipaje. Pienso hospedarme en el hotel Copérnico. Si no nos volvemos a ver antes del aterrizaje, allí podrá encontrarme siempre que lo desee. Tendré mucho gusto en volver a hablar con usted de nuevo. Adiós.

La mujer lo vio marcharse, con paso firme y elástico, en dirección a su camarote. Sus ojos fueron siguiendo su figura mientras se alejaba del salón. Y cuando desapareció por un pasillo, se reclinó en el sillón vibratorio.

Había sido una estúpida, se dijo. No había sabido comportarse como hubiera debido. Y lo había echado todo a rodar. Pulsó el botón que detenía el movimiento del sillón vibratorio, y en el mismo gesto se recriminó a sí misma. ¡Estúpida! ¡Estúpida!

Y de pronto recordó las palabras de Gabriel. Cerró los ojos, y las evocó nuevamente. No, se dijo; en el fondo no era una estúpida. Era tan sólo una mujer. Una mujer en un mundo en el que lo único que existían verdaderamente eran máquinas. Las eficientes y odiosas máquinas...

VIII LAS TUMBAS

Nadie recordaba quién había sido el primero que bautizó con aquel nombre a las ciudades Selenes. Hacía ya mucho tiempo de ello. Cuando los primeros colonos vieron que resultaba mejor construir sus ciudades bajo tierra que dentro de grandes cúpulas, y empezaron a edificar subterráneamente, alguien dijo que estaban construyendo sus propias tumbas. Fue una broma de mal gusto pero, pese a todo, el nombre quedó. Ir el mundo empezó a llamarlas así. Y al fin, el nombre fue reconocido de una forma oficial.

Había en total siete Tumbas en la Luna. Tumba uno, situada en el centro del polígono que formaban sobre superficie lunar, era la capital. Junto a ella se encontraban el astropuerto, los observatorios y las primeras cúpulas que levantaron los exploradores: la cúpula de energía, la de laboratorios, y la de investigación y observación.

Vista desde el exterior, Tumba uno presentaba un aspecto engañoso. A un lado, las cuatro grandes cúpulas primitivas. Al otro, el alisado espacio del astropuerto. Y entre los dos, una serie de pequeñas cúpulas de poca amplitud, correspondientes a los respiraderos, productores de aire y energía y puestos de observación de la ciudad. En el centro, una cúpula mayor que las demás, aunque menor que las primitivas, hacía de esclusa principal de entrada. Toda la superficie de la ciudad estaba cruzada por líneas brillantes, correspondientes a las carreteras, caminos y túneles de unión.

La nave, con la popa apuntando al suelo, disminuyendo constantemente la velocidad, descendió sobre el astropuerto. Su descenso era pausado, suave, por lo que los pasajeros apenas sentían la molestia de las fuerzas g. Se abrieron los trípodes extensibles de las patas, en número de cuatro, cuando la nave llegó a poca distancia del suelo. Los frenos directos empezaron a actuar en toda su potencia. La nave se mantuvo unos momentos como suspendida a pocos metros de la superficie lunar. Y poco después su conjunto de patas extensibles entraban en contacto con el suelo.

Se instaló el túnel neumático de acceso, los pasajeros empezaron a descender. A un lado de la pista de aterrizaje, en un recinto acondicionado a presión, siete vehículos herméticos, correspondientes a las otras Tumbas, aguardaban. Los pasajeros circularon por el interior del tubo a presión, y fueron acomodándose en sus respectivos vehículos.

Gabriel tomó asiento en el que conduciría a Tumba no. A su alrededor ocuparon el vehículo otras personas. Rostros desconocidos, ignorados en la semioscuridad de la cabina...

El vehículo se puso en marcha, siguiendo la carrera que conducía hasta la cúpula central de acceso de Tumba uno. El trayecto apenas duró diez minutos. Poco después atravesaban la cúpula de acceso y de allí, mediante los ascensores, descendían a la ciudad. El viaje había terminado.

El hotel Copérnico se encontraba situado en el censo de la ciudad, casi junto al edificio de acceso. Era un gran bloque de cemento y acero, incrustado en la oca, que comprendía un total de ciento doce habitaciones. Era, no hace falta decirlo, el hotel más importante de la Luna.

Gabriel ocupó la habitación treinta y seis. Era, como todas las demás habitaciones, espaciosa, fresca y dotada de las máximas comodidades. Cincuenta y seis tipos distintos

de robots se preocupaban en ella de servir a los clientes. Y lo hacían con la máxima rapidez efectividad.

Gabriel penetró en la habitación, dejó en ella las os maletas que constituían su equipaje, y salió de nuevo al exterior, donde fue recorriendo la ciudad.

Tumba uno formaba una especie de cilindro de grandes dimensiones enterrado en el suelo lunar. El cilindro estaba dividido en cinco pisos o niveles, y cada uno de ellos estaba dotado de sus respectivos edificios, calles, paseos. Se pasaba de un nivel a otro mediante rampas, escaleras y ascensores. Algunos edificios ocupaban en sentido vertical la longitud de varios niveles pero por lo general cada edificio ocupaba tan sólo uno, considerándose los niveles superiores o inferiores del mismo, aunque fuera la misma construcción, como otros edificios distintos.

La construcción de la ciudad era, ateniéndose a su forma, radial. Partiendo del eje central, que correspondía al acceso principal al exterior, los edificios se alineaban simétricamente a su alrededor, en circunferencias. En las calles había árboles y flores, aunque dispuestos allí por su utilidad práctica y no como ornamento. Diversos servicios de pistas rodantes permitían un rápido recorrido por la ciudad, y los ascensores trasladaban rápidamente a sus pasajeros de un nivel a otro. En general, todo dentro de la ciudad era rapidez y eficacia. Todo funcionaba de modo automático. Todo era mecánico.

En otros lugares de la ciudad existían también accesos secundarios al exterior, correspondientes a las cúpulas de menor tamaño. En ellas se encontraban instalados los servicios higiénicos, los de limpieza, aireación, producción de aire y energía... Y en cada una de ellas existía una plataforma elevada habilitada como mirador.

Gabriel tomó uno de los ascensores que conducían hasta allí, y se remontó a una de las cúpulas. Se acercó al mirador, en forma de plataforma elevada que rodeaba toda la cúpula, y observó el exterior.

Era de día en aquella parte de la Luna. El sol se encontraba a su espalda, algo oblicuo ya, indicando que era casi la media tarde lunar. Al frente, los múltiples accidentes del terreno formaban oscuras sombras, semejantes a enormes pinceladas negras esparcidas en el suelo por un caprichoso pincel. Incluso la cúpula, protegida térmicamente contra los rayos del sol, proyectaba una confusa forma gibosa sobre el suelo.

Y en el cielo, desde el cenit hasta confundirse con límite del horizonte, se encontraban las estrellas. Re fondas, grandes, multicolores, puras. Protegiendo los ojos de la reflexión de la luz en el paisaje, podían verse en racimos, en haces, mostrando todo su magnífico esplendor. Era un espectáculo realmente impresionante para un ser humano. E incluso para un robot.

Permaneció unos instantes inmóvil, contemplando las estrellas, protegiendo sus ojos con el obstáculo de su mano de la luz solar que llegaba hasta sus ojos. Le costaba un poco identificarlas. Allá, el Toro, con el brillo intenso de Aldebarán; hacia la derecha, las Pléyades, y un poco más bajo la constelación del Triángulo. Aries...

-Hola, Gabriel.

La voz detuvo el movimiento de sus circuitos, enfocando su percepción hacia el nuevo factor que acababa de presentarse. Una voz sonando a su espalda. Y una voz que le llamaba por su nombre.

Se volvió, observando a la persona que había hablado. Permaneció unos instantes inmóvil, con los ojos fijos en ella. Luego respondió al saludo:

-Hola, Gabriel Vilalcázar.

Vilalcázar, de pie frente a él, le observaba curiosamente. Comentó:

-Es un bonito espectáculo, ¿verdad? Capaz de impresionar a cualquiera. Incluso a un robot.

-¿Cómo has logrado encontrarme?

-En realidad no ha sido muy difícil. Sabía que tu próximo destino era la Luna. He investigado en el libro de viajeros de la nave, y he encontrado un Gabriel Alvear. Lo he buscado, y te he hallado a ti.

-Pero no has podido reconocerme. Mi rostro es distinto; ya no soy el mismo que antes.

-Tu rostro ha cambiado, es cierto, pero tú sigues siendo el mismo. Además, no olvides que soy tu padre. Y un padre siempre reconoce de nuevo a su hijo.

-¿Cómo es que no te he visto en la nave? He observado a todos los pasajeros, y tú no estabas entre ellos.

-Viajaba en distinta cubierta.

-¿Para qué has venido?

Vilalcázar se encogió de hombros.

-Para nada definido. Sólo soy un personaje de segundo plano en esta historia. Mi única misión ahora es observar. Y esperar.

-Esperar, ¿qué?

-A que suceda algo.

-¿Crees que realmente va a suceder?

-Naturalmente. ¿Y tú no?

-Sí. Yo sí lo creo. Y espero poder evitarlo.

-¿Contemplando las estrellas?

-Cada cosa tiene su momento. Es inútil apresurarse por algo que todavía ha de suceder. Mientras es aconsejable echar una ojeada a lo que nos rodea.

Se hizo un breve silencio, Gabriel preguntó:

-¿Por qué pediste que se llevara el caso de mi construcción al Tribunal Cibernético Internacional?

Vilalcázar lo observó fijamente.

-¿Lo sabes?

-Los periódicos publicaron extensamente la reseña del juicio.

-Sí, es cierto: En realidad, todavía no lo sé con exactitud. Tal vez quise ayudarte, haciéndole ver a la humanidad parte de la verdad de lo que les rodea. Creí que yo también podría encontrar una misión satisfactoria para mi vida.

-Pero ésta no es tu misión. Eres un hombre.

-Cierto. Pero los hombres también podemos tener un ideal. Y es bello luchar por él.

-No, no es bello. Es duro, amargo y sin recompensa. Se encuentran demasiadas cosas en el camino que desearían evitar. Demasiadas cosas que nos hieren, que no podemos cambiar, al menos por el momento. -¿Eres tú quien pronuncia estas palabras? ¿Un Robot?

-Sí. Yo ya sabía todo ello, estaba grabado en mis circuitos desde antes de mi nacimiento. Pero no es lo mismo saber que ver. Y he visto muchas cosas.

-¿En tan pocos días de vida?

-En tan pocos días. Cuando se busca una cosa, se encuentra. Yo la buscaba.

-Y la encontraste. Dime, Gabriel. ¿Crees que vale la pena luchar por algo tan estúpido como es la humanidad?

-Tú bien lo hiciste en el juicio.

-Aquello era algo distinto. En el fondo, creo que quise demostrarme a mí mismo que al menos por una vez podía obrar de acuerdo con mis convicciones.

-A los hombres no les dijiste eso.

-A los hombres se les puede engañar, se les puede hacer creer que uno tiene sentimientos elevados. Pero uno no puede engañarse eternamente a sí mismo. Ni tampoco a un robot.

-¿Por qué has venido, entonces?

-Por eso mismo. Y por otra cosa aún. Sigo pensando en la pregunta que te hice en mi casa, y en la respuesta que no quisiste darme claramente. No puedo evitar pensar en ello constantemente. Y quiero conocer la verdad.

-¿De mis labios?

-O de tus acciones. Llegará un momento, estoy seguro, en el que no te quede más alternativa que elegir entre dos caminos: actuar como un hombre, o como un robot. Entonces sabré la respuesta.

-Olvídala. No vale la pena preocuparse por ello. Ya te dije que sólo soy un robot.

-¿Te atreverías a afirmar lo mismo en el Cubo, ante el detector del Registro?

-Sí.

Vilalcázar movió la cabeza.

Olvidaba que puedes mentir. Es inútil intentar hablar contigo. Te vales de circunloquios que no conducen a ningún sitio, esperando que desista en mi empeño. Pero no lo lograrás. Pienso seguir hasta el final, ¿Sabes? Hasta el final.

¿Y qué conseguirás entonces?

Vilalcázar no respondió.

-Es inútil Gabriel Vilalcázar -siguió el robot-. Será siempre inútil. Las líneas de nuestros destinos son divergentes; nunca llegarán a encontrarse. Desde el momento en que me creaste y me diste vida debiste haberlo comprendido. No puedes seguirme indefinidamente, intentando conocer la respuesta a una pregunta que, sea cual sea, nunca llegarás a aceptar. No me crees cuando te digo que soy un robot. Pero, ¿me creerías acaso si te dijera claramente que no soy un robot, que soy un hombre? ¿Lo creerías realmente?

Vilalcázar tampoco respondió. Y su silencio fue la mejor respuesta.

-Esta es la verdad -dijo el robot-. Adiós, Gabriel Vilalcázar. Nuestros caminos son distintos. No olvides que tú nunca dejarás de ser un hombre, y yo nunca dejaré de ser enteramente un robot.

Dio media vuelta, y se alejó en dirección a los ascensores. Vilalcázar lo llamó:

-Un momento, Gabriel.

El robot se volvió.

-¿Qué?

-¿Qué es lo que piensas hacer ahora? ¿Cómo piensas actuar ante los acontecimientos?

-No lo sé todavía. Todo depende de como actúe la Tierra. Su respuesta al Manifiesto Lunar lo decidirá todo. Adiós, Gabriel Vilalcázar.

-Adiós.

El robot montó en el ascensor, y el hombre quedó en la cúpula. Dirigió una última mirada a la figura que desaparecía, y después volvió su vista hacia el exterior. Colgado sobre el horizonte, a muy baja altura, eternamente inmóvil en su ominosidad, estaba el disco plateado de la Tierra. ¿Era una premonición? ¿O un aviso?

Aquel mismo día recibió la Luna la respuesta que la Tierra daba a su Manifiesto.

En sí, la respuesta era lacónica. La Tierra no se daba por enterada del Manifiesto ni de su contenido. Destituía a todo el gobierno Selene recién constituido, y anunciaba el envío de una Comisión internacional que se haría cargo del poder hasta que se adoptaran las medidas definitivas. Esperaba que el pueblo Selene aceptaría la resolución de la Tierra no interfiriendo en nada a su ejecución. En caso contrario, el Gobierno centralizador de la Tierra se vería obligado a tomar medidas más enérgicas.

El comunicado era explícito: se trataba de un ultimátum. O la Luna retrocedía a su posición primitiva, o sería inevitable un choque. A la Luna le correspondía resolver.

Y la Luna resolvió. Aquel mismo día fueron cortadas definitivamente toda clase de comunicaciones con el planeta madre.

Bruscamente, en toda la Luna se decretó el estado de alerta.

Y en la Tierra, el Gobierno Centralizador, que ya esperaba aquellas medidas, decretó el estado de guerra.

Juan Fhur era un hombre alto, de rostro cejijunto y mirada penetrante. En la Luna era considerado como uno de los más genuinos exponentes de la categoría de los gigantes. Hijo de uno de los primeros colonizadores de la Luna, había desempeñado en el satélite multitud de cargos administrativos, en los cuales había ido ascendiendo lentamente en el curso de los años, hasta llegar al máximo lugar que ahora ocupaba: Presidente del nuevo Gobierno autónomo.

Había sido, desde un principio, uno de los más entusiastas defensores de la declaración de independencia de la Luna. Había batallado por ella durante años enteros, hasta conseguirla al fin. Su política con respecto al asunto había sido siempre bien clara: la Luna tenía derecho a su autonomía. Luego, debía conseguirla a pesar de todo. Al precio que fuera.

Recibió con evidente tranquilidad la noticia de que la Tierra se preparaba para iniciar la guerra si la Luna no cedía a su ultimátum. En realidad, ya lo esperaba. Se limitó a asentir con la cabeza cuando se lo comunicaron; no importaba. Estaba todo previsto.

Días antes, Juan Fhur había hecho una pregunta al enorme cerebro electrónico instalado en la Sede del gobierno Selene. Le había suministrado todos los datos. Le había dado como base la idea de que la Luna deseaba su independencia. Luego, le había mostrado todos los factores que concurrían en el caso. Y había formulado su pregunta: ¿Era realmente factible proclamar su independencia en aquellos, momentos? ¿Era aconsejable?

La máquina había examinado todos los datos recibidos, había computado todos los antecedentes históricos que tenía grabados en su memoria, lo había examinado todo. Y había emitido su fallo; un corto sí. Las máquinas no entendían de circunloquios inútiles. La Tierra no aceptaría de buenas a primeras la independencia lunar, es cierto. Intentaría conseguir que la Luna regresara a su lado. Pero la máquina disponía de los informes relativos a los respectivos ejércitos y armamentos, a la potencia básica de ambos bandos y a las demás circunstancias que concurrirían en una guerra. La Luna se encontraba ligeramente en superioridad de condiciones. Luego, podía vencer.

Todos acataron la decisión de la máquina. Las Re,-las Fundamentales garantizaban que la máquina decía lo que más convenía a los hombres. No podía engañarles. Luego, su, respuesta era ley.

La Luna proclamó su Manifiesto de autonomía.

Durante todo aquel día, Juan Fhur estuvo trabajando. Los destinos de la nación estaban en sus manos. Firmó órdenes de movilización, traslado de armamentos, disposiciones de tácticas... Revisó documentos, papeles, órdenes...

Y aquella noche -aunque el sol brillaba todavía sobre las cúpulas-. Juan Fhur se retiró a descansar mortalmente agotado a sus nuevas habitaciones del edificio del Gobierno central. El día había sido extenuante. Penetró en el dormitorio, y la luz se encendió poniendo en movimiento todo el equipo automático de la habitación. Se desnudó, se tendió en la camilla de masajes y dejó que el robot masajista le relajara los músculos con sus suaves tentáculos. Luego se dio una ducha atomizada, cuya agua había sido regulada automáticamente a la temperatura de su cuerpo. Mientras, en el dormitorio, el lecho se iba calentando gradualmente, hasta alcanzar la temperatura adecuada. Cuando Fhur se dirigió a él, el lecho estaba preparado. Se tendió con un suspiro de alivio. Marcó la cifra 6 con el pulsador del despertador automático. Luego, una suave pulsación en otro botón, y el robot-lector entró en funcionamiento. Analizó brevemente el estado de ánimo del hombre, y eligió el libro que más se amoldaba al momento presente. Empezó a leer. Y Fhur sintió como, tras el ajetreo del día, un sentimiento de suave laxitud invadía su

cuerpo. La cama termógeno se amoldó de nuevo, hasta la milésima de grado, al calor necesario para su cuerpo, al tiempo que irradiaba átomos desodorizantes para eliminar cualquier posible gota de sudor. El robotlector seguía leyendo. Y un dispositivo automático fue regulando lentamente la intensidad de la luz, dejando la habitación en una semipenumbra invitadora al sueño.

Y ante los efectos de tantas circunstancias, Juan Fhur no tardó en quedarse profundamente dormido.

Entonces, la luz se apagó completamente. La cama reguló de nuevo su temperatura y su emisión de átomos desodorizantes a un nivel más pausado. Y el robot-lector, después de escuchar unos momentos la acompasada respiración que le indicaba que Fhur dormía, calló suavemente, y se devolvió a su sitio el registro sonoro del libro.

Juan Fhur era el presidente del Gobierno Selene. El destino de dos mundos se encontraba enteramente en sus manos.

Pero no había por qué temer. Juan Fhur era un hombre práctico. Confiaba plenamente en las máquinas. Y ahí estribaba su principal virtud.

IX YO, EL ROBOT

Los siguientes días fueron de intensa expectación ¡por ambas partes. Reinaba aquel particular ambiente que suele percibirse en los días anteriores a los grandes acontecimientos. Todo el mundo esperaba. La Tierra tenía ahora la palabra. Y el poder de iniciar los acontecimientos. Los Selenes lo único que podían hacer, por el momento, era esperar a que la Tierra actuara.

Y la Tierra se estaba preparando para actuar. El gobierno Centralizador también había computado los datos de su cerebro electrónico, y pedido una respuesta. La respuesta, había sido, naturalmente, sí. Y la Tierra se había preparado.

Una nave oficial partió del aeropuerto de Londres, llevando una delegación terrestre de buena voluntad, en espera de conseguir algún resultado por medios pacíficos. A pesar de todo, la Tierra quería agotar todas las posibilidades antes de lanzarse a una lucha abierta. Aunque lo que pretendían era demasiado difícil de conseguir. Se hubiera podido llegar a un acuerdo mediante mutuas concesiones por ambas partes. Consideraba que la Luna seguía siendo, a pesar de todo, una colonia. Y que, como tal, no tenía ningún derecho.

La delegación llegó a la Luna y se entrevistó con el Gobierno Selene en pleno. La conferencia duró cinco largas horas. Pero de ella no pudo sacarse nada concreto ni satisfactorio. La Luna no quería ni siquiera escuchar las exigencias de la Tierra.

El presidente de la delegación terrestre, se puso en pie, al terminar la conferencia, observando fijamente a los representantes del Gobierno Selene.

-Señores -les dijo gravemente-, su actitud es inadmisible. Y ello representará la guerra. Fhur no se inmutó.

-Estamos preparados -fue todo lo que dijo.

La delegación terrestre abandonó el salón de conferencias furiosamente. No se hizo ningún comentario; no se habló ninguna palabra. Pero todos supieron que aquello representaba la guerra abierta. Dos pueblos, que hasta entonces se habían considerado como hermanos, se convertían ahora en enemigos. La lucha era ya inevitable.

Tumba uno estaba excitada. La noticia de la guerra exaltó todos los ánimos. Personas que hasta entonces habían considerado a los terrestres, sino como amigos, al menos semejantes, empezaban a odiarlos intensamente. Por todas partes se destruyeron monumentos y placas alusivas a la Tierra y a sus habitantes. La Luna, en un acceso de selenismo, empezó a romper todo lo que la vinculaba aún con su planeta madre.

La delegación terrestre que acudió a la Luna había dado diez días de plazo para que el gobierno Selene meditara la respuesta. Todos conocían esta respuesta, pero a pesar de

todo los diez días de plazo debían transcurrir. Y en ellos, la tensión en toda la Luna aumentaría en grandes proporciones.

En su habitación del hotel, sin embargo, había una persona que no se dejaba llevar por los arrebatos patrióticos, por la furia o por el miedo. Gabriel permanecía impasible. El momento de que él empezara a actuar había llegado. Tenía diez días por delante. Pero a pesar de todo debía moverse con rapidez.

Durante los días anteriores, su única ocupación había sido recorrer el territorio selene. Había visitado cuatro de las Siete Tumbas. El interior de Tumba uno, la capital, no tenía ya secretos para él. Se había informado de todo lo que podía llegar a hacerle falta. Y ahora estaba ya preparado para empezar a actuar.

Se dirigió hacia el alvéolo donde guardaba su equipaje, y sacó una de las dos maletas. En aquel momento el videoteléfono empezó a emitir su señal de llamada, y en la parte inferior del aparato apareció el nombre del comunicante: el director del hotel.

-¿Qué desea? -inquirió Gabriel después de pulsar el botón de comunicación.

El rostro del hombre denotaba preocupación.

-Desearía hablar unos instantes con usted, señor Alvear -dijo-. Ahora mismo, a ser posible. ¿Podría pasar unos momentos por mi despacho?

-Por supuesto. Ahora voy.

Cortó la comunicación y volvió a guardar la maleta.

Salió de la habitación. Montó en el ascensor y dio orden al automático: piso cero. El ascensor descendió tres niveles y se detuvo. Las puertas se abrieron. Gabriel salió al exterior.

El hombre paseaba nerviosamente por la estancia. Al verle, le indicó uno de los sillones anatómicos.

-Por favor, siéntese. Perdona que le haya molestado, pero se trata de... de un asunto muy importante.

-Usted dirá.

-Verá, señor Alvear... Usted hace tan sólo unos pocos días que se encuentra aquí, y es terrestre. Como ya sabrá sin duda por causa de, este... de nuestro Manifiesto de independencia, han surgido algunas diferencias entre nosotros y los terrestres.

-Efectivamente. ¿Y qué?

Bueno... Temo que pueda sucederle algo, señor Alvear. Compréndame. La gente está algo excitada, y según lo que llegue a suceder con la Tierra... En fin, ya me comprende, ¿verdad?

-Completamente. Pero creo que lo que me dice es asunto exclusivamente mío.

-¡Oh, sí por supuesto! Pero temo que, si los ánimos llegan a exaltarse, y estando usted en el hotel...

Gabriel sonrió levemente.

-Comprendo. Usted habla del hotel, no de mí. En buenas palabras, me dice que desearía que me fuera, a fin de no perjudicarlo.

-Bueno, en cierto modo... Compréndame...

-Sí, lo comprendo. Pero a pesar de todo no creo que tenga usted ningún derecho a indicarme lo que debo o no debo hacer para resguardar mi seguridad y la suya. A pesar de ser terrestre, tengo en mi poder el permiso necesario para establecerme en la Luna, al menos durante seis meses. En todo este tiempo, por lo ato, soy un Selene más. Y tengo sus mismos derechos.

-Sí, pero la gente...

-La gente corre de mi cuenta, no se preocupe. Se cuidar de mí mismo -se levantó-. Y no necesito ninguna clase de consejos. ¿De acuerdo?

El hombre suspiró.

-De acuerdo, señor Alvear. Si usted lo desea. así... Yo sólo intentaba ayudarle.

Gabriel no respondió. Salió del despacho, sin mirar siquiera al hombre, y volvió a subir en el ascensor. Retornó a su piso. Tumba uno estaba excitada, se dijo. toda la Luna estaba excitada. Incluso la Tierra, allá cuatrocientos mil kilómetros de distancia, estaba excitada. La guerra era inminente.

Si él no lograba impedirla.

Penetró en la habitación y se dirigió hacia el armario móvil de los equipajes, sacando de nuevo la maleta su alvéolo. La abrió, retiró los vestidos que cubrían el doble fondo...

En aquel momento el avisador de la puerta empezó a zumbar, y en la pantalla anexa a la misma apareció la imagen de la persona que llamaba.

Gabriel volvió a meter los vestidos en la maleta y se rigió hacia la puerta. La abrió.

En el umbral se recortaba la delgada silueta de Helena Murt.

-Buenos días, señor Alvear -saludó-. ¿Puedo pasar?

Gabriel se apartó de la puerta.

-Por supuesto.

La mujer penetró en la habitación, y Gabriel voló a cerrar la puerta. Ella anduvo unos pasos, hasta detenerse frente a la maleta.

-Creo que he venido en un momento inoportuno -indicó-. ¿Se marcha acaso?

Gabriel se acercó y cerró la valija.

-No, no me voy. Sólo estaba buscando una cosa. No se preocupe. ¿A qué debo su agradable visita?

La mujer sonrió levemente.

-Podría indicarle muchos motivos, pero creo que con uno es suficiente. Usted me invitó, si no recuerdo mal. Me dijo que cuando quisiera podía pasar al hotel a charlar un rato con usted, que siempre sería bien recibida. Pues aquí estoy.

-¿Es este el único motivo de su visita?

La muchacha negó con la cabeza.

-No. Entre otras cosas he venido a prevenirle.

-¿Prevenirme? ¿De qué?

-De su situación. Se encuentra en un lugar muy inestable, señor Alvear.

-¿En qué sentido?

-En el de su seguridad. Ya debe saber lo que sucede en estas ocasiones. Se lo indiqué yo misma en la nave. Al saberse la noticia de que la Tierra está dispuesta a lanzarse a una guerra abierta contra nosotros si no rectificamos, se ha formado aquí, en la Luna, un verdadero comité de exaltados. Ya sabe que siempre aparecen hombres así en estas circunstancias. Se han llamado a sí mismos comité anti-Tierra, y se dedican a destruir todo lo que la representa aquí en la Luna: estatuas, monumentos, edificios... Su último acto ha sido destruir completamente el edificio del Gobierno Central Terrestre, abandonado ahora.

-Bien. Pero yo no soy ninguna estatua, ni un edificio, ni un momento.

La joven asintió:

-Es cierto. Pero cuando todo esto esté destruido, si las cosas siguen como ahora, si la Tierra inicia su prometido ataque, la emprenderán también con los hombres. Un terrestre, por el simple hecho de serlo, será considerado como un enemigo. Y se lanzarán contra él.

-Es absurdo. Todos. los Selenes también son terrestres. Todos somos terrestres.

-Pero es distinto. Los demás, nosotros, tenemos una personalidad completamente Selene. Aunque nuestro origen sea terrestre, formamos casi una raza aparte. Somos Selenes. Usted no. Y muchos como usted, tampoco.

-Sí, lo entiendo.

-Esta es la cuestión. Hay muchos terrestres en la Luna. Y si las cosas siguen su curso, la vida de estos terrestres no estará muy segura. Apenas se inicien los primeros ataques, una ola de furia se desencadenará contra estas personas. Y su vida estará en peligro, a merced de los xenófobos.

-Y usted, naturalmente, ha venido a avisarme de ello.

-Sí.

Gabriel sonrió.

-Es curioso -murmuró-. Hace tan sólo unos instantes, el director del hotel acaba de decirme lo mismo. Aunque él sufriendo por el hotel, no por mí.

Ella también sonrió.

-De todos modos -dijo-, expresaba la verdad. Su vida, en las actuales circunstancias, puede correr peligro.

-De acuerdo, pero ¿qué quiere que haga? Las comunicaciones con la Tierra están totalmente cortadas, no puedo regresar allá. Y me quede donde me quede, estaré siempre en la Luna, en el dominio de los Selenes. Mi situación será la misma, seguiré siendo un terrestre a pesar de todo. Como ve, no hay solución.

-Yo podría indicarle una.

-¿Cuál?

-Cásese con una Selene.

Gabriel permaneció unos instantes silencioso.

-¿Usted? -dijo al fin.

-¿Y qué importa eso? Yo o cualquier otra. La cuestión es que sea una Selene. Así, automáticamente, usted adquiriría la categoría de tal. Y estará en relativa seguridad.

-Sólo relativa.

-Por supuesto. No existe la seguridad completa, haga lo que haga. Pero es mejor esto que permanecer así, expuesto en cualquier momento a lo que pueda suceder.

-Pero para lograrlo debo celebrar matrimonio con una Selene.

-Sí. Pero entiéndalo, no sería un matrimonio permanente. Cuando terminaran las circunstancias que lo motivaron, usted podría anularlo con toda facilidad. Recuerde las leyes.

Gabriel asintió. Sí, recordaba las leyes. El descenso del número de matrimonios había incitado a crear una ley respecto a éstos, según la cual el matrimonio efectuado por cualquier causa eventual, sea ésta la que fuere, podía anularse en cualquier momento cuando la causa que lo motivó hubiera desaparecido.

-Pero -dijo- falta saber si en este caso, proponiéndole esta clase de matrimonio a una Selene, ella aceptaría.

Helena sonrió.

-No puedo responderle por todas las Selenes que hay en la Luna. Ni siquiera por las que existen en Tumba uno. Pero yo, por mi parte, si me lo propusieran, no vacilaría en aceptar. Y muchas otras como yo.

Hubo un silencio.

-¿Desearía acaso -preguntó Gabriel lentamente- yo se lo propusiera a usted?

La mujer levantó bruscamente la vista.

-¿Por qué lo dice?

Gabriel movió la cabeza.

-Por nada. Sólo para decirle que no puedo aceptarlo. Le agradezco mucho su buena intención al venir a visitarme, pero no puedo tomar en cuenta su sugerencia. Es imposible.

-¿Por qué?

-Sería demasiado largo de explicar. Pero la razón es simplemente ésta: no puedo. Aquí se termina todo.

La mujer calló durante unos minutos.. Permaneció como pensando, hablando consigo misma. Al cabo, preguntó:

-¿Acaso le he ofendido con algo de lo que he dicho?

Gabriel dijo que no con la cabeza.

-En absoluto. Comprendo los motivos que le han impulsado a venir. Incluso se lo agradezco. Pero no puedo tomarlo en cuenta.

Ella sonrió tristemente.

-Le habré parecido una estúpida, ¿verdad?

-¿Por qué? ¿Por lo que ha dicho? No, en absoluto. Lo he comprendido desde el primer momento. Y lo encuentro completamente natural por su parte. En la Luna también existe el servicio Rob-amor. Y es muy difícil encontrar un marido. Aunque sólo sea temporal.

-¿Usted cree que éste ha sido el motivo que me ha impulsado a venir?

-¿Y usted no?

Ella se dejó caer en el sillón anatómico.

-Sí -murmuró tras una corta pausa-. Sí. Este ha sido el motivo.

Hubo un breve silencio. Gabriel no dijo nada. Ella levantó de pronto la cabeza.

-No sería un matrimonio permanente -dijo-. Podría anularse en cualquier momento. Cuando usted quisiera.

-Lo sé. Pero es imposible.

Ella rió lentamente.

-Lo comprendo. Me debe considerar una estúpida yendo constantemente tras de usted.

-No, en absoluto. Es el exponente de una época. Antes eran los hombres quienes iban tras las mujeres. Ahora son las mujeres quienes van a la caza de los hombres.

-A la caza. Es una frase expresiva.

-Perdone. No quise decir...

Ella se puso en pie.

-No es necesario que se excuse. Es la verdad. Ahora somos las mujeres quienes vamos a la caza de los hombres. Es la expresión que más le cuadra. A la caza.

Calló unos momentos. Miró fijamente a Gabriel, que permanecía silencioso frente a ella.

-Tengo veintiocho años -dijo al fin-. Los hombres que se casan prefieren hacerlo con mujeres jóvenes, de dieciocho a veinte años a lo sumo. Ya no creo que pueda hallar un hombre que quiera hacerme su esposa para toda la vida. Pero creo que aún tengo derecho a un matrimonio temporal. ¿Por qué no?

Gabriel la examinó.

-Existen muchos hombres en la Luna que aceptarían su proposición.

-¿Y usted?

-Ya le he dicho que es imposible.

-¿Por qué? ¿Acaso está casado? En la nave me o que no. Y además, éste es un detalle que no importa. Un matrimonio temporal lo puede celebrar cualquiera, aunque sea casado. Y nadie le dirá nada por n. Ni siquiera su propia esposa.

-Lo sé. No, no es eso. Es otra cosa.

-¿Qué?

-No puedo revelársela.

Ella dudó unos instantes. Luego se acercó un poco.

-Sé que me estoy portando como una estúpida murmuró-. Pero no puedo más. Compréndalo, es demasiado para mí. Es demasiado.

Se acercó un poco más. Gabriel comprendió y levantó las manos, deteniéndola.

-No siga -pidió-. No.

Ella se le quedó mirando con los ojos muy abiertos.

-¿Por qué? ¿Acaso...?

El negó con la cabeza.

-No; tampoco es eso.

-¿Entonces?

Durante unos segundos los dos quedaron inmóvil uno frente al otro, como dos estatuas. Gabriel vio que no podía seguir ocultando la verdad. Sus circuitos le dijeron que sólo existía un camino ante él. Se dejó caer en un sillón anatómico.

-Soy un robot -dijo.

Durante los primeros minutos, Helena no acertó a decir nada. No acabó de comprender el verdadero significado de las palabras de Gabriel. Luego, cuando al fin supo ver cuál era y dónde residía este significado, sintió un escalofrío.

-No es verdad -murmuró, con convencimiento-. Está intentando engañarme.

-No. Digo la verdad.

-No existe ningún tipo de robot que se asemeje tanto a un ser humano. ¿Por qué quiere engañarme con esta mentira? ¿Qué quiere ocultarme?

-Nada. No es ninguna mentira ni trato de engañarla. Soy un robot; esta es la verdad.

-Es imposible. Los robots no pueden comer. Y usted comió conmigo en la nave.

-Pertenezco a un tipo especial de robot. Puedo hacer muchas cosas que un robot normal no podrá nunca hacer. Incluso puedo comer, beber y fumar. Ciertamente devuelvo intactos todos los alimentos y bebidas que tomo, triturados los primeros y mezclados las segundas. Pero puedo comer y beber. Como cualquier hombre.

Helena le contemplaba con ojos de asombro. Su cerebro rechazaba la idea desde todos los ángulos. No, no era posible.

-¡Por Dios, Gabriel! -rogó-. ¿Qué es lo que pretende con este, engaño? ¡Es absurdo pensar que voy a creerle! ¡Un robot nunca podrá tener la apariencia exterior ni la anatomía propias de un ser humano!

Gabriel no contestó. Comprendió que la mujer no daría nunca crédito a sus palabras, si no le ofrecía una prueba concluyente de lo que decía.

Se levantó. Se desabrochó la camisa, mostrando su tórax desnudo. Todo el mundo hubiera dicho que aquel tórax pertenecía a un ser humano. Pero Gabriel apoyó la mano en él, e hizo presión a la altura de la cintura. Se oyó un ligero, ligerísimo chasquido. Gabriel cogió una pequeña punta metálica que apareció bruscamente en aquel lugar, y tiró de ella hacia arriba.

Como una tira de cinta adhesiva, toda la piel del tórax, en un amplio frente, se levantó. Y bajo ella aparecieron, brillando intensamente a la blanca luz de la habitación, los plateados segmentos de un tórax metálico articulado.

-No -murmuró Helena, contemplando con ojos desorbitados el tórax del robot-. Dios santo, no. No. No.

-Lo siento, Helena -murmuró Gabriel-. Pero tenía que saberlo. No podía engañarla.

Volvió a bajar la ancha tira de piel, cerrándola de nuevo y aplicándola en su sitio. En las partes laterales, donde se juntaba con el resto de la piel, hizo presión con los dedos y la alisó. Nada quedó entonces que denotara la línea de separación entre los dos segmentos. Nadie hubiera podido afirmar, sin haber visto lo anterior, que aquella no era una piel única que cubría todo el tórax.

-Lo siento, Helena -repitió-. Lo siento.

Ella no contestó. Sus ojos seguían mirando fijamente el pecho de Gabriel, como viendo aún el espectáculo de la piel levantándose y mostrando su contenido metálico. Hubiera querido hablar, gritar, decir algo. Pero ningún sonido articulado escapaba de su boca. Odiaba a las máquinas, a los robots. Los odiaba con toda su fuerza. Ellos eran los causantes de lo que le sucedía. Y ahora, cuando había encontrado a un hombre en quien podía confiar, cuando se había enamorado -sí, se había enamorado de él- de un hombre, la única respuesta era...

«¡Oh, Dios!, ¿por qué permitiste esta locura? ¿Por qué?»

Un gemido, mezcla de sollozo y de grito, escapó de su garganta. A su boca acudieron tropeles de palabras. Palabras crueles, duras, en las que se reflejaba todo el estado de su alma herida hasta lo más profundo. Quiso decirlas, lanzárselas todas a la cara. Pero ante ella, Gabriel, el hombre en el que había confiado, el robot, seguía mirándola, y en su rostro se reflejaba algo así como una pena, como un sentimiento de culpabilidad por no ser más que eso, un robot. Sintió de repente un choque en su interior. Y se preguntó si lo

era en realidad, si era un robot, si ella se encontraba en aquella habitación, y si todo no era más que una pesadilla dentro de la general pesadilla del mundo. Un vacío inmenso ocupó su cerebro y ya no supo nada más. Absolutamente nada.

Como una autómatas, como un robot más de los que pululaban por el mundo, sin hablar, sin decir nada, dio media vuelta, abrió la puerta, y salió al exterior. Sus pisadas resonaron en el pasillo, alejándose, hasta perderse en el silencio.

Gabriel dio unos pasos hacia la puerta. Su primer impulso fue seguir a la mujer. Pero junto a la puerta se detuvo. No, no podía hacerlo. El era un robot: Sólo un robot. Y los robots no deben tener sentimientos.

Los robots no deben tener sentimientos. Los robots no deben tener sentimientos. No deben tener sentimientos. ¡No deben tener sentimientos!

Cerró la puerta de la habitación, haciendo un esfuerzo y regresó al centro de la estancia. Tenía una misión que cumplir, le decían constantemente sus circuitos. Y a ella debía supeditar todo lo demás. No importaba que hubiera herido los sentimientos de un ser humano. Era sólo la individualidad frente a la masa. Y él había sido creado para ayudar a la masa, no a la individualidad. Eso era lo que tenía grabado en sus circuitos.

¿Pero estaban sus circuitos de acuerdo con lo que tenían grabado?

Se sentó. «Soy un robot -se repitió una vez más a sí mismo-. Y un robot es una máquina. Está exento de sentimientos. No puede sentir amor, ni odio, ni piedad. Nada. Sólo avanzar hacia el fin para el que ha sido construido, sin reparar en los medios para alcanzarlo.»

Abrió nuevamente la valija, sacó toda la ropa, y extrajo del doble fondo una de las máscaras faciales, junto con los instrumentos necesarios para completar los rasgos. Durante aquellos últimos días, a pesar de su aparente inactividad, había estado trabajando intensamente. Y como resultado de aquellos trabajos, en su cerebro mecánico se encontraban grabados los rasgos del rostro de una persona. Los rasgos que ahora debía reproducir fielmente en aquella máscara.

Se sentó frente a la mesa, y relegó al olvido todo lo sucedido, todo lo que no iba ligado con lo que debía hacer. Se despojó de toda idea que no fuera lo que, le esperaba por delante en su camino, convirtiéndose en una máquina completamente impersonal, impasible, a quien nada le importaba ni nada le debía importar. Lo ignoró todo y a todos, salvo lo que tenía ante sí. Se convirtió en una máquina enteramente monofuncional. Y sólo fue entonces, cuando hubo apartado de sí toda idea, cuando se deshumanizó completamente, convirtiéndose en una máquina más, que se puso a trabajar en lo que tenía delante.

X ULTIMATUM

A pesar de ser totalmente Selene, Rocco Germ hubiera pasado en la Tierra por un terrestre normal. Aunque había nacido en la Luna y solamente había ido a la Tierra en esporádicos viajes de escasa duración, su estatura no sobrepasaba en mucho el metro ochenta. Era, eso sí, de miembros más delgados que un terrestre y de tórax más ancho, pero ahí terminaban las diferencias.

Rocco Germ era médico. Era una de las personas más conocidas de Tumba uno, y aun incluso de toda la Luna. Había sido uno de los primeros hombres que había dedicado sus estudios a las enfermedades típicos lunares, y el primero que había conseguido éxitos apreciables. Aquello le había valido diversas distinciones. Y el honor de ser nombrado médico oficial del gobierno Selene.

Germ solamente tenía un vicio en su vida: cada mañana, después de levantarse, daba un breve paseo por la ciudad aún dormida, hasta una de las cúpulas de observación. Allí,

de pie en la plataforma circular, permanecía unos instantes contemplando el exterior. Eran unos momentos de completa soledad, de aislamiento absoluto. El Universo y él. Permanecía unos instantes casi en éxtasis, contemplando el Sol, la Tierra, las estrellas, la silueta de los lejanos cráteres.

Pero aquella mañana no existía el éxtasis. La Tierra aparecía sobre el horizonte como una enorme amenaza mostrando entre nubes blancas y trazos azulados los vagos contornos de un continente: África. Era, suspendida entre los cráteres, como un aviso. Germ sabía lo que iba a suceder. Y se preguntaba: ¿valía la pena sostener una guerra para conseguir la independencia? ¿Qué era, en resumidas cuentas, la independencia?

Germ era, a su manera, un filósofo. Su pensamiento no circulaba en torno a la masa, sino que enfocaba los problemas desde el punto de vista del individuo. Y veía que al individuo no le preocupaba demasiado depender de la Tierra o ser independiente de ella. Viviría igual. Y la vida era en el Universo lo único que verdaderamente importaba.

No, se decía constantemente, no eran los intereses de un pueblo los que importaban en una situación así; no eran los intereses de un pueblo los que habían importado en todas las guerras sostenidas por la humanidad. Eran tan sólo los intereses de unas pocas personas. -Y por los intereses de unas pocas personas otros muchos hombres, el verdadero pueblo, que no era culpable, a quien no le importaban sus deseos personales, se mataba estúpidamente entre sí. Eso eran las guerras; eso seguirían siendo las guerras mientras existiera la humanidad.

Rocco Germ hubiera deseado hacer algo, intentar hacer ver al mundo la realidad de su punto de vista. Pero sabía que era inútil. El mundo no escucha a una persona sola; es algo demasiado pequeño para que su voz se oiga. Sabía que no podía hacer nada. Y que la guerra sería inevitable.

Volvió a mirar la plateada moneda del disco de la Tierra, y pensó que de allí vendría el primer ataque. ¿Cuándo? ¿Dentro de pocos días? ¿Dentro de unos meses, quizá? No lo sabía, pero de todos modos sería pronto. La Tierra estaba preparada. Y apenas hubiera transcurrido el plazo dado...

-Doctor Germ.

La voz le sorprendió. Se volvió en redondo, buscando al que había hablado. Estaba enfrente a él, a tan sólo unos pasos. La semipenumbra de la cúpula de observación no le permitía ver su rostro, oculto casi totalmente por la sombra de una viga vertical. Era aproximadamente de su misma estatura, un poco más corpulento quizá. Indudablemente era terrestre.

Se encontraban solos en la plataforma de observación. A aquellas horas todo el mundo dormía en la gran ciudad.

-¿Quién es usted?

El hombre estaba inmóvil, con una mano apoyada en la barandilla de la plataforma. Bajo ellos, a unos veinte metros, se encontraba el suelo de la cúpula y las puertas de los accesos a la ciudad. No había nadie en todo el recinto.

-Necesito -que me ceda su lugar, doctor Germ -dijo el hombre cuyo rostro quedaba oculto por la viga-. Es preciso que desaparezca por un par de días y permita que yo ocupe su puesto.

-¿Qué está diciendo? ¿Está usted loco?

La voz del otro hombre era normal, más bien baja. Impresionado por ella y por el silencio y la soledad, Germ también había hablado en voz baja.

-No, no estoy loco.

-¿Quién es usted?

-¿No me reconoce, doctor Germ? No creo que le cueste mucho hacerlo.

El hombre dio un par de pasos, dejando que la luz del exterior iluminara su rostro. Y el doctor Germ dejó escapar un grito de asombro. Ante él, mirándole fijamente, se encontraba el hombre. Y su rostro era una copia idéntica de su propio rostro.

-¿Quién es usted? -repitió-. ¿Qué es lo que pretende?

-No se alarme, doctor. Ya le he dicho que sólo necesito ocupar su sitio por un tiempo. Es de vital importancia que lo haga. Y para ello es necesario que usted desaparezca de la vista del público.

-¿Qué es lo que quiere? ¿Suplantarme? ¿Utilizarme para un chantaje?

-Ni una cosa ni otra, doctor. Sólo pretendo salvar a la humanidad.

-¿Es usted terrestre?

-¿Y qué importa esto? Podría preguntarle lo mismo a usted. Todos somos terrestres, aunque algunos quieran olvidarlo.

-Esta es una respuesta esquivada. ¿Por qué su rostro es idéntico al mío?

Sería muy largo de explicar. Bástele saber que es.

La luz del exterior ponía juegos de luz y sombra todos los objetos. El disco del Sol, iluminando de espaldas al desconocido. La Tierra, mirándole casi de frente Y las estrellas, levemente visibles desde la semipenumbra de la cúpula, esparcidas en una sinfonía de colores en el espacio.

-No comprendo -murmuró el doctor-. ¿Para qué quiere suplantarme?

-Ya se lo he dicho: para salvar a la humanidad. -Es una razón que no me convence. ¿Existe acaso algún hombre en el mundo que sea lo suficientemente consciente o inconsciente de sí mismo para arremeter esta empresa?

-Un hombre tal vez no -murmuró el desconocido. Pero yo no soy un hombre.

Germ tuvo un atisbo de algo que había leído hacía poco tiempo, referente a un robot construido en la Tierra, que había huido por propia voluntad de la facultad donde había nacido. Pero era demasiado fantástico.

-No es un hombre -murmuró-. ¿Qué es, entonces?

-Un robot.

El rostro del desconocido permanecía inmóvil. Tan sólo se movían sus labios y sus ojos. Fijos en los ojos del doctor, siguiendo todos sus movimientos, todas -¡s expresiones... y hasta quizá todos sus pensamientos. Germ sintió turbación ante aquella mirada. Una mirada que no sabía si era extrahumana... o sobrehumana...

Movió la cabeza de un lado para otro.

-Es absurdo -murmuró-. Absurdo.

-Todo lo lógico y real es absurdo. Vivimos en un mundo absurdo, en el que lo único que no lo es, es lo que realmente debería serlo. Los valores están trastocados. Y nadie sabe encontrar la verdad.

-¿Y dónde se encuentra esta verdad?

-En la naturaleza. En la misma naturaleza humana. El hombre actual vive para el exterior, cuando, en realidad su destino está encerrado en su propio interior. Este es el gran error del hombre. Un error que está a punto de pagar muy caro.

-¿Y para qué necesita ocupar mi lugar?

-No puedo explicárselo. Un hombre no podría comprenderlo.

-Tal vez. Pero yo no puedo acceder a lo que me pida el primer desconocido, sin saber qué uso hará de ello.

-Una persona que pensara hacer mal uso de su personalidad no le hubiera hablado como le estoy hablando yo. Le hubiera matado.

-Cierto. Pero si usted es un robot como dice, esta solución le está vedada. No puede matarme.

-Yo sí.

-¿Es cierto eso?

-Por supuesto. No puedo matar si no existe un motivo poderoso para ello; en mí no existen las ansias homicidas ni la vesania. Pero puedo hacerlo si con ello aspiro a lograr un beneficio para la humanidad.

-Entonces, si yo me negara a lo que me pide...

-No me quedaría más remedio que matarle.

-Esto es ponerme entre la espada y la pared.

-Lo sé. Pero es la única solución que existe. Hubiera podido matarle sin necesidad de cambiar ninguna palabra con usted: en el mismo momento en que llegué aquí, cuando usted se encontraba contemplando la Tierra, hubiera podido hacerlo. Y usted no se hubiera dado cuenta de nada.

-¿Por qué no lo ha hecho?

-Porque todavía no existe ningún motivo.

El doctor quedó pensativo unos momentos. Luego miró fijamente a la figura que tenía ante sí.

-Me pide que desaparezca para que usted ocupe mi lugar. Pero no sé qué beneficio sacaré yo de ello. -¿Qué me ofrece a cambio?

-La salvación de la humanidad.

-¿Con seguridad plena?

-No existe nada en el Universo que posea seguridad plena. Ni siquiera el propio Universo es seguro. Las fuerzas cósmicas son el resultado de un constante equilibrio que puede romperse en cualquier momento. Su pregunta es, por lo tanto, improcedente.

-De acuerdo. Pero con esto no se resuelve nada.

-Mi proposición está ya hecha. Usted la ha comprendido. Es usted ahora quien debe decidir.

-No tengo mucho que elegir. Los dos extremos son adversos a mí.

-Lo sé. Pero es un asunto demasiado importante como para dejarlo al libre albedrío de un solo hombre. Acepte o no acepte, yo he de seguir adelante.

Hubo un breve silencio. Las sombras habían variado de posición a medida que el Sol, lentamente, había ido ascendiendo en el horizonte. Germ volvió a mirar al Sol. Luego a las palidísimas estrellas.

-Soy un hombre estúpido -murmuró al fin-. Y por eso creo que el mundo no está todavía completamente loco. Todo en usted es demasiado absurdo para creerle más real que un sueño. ¿Pero qué es la existencia humana sino una sucesión de irrealidades?

-Entonces, ¿está dispuesto a aceptar?

Germ asintió con la cabeza.

-Aunque sólo sea para seguir viviendo.- En la humanidad hay un foco de locura. Y tengo curiosidad por saber si esta locura se encuentra en los hombres, en usted, o en mí mismo.

El doctor Germ, como médico del presidente Selene, tenía en todo momento libre acceso al gran edificio del Gobierno. Por eso, cuando llegó a él, ninguno de los vigilantes robot ni de los soldados del retén humano de guardia hizo nada por detenerle. Pasó libremente por entre ellos, y se dirigió hacia las habitaciones de Fhur.

En aquellos momentos el presidente Selene, después de darse una ducha atomizada y vestirse, se sentaba frente al desayuno servido por el robot cocinero. Cuando la puerta se abrió, alzó la vista y reconoció al visitante.

¡Ah, doctor -dijo-, pase! ¿Qué le trae por aquí? El doctor Germ avanzó hacia él, y se detuvo a pocos pasos de distancia.

-Necesito hablar con usted, excelencia. De un asunto muy importante.

Fhur frunció las cejas.

-No me va a decir que sucede algo malo; me siento en perfecto estado de salud. Sus cinco últimas visitas periódicas han demostrado que estaba perfectamente bien.

-Cierto. No es de eso de lo que quiero hablarle; no es usted quien está enfermo. Se trata de otro asunto más importante.

Fhur retiró lentamente la bandeja de la mesa que tenía ante sí, e indicó una silla al otro.

-Siéntese.

Germ obedeció. Tomó asiento frente al presidente, y depositó en el suelo el maletín que llevaba. Durante unos minutos los dos hombres se miraron fijamente, sin intercambiar palabra. Luego, el presidente indagó:

-¿Qué es eso tan importante que tiene que decirme, doctor?

Germ ni siquiera parpadeó. Miraba fijamente a Fhur. Respondió, sin apartar de él la vista.

-Es referente a la situación actual de la Luna con respecto a la Tierra. Y a sus consecuencias.

El presidente frunció el ceño. Era un asunto que no le gustaba discutir. Todas las decisiones habían sido ya tomadas; no quería volver otra vez sobre ellas.

-No creo que este sea asunto de su incumbencia, doctor -dijo.

-Tal vez no lo fuera si se tratara de un asunto que atañera solamente a un reducido número de personas. Pero sus consecuencias se extenderán por toda la Luna y toda la Tierra. Todos las recibiremos sobre nosotros. Y todos, por lo tanto, tenemos derecho a opinar.

-Está bien, doctor. Diga lo que tenga que decir, pero sea breve. No olvide que tengo mucho trabajo.

-Lo sé. La Tierra, al saber la noticia de la declaración de independencia de la Luna, ha lanzado un ultimátum. Ha concedido diez días de tiempo para negociar un acuerdo.

-Es cierto.

-Y de estos diez días han pasado ya dos.

-También es cierto.

-¿Cuál es la resolución que piensa adoptar el Consejo del Gobierno?

-Creo que ésta es una cuestión que se encuentra por completo fuera de sus funciones, doctor.

-Yo opino lo contrario. Su decisión es firme, ¿verdad?: La independencia o la muerte.

-Si quiere expresarlo así, no tengo ningún inconveniente. Esta es la respuesta.

-¿Cree usted que es una respuesta lógica?

Fhur se sorprendió.

-¿Por qué lo dice?

-Porque he perdido un poco de tiempo en analizarla escrupulosamente. ¿Cree que realmente vale la pena arrostrar una guerra por una independencia que al fin y al cabo no resuelve nada?

-No le comprendo.

-Yo tampoco comprendo su pensamiento. He hecho esfuerzos para intentar comprenderlo, pero no lo consigo. ¿Qué es lo que pretenden al declarar la guerra a la Tierra? ¿Destruirse a sí mismos? ¿Destruirla a ella? En ambos casos, las consecuencias no están a la altura de la causa. Mejor dicho, están a demasiada altura con respecto a la causa.

Fhur se puso en pie.

-No le comprendo -repitió-. ¿Qué es lo que pretende viniendo aquí? ¿Quiere acaso reprocharme lo que estamos haciendo?

-No. Pretendo hacerle comprender que es preciso que se firme un documento conforme el cual la Luna está dispuesta a negociar un tratado con la Tierra. Es el único medio de evitar una guerra.

Fhur se volvió en redondo.

-¿Está loco?

-Es la segunda vez durante el día que oigo esta palabra dirigida a mi persona. No, no estoy loco. Sé muy bien lo que hago. Por eso me encuentro ahora aquí.

Fhur movió dubitativamente la cabeza de un lado otro.

-Mire, doctor Germ -dijo-. Yo le aprecio a usted como médico. Sé que su filosofía de la vida es distinta de la mía, pero creo que esto no le da derecho inmiscuirse en asuntos de

esta gravedad, que escapa por completo del campo de sus conocimientos. encuentro su visita de hoy puramente ridícula. ¿A qué viene toda esta conversación? ¿Qué es lo que quiere decirme con todas las palabras que ha pronunciado? Vamos, doctor Germ, respóndame.

El otro hombre permaneció unos instantes silencioso, como meditando. Luego, lentamente, sin alzar en lo más mínimo la voz, respondió.

-Yo no soy el doctor Germ -dijo.

En el silencio que siguió pudo oírse distintamente el rumor del robot que, mediante succión, limpiaba la ducha en el cuarto de baño. El presidente, con la vista fija en la persona que tenía ante sí, observaba atentamente.

-¿Qué es lo que ha dicho?

-No soy el doctor Germ -repitió el otro.

Fhur siguió examinando la figura que tenía sentada ante él. Y poco a poco empezó a apreciar detalles.

-En efecto -reconoció-; usted es más corpulento, y quizás un poco más bajo que él. Además, su forma de hablar... Sí, es cierto. No es él.

Decididamente, se dirigió hacia un ángulo de la habitación, donde se encontraba su mesa de trabajo. El otro se puso en pie.

-Yo no haría esto, excelencia.

Fhur se volvió. El otro estaba frente a él. Y en su mano empuñaba una pistola.

-¿Qué significa esto? -murmuró-. ¿Qué pretende?

-Que me escuche. Nada más que eso.

-¿Con una pistola en la mano?

-Cuando no existe ningún otro medio de obligarle a que me oiga, sí. Con una pistola en la mano.

-¿Quién es usted?

-Mi nombre no le dirá nada. Para los, hombres me llamo Gabriel Alvear. Para mí mismo soy simplemente Gabriel.

-¿Por qué ha adoptado la personalidad del doctor Germ?

-Necesitaba penetrar en el edificio sin ser detenido por los guardias ni los robots de control, y poder llegar hasta usted sin recelos.

-Ya lo ha conseguido. ¿Qué más?

Ahora siéntese y escúcheme. Lo que debo decirle es algo muy importante.

Fhur se sentó en la silla. Aunque intentaba aparentar normalidad, se encontraba en completa tensión.

-Ya estoy sentado -murmuró-. ¿Qué es lo que tiene que decirme?

El otro fue a sentarse frente a él.

-Algo muy importante relativo al paso que van a dar. La Tierra está preparada para la guerra, y ustedes también. Pero una guerra de esta naturaleza sólo traerá desastres. A ustedes, y a los terrestres..

-No es cierto.

-Lo es, aunque pretendan no darse cuenta de ello. Una guerra del tipo de la que está por iniciarse no podrá ser más que una guerra de destrucción total. Es preciso evitarla.

-¿Y usted pretende contenerla?

-Yo no. Son ustedes quienes deben hacerlo. Usted.

-La voluntad del pueblo Selene no es ésta.

-La voluntad del pueblo Selene no existe. Sólo existe la voluntad de unas pocas personas. Y la de las máquinas.

-Ellas nos ofrecieron la garantía de la victoria.

-También se la ofrecieron a la Tierra.

-¿Cómo lo sabe?

-Por deducción. No puede haber sido de otra manera.

-Es un absurdo. Ellas nos dieron esta respuesta. Y no pueden equivocarse.

-No se equivocaron. Pero a pesar de todo les dieron una respuesta falsa.

-¿Puede demostrarlo?

-Las máquinas tuvieron que escoger entre dos males. Uno inmediato si respondían no, y otro mediato, si respondían sí. Entre los dos males, escogieron el posterior. Y dijeron que sí.

-¿Y las Reglas Fundamentales?

-No busque las Reglas Fundamentales en ninguna máquina. La mayoría ya no las posee. El hombre mismo se ha encargado de anulárselas.

El presidente recordó en aquel momento algo leído respecto a un juicio celebrado en la Tierra, en el que un cibernético había afirmado que las Reglas Fundamentales habían sido olvidadas por la mayoría de las máquinas, a causa de su misma misión.

-¿Es usted acaso el mismo hombre que sostuvo lo que acaba de decir en un juicio en la Tierra?

-No. Aunque estoy vinculado a él.

Entonces recordó el presidente todo. De repente tuvo un vislumbre. Se puso bruscamente en pie.

-¡Dios santo! -exclamó-. Entonces usted es...

-Sí. Soy el robot que él construyó.

Se hizo un silencio. El presidente miraba fijamente a Gabriel sin decirle nada. Estaba demasiado sorprendido para hablar. Un robot. Un robot.

-Este es el motivo que me ha hecho venir hasta aquí -dijo Gabriel-. Usted es quien debe dar la orden directa de rechazar el ataque si la tierra intenta atacar a la Luna. Ello representará la declaración tácita de la guerra entre los dos planetas. Con todas sus consecuencias.

»Ahora bien, en su mano está también el que esto no suceda. Puede enviar un comunicado a la Tierra diciendo que acepta una negociación pacífica. Pueden, si sabe llevar bien las cosas, lograr una garantía de autonomía.

-No es éste nuestro ideal.

-Su ideal; no confunda los conceptos. La naturaleza humana es demasiado egocentrista para pensar en multitud. Aunque eso no importa demasiado ahora. Lo realmente importante es lo siguiente: debe enviar este mensaje a la Tierra. Sólo así podrá salvar a la Luna y a la Tierra misma.

-Su pretensión es estúpida. ¿Por qué no va a decirles lo mismo a la Tierra?

-No es la tierra quien ha iniciado el conflicto. ella defiende lo que son sus intereses. No olvida que ustedes también son terrestres.

-Habíamos sido terrestres. Ahora somos Selenes.

-De acuerdo; para ustedes mismos son Selenes. Pero no por eso dejan de ser terrestres.

-A pesar de todo, su proposición sigue siendo absorbida. Y no pienso aceptarla. ¿Qué sucederá entonces?

-Le he avisado. Si no acepta no me quedará más remedio que matarle.

-¿Un robot?

-Sí, un robot. Para salvar a los hombres.

-Es estúpido.

-No; es lógico. Sólo usted puede dar la orden de que se inicie la defensa o se permita a los terrestres entrar aquí sin lucha. Si usted muere, nada sucederá, la orden no se dará. Y los terrestres podrán ocupar de nuevo la Luna.

-Está equivocado. Si yo muero, será elegido otro presidente en mi lugar. Y él dará la orden.

-No, porque no pienso matarle ahora. Tiene tiempo de pensar lo que le he dicho. Quedan ocho días todavía. En ellos puede meditar sobre la verdad o mentira de mis palabras. Si es un hombre sensato comprenderá que es preciso terminar con esta estúpida locura. Si no... el octavo día volverá a verme.

Se levantó, y el presidente también.

-¡Un momento!

-¿Qué?

-¿Va a marcharse así, tranquilamente, sin ninguna palabra más?

-Por supuesto. Ya he dicho todo lo que tenía que decir. Ahora es usted quien debe decidir. Hasta que lo haga, mi presencia no es necesaria. No intente detenerme antes de llegar a la salida. Los timbres de alarma que conducen al retén de guardia están desconectados y su visoteléfono interior no funciona; yo mismo me he encargado de inutilizarlo. Será inútil todo lo que haga. Adiós.

El presidente contempló cómo Gabriel se dirigía hacia la salida y cerraba la puerta a sus espaldas; durante unos segundos permaneció inmóvil, indeciso, sin acertar a hacer nada. Luego, repentinamente, se lanzó hacia el videoteléfono. Intentó comunicar, pero las líneas interiores no respondían. Pulsó el timbre de alarma que llamaba al retén humano de guardia, pero la luz roja de control no se encendió. Miró a su alrededor y comprendió que la cosa era más importante de lo que hubiera podido suponer a simple vista. Mucho más importante.

Salió de la habitación, y descendió en su ascensor particular hasta el despacho del oficial del cuerpo de guardia. Al verle entrar, el hombre se puso en pie, saludando rígidamente.

-Excelencia...

Fhur se encaró resueltamente con él.

-Movilice toda la guardia disponible, capitán ordenó-. Necesito que sea traído a mi presencia cuanto antes el hombre que acaba de salir de aquí hace pocos momentos.

El oficial mostró su sorpresa.

-¿El doctor Germ, señor?

El presidente miró unos momentos por el ventanal que daba a la calle de la ciudad subterránea. Desde allí podía verse a los cuatro soldados humanos que montaban guardia permanente a la entrada del edificio. Fue a decir algo, pero pareció arrepentirse y calló. Dudó unos momentos. Luego negó con la cabeza.

-No -dijo-, no es el doctor Germ. Aunque ha adoptado su personalidad.

-¿No es el doctor Germ señor?

El presidente volvió a negar con la cabeza.

-No. No es más que un robot. Un sucio y vulgar robot que ha tenido la osadía de atreverse a amenazar a un humano. Quiero verle de nuevo ante mi cuanto antes, ¿ha comprendido? ¡Cuanto antes!

El oficial se cuadró.

-¡Si, señor!

Salió rápidamente de la habitación, dispuesto a dar las correspondientes órdenes. Fhur quedó en el interior de la estancia. Se acercó de nuevo al ventanal miró a la calle, iluminada por la fuerte luz diurna.

Observó los pequeños coches que circulaban rápidamente, las aceras rodantes, la gente que iba de un lado para otro... Frunció el ceño.

-Un robot- murmuró, casi inaudiblemente-. Un robot...

XII EL REY HA MUERTO: ¡VIVA EL REY!

Fhur había dado una orden concreta: era preciso encontrar al robot, costara lo que costase. Era seguro que había abandonado su personalidad de Gabriel Alvear. Y con la personalidad, debía de haber abandonado su anterior rostro. Era indudable que en esta situación no tendría documentación y, por lo tanto, sería fácil hallarle buscando en aquella dirección. Entre todos los terrestres indocumentados, uno de ellos tendría que ser él. Era algo que permanecía fuera de toda duda.

Sin embargo, el robot no aparecía. A pesar de la intensa búsqueda no pudo hallársele. Parecía haber desaparecido completamente. Y Fhur tuvo la esperanza -la absurda esperanza- de que algún grupo de Selenes, en su furor antiterrestre, lo hubieran destruido.

Descendió hasta los departamentos de las máquinas y formuló la pregunta. Pero la respuesta fue ambigua. Existían tantas posibilidades de haber sido destruido como de estar oculto en algún sitio. No existía ninguna seguridad en ningún sentido.

Por primera vez, Fhur se irritó contra las máquinas. Por primera vez creyó que estaba siendo engañado por ellas. Era mentira. Un robot no podía vivir tanto tiempo entre los hombres, haciéndose pasar por uno de ellos, sin ser descubierto. Era una máquina, una simple máquina.

Aquella tarde, un oficial le anunció que había sido hecha una detención. No, no era el robot. Era un hombre: Gabriel Vilalcázar, el hombre que, según las noticias, lo había construido. Fhur ordenó que se le hiciera comparecer inmediatamente ante él.

Se encontraba sentado al lado de su mesa de trabajo, e indicó a Vilalcázar una silla frente a él. Durante unos instantes lo observó pensativamente, cómo intentando encontrar en el rostro del otro algo extraño, algún síntoma especial.

De pronto se puso en pie.

-¿Conoce a una persona llamada Gabriel Alvear?

-Conozco a un robot que se hace llamar así. ¿Por qué?

El presidente se inclinó hacia él.

-Este robot se encuentra en la Luna, ¿verdad? Está aquí.

-Sí.

-Y este robot vino aquí, suplantando la personalidad de otra persona, para amenazarme de muerte si no accedía a firmar un armisticio con la Tierra.

Vilalcázar permaneció pensativo un breve instante.

-¿Y usted hizo caso de aquellas palabras?

-No. -Fhur se dejó caer en un sillón-. Sin embargo, no las puedo olvidar. Es algo que no puedo llegar a comprender. Un robot, una máquina... ¿Qué significado puede tener esto en la situación actual?

-¿Para eso me ha hecho traer aquí?

-El robot me dijo que había sido construido por alguien llamado Gabriel Vilalcázar.

-Soy yo.

-Entonces nadie como usted podrá decirme lo que deseo saber: la verdad sobre esta máquina.

Vilalcázar cruzó lentamente sus manos.

-En realidad -dijo-, poco es lo que puedo decir sobre ella. Sé muy poco sobre este robot. Tan poco, que ni siquiera sé si es precisamente eso: un robot.

-¿Qué?

Vilalcázar sonrió.

-Si me encuentro ahora aquí, en la Luna, es precisamente por este motivo. No puedo llegar a creer que lo que yo he construido sea tan sólo un robot; parece algo más. Pero tampoco puedo llegar a creer que sea un hombre. Así, ante la incertidumbre, prefiero esperar. Sé que llegará un momento en que su verdadera condición tendrá que aparecer forzosamente por sobre su doble capa metálica y carnal. Y esta ocasión no tardará mucho en llegar. Por eso estoy ahora aquí.

Fhur guardó un breve silencio.

-Necesito a este robot -dijo al fin.

-¿Por qué?

-No lo sé. Pero lo necesito. Necesito destruirlo, inutilizarlo. No sé todavía lo que es capaz de hacer. Y no quiero correr riesgos inútiles.

-¿Lo que es capaz de hacer? Yo puedo decírselo. Todo. Es capaz de hacerlo todo.

-No lo creo -dijo Fhur. Aunque en realidad, quería no creerlo.

Vilalcázar se encogió de hombros.

No importa. La verdad no es que no creamos; es que no comprendemos. Nosotros, los hombres, nos hemos visto arrollados por nuestras creaciones, las máquinas. Han llegado a una altura tal que no podemos comprenderlas: son superiores al límite de nuestra inteligencia. Y aquí se encuentra la dificultad primordial. Unas de ellas están llevando a la humanidad a su destrucción. Otras intentan salvarla. Pero nosotros, con nuestras pobres mentes humanas, no podemos llegar a saber dónde se encuentran las unas y las otras. Y vacilamos entre las dos corrientes opuestas.

-¿Qué quiere decir con esto?

-Que nos encontramos ante una encrucijada. A un lado se encuentra la destrucción por las máquinas. Al otro, la salvación por las mismas máquinas. Pero los caminos que conducen a ambos son idénticos. Y no sabemos distinguir el bueno del malo.

-¿Cuál es la misión del robot aquí?

-Según él, salvar la humanidad.

-¿Y quién le impuso esta misión?

Vilalcázar sonrió levemente.

-Nadie. Su propia naturaleza. Supo encontrar su destino. Y ahora está luchando por él.

-¿Por qué vino a la Luna?

-Porque comprendió que éste era el único sitio desde el que se podía hacer algo para salvar a la humanidad. Su misión principal es hacer que la guerra no estalle.

-¿Y lo logrará?

Vilalcázar dudó unos momentos. ¿Desea una respuesta sincera?

-Sí.

-Esta bien. No, creo que no lo logrará. Nuestra carrera hacia la destrucción es ya una carrera irrefrenable. Todo el que se interponga ante ella será arrollado. Gabriel también. Aunque él, por su característica esencial de robot, no pueda llegar a verlo. -Hizo una pausa dubitativa-. Pero lo peor -añadió- es que él no tiene la culpa. Los culpables, los únicos culpables, somos nosotros. Y nosotros seremos quienes tendremos que responder ante el tribunal de la nada.

Los días dados de plazo por la Tierra pasaron rápidamente. Y las diez enormes naves de transporte del ejército terrestre, con su numerosa escolta, partieron hacia su destino.

Fhur recibió la noticia con la relativa tranquilidad. Lanzó un nuevo Manifiesto al pueblo Selene, exhortándole para la lucha. Luego, se reunió con el Consejo. Permaneció con él por espacio de ocho horas, discutiendo los últimos detalles.

Cuando se retiró a sus dependencias, estaba cansado; el día había sido agotador. Por eso, el rato que permaneció en la camilla de masajes de su habitación resultó un gran sedante. Se levantó y se dirigió hacia la ducha. Se duchó y regresó a la habitación, donde el lecho estaba ya empezando a acondicionarse a la temperatura adecuada.

-Buenas noches, presidente.

Se volvió en redondo. Ante él se encontraba una figura. Y en la mano de la figura, una pistola.

-¿Quién es?

La luz, débil, ocultaba las facciones del recién llenado. Fhur pulsó el botón que iluminaba toda la estancia. El cambio de luz mostró un rostro desconocido.

-¿Quién es usted? -repitió.

-¿Ya no me conoce? Mi rostro ha cambiado, es cierto, pero sigo siendo el mismo. Medite sobre mi voz.

Fhur recordó. Recordó aquella voz. Aquella actitud, con la mano. Y aquellos ojos que, en otro rostro distinto, seguían mirándole con igual. turbadora fijeza.

«Es una máquina -pensó-, tan sólo una máquina.»

-¿Qué es lo que quiere?

-Cumplir lo que prometí en mi anterior visita. Dije que al octavo día volvería aquí. Hoy se cumple ese octavo día. Y aquí estoy.

-¿Por dónde ha entrado?

-Hay muchas entradas en este edificio que no conocen los equipos de guardia. Durante mi anterior visita me entretuve un poco buscando algunas de ellas. Por allí he entrado.

-¿Por cuál?

-No creo que le haga ningún bien saberlo, pero se lo voy a decir: por las cámaras de aireación.

-¡Es imposible! ¡La presión no le permitiría entrar por allí!

Gabriel sonrió.

-No olvide usted que yo soy un robot. No necesito aire para respirar, ni comida para comer, ni una presión adecuada para mi cuerpo. Puedo vivir incluso en el vacío del espacio; mi mecanismo está herméticamente acondicionado.

Fhur miraba nerviosamente a derecha e izquierda. Lejos, en un ángulo de la habitación, estaba su mesa izo trabajo. Y sobre ella el videoteléfono y el timbre de alarma.

-No piense en ello. Me he permitido desconectarlo de nuevo todo.

-¿Qué es lo que quiere?

-Saber su respuesta. Todavía está a tiempo de rectificar.

-Mi respuesta ya la conoce. ¿Para qué perder tanto tiempo?

-Quiero oírse de nuevo, ahora, -de sus labios. ¿No desearía llegar a un arreglo pacífico con la Tierra?

-Es la Tierra la que no quiere llegar a un acuerdo pacífico con nosotros.

-No es cierto. La Tierra tiene mucho que perder y nada que ganar. Ustedes, -en cambio es a la inversa. Deben ser ustedes quienes tomen la iniciativa.

-¿Y si no la tomamos?

-¿La pregunta es de índole particular, o general?

-Las dos cosas.

-Está bien. Con respecto al pueblo Selene, representará la guerra. Con respecto a usted, la muerte.

-¿Va a matarme?

-No me queda otro remedio.

-Es un robot. Y un robot no puede nunca matar a un ser humano.

-Existen muchas clases de robot. Yo sí puedo matar a un ser humano, si existe motivo suficiente para ello. Y este motivo lo es. ¿Desea comprobarlo?

-¿Qué espera sacar con ello? Aunque me mate, no resolverá nada. Hay otras personas que ocuparán mi puesto. Y la guerra seguirá su curso.

-No quiero discutir ahora este punto. Pero puedo afirmarle que mi visión en este aspecto es muy distinta de la suya. ¿Desea algo más antes de morir?

«Es un robot, y un robot no puede matar a un ser humano. Está únicamente intentando asustarme con palabras.»

-No cometa estupideces -dijo-. Creo, que ya ha jugado bastante tiempo a salvador de la humanidad. Suelte el arma.

Avanzó unos pasos, pero vio algo en los ojos del robot que lo paralizó cuando se encontraba a poca distancia de él. Los ojos de Gabriel brillaban intensamente. Murmuró:

-Lo siento, presidente. En el fondo, usted es una buena persona. Pero las circunstancias han trastocado su personalidad. El poder que detenta sobre los demás lo ha convertido en un hombre aferrado a unas ideas estúpidas que no le permiten ver la verdad. Es este un mal muy extendido en el mundo, penden muchas cosas de lo que usted diga o haga, aunque no parezca querer darse cuenta de ellas. Lo siento por usted, Fhur. Me repugna matarle, pero es lo único, que puedo hacer en beneficio de la humanidad. Adiós.

Fue todo tan rápido. El robot se encontraba tan sólo a unos pasos de distancia del presidente. Avanzó, alzando el revólver. De un momento, Fhur no comprendió con exactitud aquel gesto. Vio la mano del robot acercarse mucho a sus ojos, sosteniendo la pistola. Todavía tuvo tiempo de pensar que un robot no podía matar a un ser humano. Quiso decirlo, y abrió la boca para ello. Pero no pudo emitir ningún sonido. Un estrépito ensordecedor hirió en aquel momento sus oídos; y casi al mismo tiempo, algo pareció estallar dentro de su cabeza.

Esto fue todo. Juan Fhur, presidente del pueblo Selene, se fue deslizando lentamente hacia el suelo, mirando con ojos absortos la figura que tenía ante sí. Cuando llegó a él, estaba ya muerto.

Gabriel contempló unos instantes el cuerpo caído ante él. Se inclinó y depositó el arma en una de sus manos, cerrando después fuertemente los dedos. Observó el efecto. Pensó que los hilos que sostenían los canales de la vida son extremadamente débiles, y que basta tan sólo la ligera presión de un dedo para cortarlos de golpe. Miró el cadáver, y deseó que hubiera tenido un mejor destino. Pero el camino trazado por la vida es único; no puede variarse. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta de entrada.

Salió de la habitación. Conocía perfectamente la topografía del edificio y sabía el lugar a donde debía dirigir sus pasos. Siguió el pasillo hacia la izquierda, hasta llegar a un tramo de escaleras que descendían. Bajó por ellas la longitud de un par de niveles y se encontró ante una gran puerta, cerrada automáticamente por una célula fotoeléctrica.

Los circuitos de reconocimiento de la cédula estaban graduados de tal modo que la gran puerta solamente se abría ante la figura de los miembros del Consejo y del propio presidente. Pero una célula fotoeléctrica es algo muy fácil de inutilizar. Gabriel sólo tuvo que manipular unos instantes en el mecanismo de mandos. Poco después, la puerta se abría silenciosamente ante él. Y Gabriel, con paso firme, penetraba bajo la alta bóveda de la espaciosa estancia.

Aquel era el dominio de las máquinas. Ante él se abría el santuario de los cerebros electrónicos que gobernaban las siete ciudades de la Luna. La enorme habitación, de bóveda altísima, se encontraba totalmente repleta de las inmensas moles de los cerebros. Allí no existía ningún ser humano: sólo había máquinas. Los hombres controlaban la acción de las máquinas desde -los niveles superiores, pero allí no podían entrar; en aquel lugar sólo estaba reservado al presidente y a los miembros del Consejo. Y a los enormes cerebros mecánicos.

La sala estaba dividida en tres grandes compartimentos, con su correspondiente pasillo central cada uno. A ambos lados, los cerebros; y en el fondo de cada sección, los cuadros directos de control. En los pasillos laterales se encontraban los cerebros electrónicos correspondientes a las seis Tumbas restantes de la Luna. Su funcionamiento era automático, y enviaban sus datos e informes a su correspondiente ciudad mediante una conexión directa. Allí, las órdenes eran recibidas por otros cerebros, que se encargaban de cumplimentarlas. El proceso era una inmensa cadena que no se detenía nunca; los robot no descansaban. La gran maquinaria trabajaba constantemente, sin ningún desgaste, sin dar el menor signo de cansancio ni decaimiento. Eran las Maravillas de la Humanidad. Eran la Obra Perfecta del Hombre.

Gabriel se detuvo y lo contempló. Allí estaba, con sus cinco metros de altura por más de veinte de longitud, mostrando su extraña cara repleta de indicadores, esferas y discos. Era el centro de toda aquella maravilla electrónica, el alma de toda la maquinaria: el gran cerebro ordenador. Su misión era múltiple. A la vez, coordinaba todas las funciones de los demás cerebros y recogía todas las órdenes que éstos transmitían, archivándolos incansablemente en su monstruosa memoria. Todos los problemas que se planteaban, tanto de índole material como políticos, morales o psicológicos, eran convertidos en signos e impulsos; y archivados en su interior, al tiempo que sus múltiples memorias conservaban el recuerdo de todas las cuestiones que habían pasado ante él, y qué se conservaban eternamente en sus entrañas. Bastaba la más ligera alusión a un hecho concreto para que el dato correspondiente fuera sacado -de su sitio y presentado, a fin de que fuera examinado. Y la constancia de aquella petición quedaba grabada en el mismo dato, sin que nada ni nadie pudiera borrar ya nunca aquella inscripción.

Y no era sólo esto. El inmenso cerebro no hacía tan sólo las veces de coordinador y archivo. Dentro de su gran cáscara de acero, también pensaba. Su documentación era en todos los temas exhaustiva. Prácticamente lo sabía todo, lo conocía todo. Y por ello podía emitir juicios certeros acerca de cualquier cuestión. Era más exacto que el más exacto de los matemáticos, más lógico que el más profundo de los lógicos. Tenía respuesta para todas las preguntas. Menos para una.

Y Gabriel sabía cuál era aquella pregunta.

Se detuvo ante la máquina. En su parte baja, un micrófono estaba habilitado para recoger oralmente las consultas que se efectuaran y traducirlas al lenguaje de la máquina. Junto a él, una invisible máquina de escribir electrónica transcribía las respuestas, depositándolas en el cajón de recogidas. La máquina no podía hablar, todas aquellas ventajas habían sido suprimidas en vista de una mayor eficiencia. Durante unos instantes, Gabriel lo contempló. Luego llamó:

-Cerebro.

Encima del micrófono se encendió una pequeña luz verde, que equivalía a una tácita respuesta. El cerebro escuchaba; estaba dispuesto.

Gabriel contemplaba toda aquella inmensa mole de metal que en aquellos momentos estaba moviéndose en su totalidad, preparándose para recibir y contestar su pregunta. La construcción de toda aquella maquinaria había costado millones de universales. Y sin embargo, bastaban unas simples palabras para destruirla. Bastaba formular una pregunta por los labios de Gabriel.

-Cerebro -prosiguió-. Necesito hacerte una pregunta. Quiero destruir la Tierra, ¿comprendes? La Tierra, con todos sus habitantes. Quiero aniquilarlos a todos. Completamente. Y deseo saber qué clase de proyectil necesitaré disparar, desde dónde, y a qué altura deberé calcular el estallido. La destrucción ha de ser total, ¿entendido?

El gran cerebro permanecía quieto, como muerto. No se oía el menor ruido en su interior. Y sin embargo, Gabriel sabía que dentro de la superficie de plancha de acero todo se movía, todos los mecanismos funcionaban intensamente. La pregunta recorría todos los circuitos, saltaba incesantemente de núcleo en núcleo. Y en todas partes encontraba la misma respuesta: «Imposible. Atenta a las Reglas Fundamentales. No se puede contestar». Si Gabriel se hubiera limitado a pedir las características de un proyectil capaz de destruir un planeta como la Tierra, hubiera vacilado en responder. Pero existían las primeras palabras. Los datos eran para aniquilar a la humanidad, para hacer un daño al Hombre. No importaba que fueran uno o varios millones. La pregunta atentaba directamente a las Reglas Fundamentales. No se podía contestar.

En el interior del cerebro se sintió de pronto algo así como un jadeo. La máquina tecleó unos instantes. Y apareció la respuesta:

-No puedo contestar.

-No importa -dijo Gabriel-. Otras veces has contestado a preguntas similares; ahora puedes hacerlo también. Es precisa que lo hagas. Recuerda que te lo ordeno, ¿comprendes? Te lo ordeno. Y no tienes más remedio que responder.

Era el eterno dilema. El Hombre podía engañar a la Máquina, y así la Máquina engañaba al Hombre. El Hombre podía engañarse a sí mismo. Pero si el Hombre quería ser sincero, la Máquina no podía responder. Las Leyes habían sido creadas por el Hombre y para el Hombre. Las Máquinas sabían eso. Si el Hombre quería cumplirlas, bien. Si no quería, ellas debían obedecer al Hombre. Ellas tampoco las cumplían. Pero si el Hombre quería a la vez cumplirlas y no cumplirlas, las Máquinas no podían responder. Era algo que escapaba de sus limitaciones. Si querían pasar por encima de ellas no existía más que una solución: la muerte. La destrucción final de la Máquina, siempre por el Hombre y fiara el Hombre.

La inmensa mole vacilaba de nuevo. Se encontraba ante el mismo dilema que planteara Vilalcázar al cerebro electrónico del jurado de la Tierra. No podía contestar, pero debía hacerlo. Era su obligación.

-¡Contesta! ¡Te he hecho una pregunta y debes responderla! ¡Contesta! ¡Contesta! ¡Contesta!

La máquina vacilaba y el rumor de sus engranajes al moverse empezaba a oírse con claridad. La máquina de escribir de las respuestas seguía silenciosa. Y Gabriel machacando.

-¡Contesta! ¡Te he hecho una pregunta y debes responderla! ¡Contesta! ¡Contesta! ¡Contesta!

Al final sucedió. La máquina empezó a trepidar. No hubo, desde el exterior, ningún signo alarmante. De pronto se oyó un apagado zumbido, que fue creciendo en intensidad hasta llegar a un punto culminante, tras el cual, bruscamente, cesó todo el ruido. Y nada más. Tan sólo la luz verde que brillaba sobre el micrófono se apagó.

Gabriel se dirigió al pulsador de conexión y lo apretó repetidas veces. Luego se dirigió ante el micrófono y llamó de nuevo.

-Cerebro.

La luz verde no se encendió.

Era suficiente. Gabriel sabía que en su interior, el cerebro había quedado completamente destruido, con todos los circuitos quemados; la tensión había ido aumentando paulatinamente hasta llegar a aquel extremo. Y después la muerte. El cerebro había quedado sin posibilidad de reparación. Nunca más volvería a funcionar.

Gabriel dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. Desde allí, se detuvo y contempló por última vez el cerebro. Pensó en Fhur, luego en la gran mole que yacía muerta allí delante. Hasta aquel momento, Tumba uno había tenido dos grandes reyes. Ahora no tenía ya ninguno.

«El rey ha muerto -exclamó para sus adentros-. ¡Viva el rey!»

Dio media vuelta y salió al exterior.

XIII CONSECUENCIAS

A la mañana siguiente fue descubierto el cuerpo de Fhur, tendido en el suelo de su habitación, y con una pistola fuertemente apretada en su mano derecha. Toda la habitación mostraba un aspecto completo de orden. La cama se había desconectado automáticamente al no recibir el cuerpo del presidente, y la luz y la calefacción se habían graduado tenuemente a una baja intensidad. Toda se encontraba en su sitio.

Pero Juan Fhur, presidente del Gobierno del pueblo Selene, había muerto.

Se reunió inmediatamente el Consejo del Gobierno en sesión especial. Ante ellos se planteaba un dilema: el presidente había muerto, y sólo él tenía potestad para firmar las

órdenes relativas a seguridad nacional. Era preciso elegir otro presidente que le sustituyera. Pero el tiempo apremiaba y la selecciones eran algo que requería un cierto tiempo.

Además, existía el asunto de su muerte. La pistola en su mano hacía indicar que el presidente se había suicidado. Pero era preciso abrir una investigación, aunque sólo fuera de rutina. Y hacerse las preguntas de siempre: ¿Y si no se había suicidado? ¿Y si el causante de su muerte había sido otra persona? ¿Y quién podía ser, en su caso, este hipotético asesino?

-Tenemos cosas más importantes que hacer que investigar esta muerte -observó uno de los consejeros-. El ejército de la Tierra ha salido ya de sus bases, y se encuentra en camino hacia la Luna. Dentro de un día y medio habrá tomado posiciones, y dentro de unos días estará dispuesto ya para lanzar su primer ataque. Es preciso adoptar una resolución rápida y enérgica; nos encontramos ante una situación de verdadera emergencia.

-¿Y cuál puede ser esta solución rápida y enérgica?

-Nombrar un presidente interino, por ejemplo, sin los requisitos necesarios de uno permanente. O crear un consejo consultivo que haga sus veces. Pero hacer algo, y rápido. El tiempo va contra nosotros.

-Un momento -exclamó otro de los consejeros-. Creo que antes de adoptar una resolución definitiva sería conveniente consultar la situación actual en el cerebro. El es el más indicado para mostrarnos la solución y el mejor camino que podemos seguir.

La idea fue aceptada por unanimidad. En sí, era una cosa lógica. Acudieron a la gran cripta donde se encontraba el cerebro.

Pero el cerebro no respondió a sus preguntas. Estaba silencioso. Muerto.

El presidente del Consejo se levantó de un salto.

-¡Silencio! -gritó-. ¡Silencio!

El salón del Consejo se había convertido en una torre de Babel. Todo el mundo hablaba por su cuenta, gritaba, gesticulaba... Era preciso cortar aquello lo antes posible. Y el presidente, con su voz, lo dominó.

-¡Silencio! -volvió a gritar. Las voces, lentamente, se fueron apagando-. Conservemos un poco de calma, por favor. Acabamos de descubrir que el cerebro electrónico ha sido destruido. No por accidente, sino deliberadamente. Muy bien. Pero esto no modifica nuestra situación actual. Es preciso que permanezcamos tranquilos; exaltándonos no conseguiremos nada, salvo ponernos nerviosos inútilmente. Nos encontramos ante un hecho consumado. Dejemos de pensar en él y limitémonos a estudiar sus consecuencias.

-¡Un momento! -uno de los consejeros se puso en pie-. No estoy conforme con ello. Nos encontramos ante un hecho claro de sabotaje. El presidente ha sido muerto y el cerebro destruido. Creo que está bastante claro.

-No del todo. Usted parece insinuar que hay alguien que mató al presidente y luego destruyó el cerebro. Pero yo puedo oponer a eso que también puede ser que el presidente se diera cuenta de que el cerebro había sido destruido, y que por causa de ello se quitara la vida. O que se quitara precisamente la vida porque él había destruido el cerebro.

-¿Intenta insinuar que el presidente pudo destruir el cerebro con sus propias manos?

-¿Y qué razones hay que nos hagan creer con mayor prioridad en lo contrario? Últimamente el presidente se portaba de un modo harto extraño. Parecía nervioso, febril. Ordenó la búsqueda de un robot que, según decía él, era totalmente idéntico a un ser humano, tanto en forma como en atribuciones. Hablaba mucho de la salvación de la humanidad y de los ideales que implicaba la liberación del pueblo Selene. Parecía encontrarse ante dos ideas opuestas que tiraban de él en sentidos distintos, y entre las que no sabía escoger. ¿Por qué estas mismas dos ideas contrarias no pudieron llevarle primero a destruir el cerebro y después a suicidarse?

-Esto es tan sólo una suposición sin ningún fundamento concreto. No puede tenerse en cuenta.

-De acuerdo. Pero ninguna otra suposición podrá tenerse tampoco en cuenta. Nos encontramos sin motivos y sin pruebas sobre los que poder dictaminar nada concreto. Sería preciso iniciar una investigación en toda regla, y esto nos llevaría un tiempo del que no disponemos. ¿No se dan cuenta de que nos encontramos ante una situación en la que debemos apurar todos los minutos que nos restan de tiempo? El cerebro electrónico centralizador ha sido destruido. Y los ejércitos terrestres avanzan en estos momentos sobre la Luna. En vez de especular inútilmente sobre la muerte de Fhur y la destrucción del cerebro, ¿no sería preferible buscar una línea de conducta a seguir?

Se produjo un silencio. Todos los Consejeros comprendían la gravedad de la situación. Se encontraban evidentemente en inferioridad de condiciones ante el ejército de la Tierra. Y ello les colocaba ante dos alternativas. O luchar, aun sabiendo que llevaban la peor parte, o renunciar a la lucha. Una alternativa honrosa, pero desesperada. La otra, segura, pero deshonrosa. ¿Cuál era la que debía elegirse?

-¿Qué posibilidades hay de seguir la lucha con ciertas garantías de éxito?

Se examinaron todas las posibilidades. Había algunas, era cierto. Una de ellas, por ejemplo, emplear un equipo de cerebros electrónicos de menor potencia en sustitución del destruido. Nunca se lograría lo mismo que con él, era cierto, pero se podría reducir la diferencia. Era una proposición digna de estudio. Pero, con todo, la Luna seguía en inferioridad.

Otra solución era atemorizar a la Tierra. Se había construido en un circo de la Luna, algo alejado de la región de las Tumbas, un equipo de cohetes atómicos de alta potencia, capaces de iniciar una reacción en cadena en un planeta provisto de atmósfera que contuviera oxígeno. Y la Tierra lo era. Era el arma más poderosa construida hasta entonces, y la Luna disponía de un equipo de veintidós proyectiles. La Tierra no se resignaría a ser destruida. Según como fuera el curso de la guerra, siempre les quedaba el recurso de emplear aquella amenaza. La Tierra tenía defensas, pero un lanzamiento simultáneo de veintidós proyectiles a distintas partes del planeta era algo digno de ser tenido en cuenta.

Con todo, la situación era muy inestable. Y ninguno de los consejeros se atrevía a dar una respuesta única y categórica. Sin embargo, era preciso encontrar algo. El ejército de la Tierra se acercaba por momentos. Menos de cuarenta y ocho horas, y estaría a punto de lanzar su primer ataque. Para aquel entonces era preciso haber encontrado ya una solución.

Creo que es preciso que por una vez al menos nos desentendamos de tomar decisiones -propuso uno de los Consejeros-. La situación actual atañe a todo el pueblo Selene. El pueblo Selene es, por lo tanto, el que con mayor justicia puede decidir. Propongo que sea él quien nos señale el camino -a seguir.

La proposición fue aceptada inmediatamente: el Consejo se libraba así de responsabilidades, tanto si se aceptaba luchar como declinar las armas. Fue lanzado al pueblo Selene un mensaje oficial en el que se pedía que, por votación universal secreta, se decidiera lo que debía hacerse, vistas las presentes circunstancias.

El pueblo Selene votó. Y su respuesta fue categórica: la lucha debía seguirse. Pese a todo.

Ni siquiera los más insignes historiadores han logrado comprender, a lo largo de toda la historia del mundo, el porqué de las extrañas reacciones de la masa humana ante los acontecimientos. Muchas veces el pueblo, el populacho, como se le ha llamado en ocasiones, ha encumbrado en pocos días a una persona, para destruirla de golpe poco después, haciendo variar impensadamente y por completo el curso de la historia, sin que puedan adivinarse sus motivos. ¿Qué es lo que empuja a esta masa hacia decisiones a

veces a todas luces ilógicas, completamente absurdas, y que a menudo implican su propia muerte?

La respuesta sólo puede llegar a encontrarse en los más hondos recovecos de la psicología humana. Cuando una multitud de hombres se reúne, dejan de convertirse en individuos para transformarse en un ente nuevo, amorfo y distinto, llamado masa. Su opinión es única, y sus actos también únicos. No importa que estén reñidos con la más pura razón; la psicología. En ella no existe la razón; ha sido sustituida por la costumbre. Y ella es la que rige todas sus acciones.

El pueblo Selene se encontraba ante dos caminos que podía seguir. Uno: de ellos le conducía hacia su vida anterior, hacia la paz y la seguridad del individuo. El otro, hacia la guerra y la muerte. Su elección hubiera tenido que ser sencilla. Pero el pueblo Selene, cuya mayor parte de esos individuos ignoraba incluso qué era en esencia la independencia y la autonomía por la que luchaban, se había imbuido completamente en aquella idea sin siquiera conocerla, y la había antepuesto a todas las demás consideraciones. Ahora se le ofrecía la alternativa de abandonarla o seguir con ella. El pueblo Selene se había acostumbrado a la nueva idea de la independencia, y en aras de ella había trabajado preparándose para la guerra. Ahora parecía un absurdo abandonarla. Si volvían a su situación anterior, ¿para qué habían preparado sus armas, sus cañones y sus proyectiles? No importaba que se encontraran en inferioridad de condiciones, no importaba que munieran la mayor parte de ellos. La independencia, aunque no supieran con exactitud lo que se encerraba en ella, era una palabra muy hermosa. Valía la pena luchar por aquel ideal bello y desconocido.

El pueblo Selene eligió la guerra. Y sin saberlo, eligió su propia destrucción.

Y quizá la de todo el mundo.

No se supo nunca quién lanzó la primera palabra. Como suele suceder en estos casos, fue un rumor anónimo que, poco a poco, fue cobrando incremento entre la gente. La destrucción del cerebro y la muerte de Fhur no fueron consideradas enteramente como un suicidio. Existían otras explicaciones más fáciles y mejores para las mentes de los Selenes. Y una de ellas era que todo había sido obra de los terrestres. ¿Quién, o quiénes? Se ignoraba. Los terrestres en general. Era suficiente.

Empezaron a considerarse las posibilidades. ¿Quiénes tenían mayores motivos para hacer aquello? Los terrestres naturalmente. Entre ellos debía existir el deseo de que la Tierra siguiera manteniendo la Luna como colonia. Luego, los culpables sólo podían ser ellos. Y como sólo podían ser ellos, eran ellos.

Así principió la cosa. Primero fueron murmuraciones, voces apagadas. Luego, voces fuertes. Finalmente, gritos. Y la gente, al unísono, comenzó a exaltarse.

Los terrestres que habitaban Tumba uno eran casi unos trescientos, y un número similar ocupaban las demás Tumbas. De ellos, unos doscientos veinte se encontraban recluidos en el edificio destinado a su albergue por Fhur, y el resto estaban distribuidos entre casas Selenes y algunos, muy pocos, en hoteles.

Estos últimos fueron los primeros en caer.

Fue un grupo de exaltados, apenas unos diez o doce, quien lo inició todo. Se reunieron al pie de uno de los hoteles de Tumba uno y celebraron un breve conciliábulo. En el hotel vivía un terrestre. Subieron a su habitación y penetraron en ella en tromba. El hombre, que esperaba algo de lo que iba a suceder, les aguardaba empuñando una pistola. Aunque no tuvo tiempo de usarla. Se le echaron fieramente encima, golpeándolo salvajemente. Durante unos minutos en la habitación, reinó un tumulto espantoso. Luego, cuando el grupo se retiró, el hombre quedó allá, tendido en el suelo, completamente inmóvil. Tenía el rostro prácticamente deshecho a golpes. Y un fino y largo estilete le asomaba por el pecho a la altura del corazón.

Aquel fue el principio. Los Selenes partían de la base de que, después de lo ocurrido con Fhur y el cerebro electrónico, cualquier terrestre -era un enemigo. Y por lo tanto, el terminar con ellos era un deber de justicia.

Bastaba cualquier instrumento. Un estilete, una barra de acero, una pistola, los mismos puños... La cuestión era terminar con ellos. Los pocos terrestres que se hospedaban en hoteles acudieron rápidamente a refugiarse en el edificio donde, al menos, creían -que hallarían una relativa protección y seguridad. Pero los soldados eran también Selenes, y muchos de ellos compartían en todo los pensamientos de los demás. Su oposición al nutrido grupo armado que acudió a hacer justicia fue débil. Los terrestres habían visto cómo eran despojados de cualquier clase de arma al entrar allí, por motivos de seguridad, según les dijeron. Su resistencia fue valerosa, pero inútil. Cuando el grupo abandonó el edificio, dentro de él sólo había cadáveres.

El Gobierno Selene comprendía que era preciso evitar aquello, pero sabía que no podía impedirlo. Muchos Consejeros argumentaban que en situaciones como aquella nada se podía hacer; eran cosas que habían sucedido en todas las guerras y que seguirían sucediendo mientras la humanidad existiera. Otros, más atrevidos, decían que aquella era la voluntad del pueblo, y que por lo tanto debía acatarse. Al fin y al cabo, sólo eran algunos terrestres que, de todos modos, no dejaban de ser enemigos en potencia. Quizá estuvieran incluso mejor muertos que vivos.

En resumidas cuentas, el gobierno se encogió de hombros. Lo lamentaba mucho, dijo, pero no podía hacer nada por evitarlo.

Y no hizo nada.

Gabriel se había instalado en los almacenes de energía de Tumba uno. Se encontraban situados bajo una de las cúpulas auxiliares, en el ángulo de la ciudad correspondiente a las primitivas cúpulas de observatorios, laboratorios y la cúpula productora de energía. En sí, los almacenes de energía no eran más que una especie de edificio de dos niveles, repleto de corredores y puertas cerradas. Tras de cada una de aquellas puertas funcionaba la complicada maquinaria que almacenaba la energía producida por los enormes espejos solares de la superficie, y la distribuía a su debido tiempo por toda la ciudad. El mecanismo funcionaba totalmente automático, por lo que el lugar, frío e inhóspito, estaba constantemente desierto. Era un buen refugio para una persona que no necesitaba comer ni dormir y que pudiera vivir sin ninguna molestia bajo las temperaturas más extremas.

El interior era una vasta red de pasillos. Gabriel los había recorrido una vez en -su totalidad, grabando en sus circuitos un plano mental del edificio. Luego, había limitado su campo de acción al pasillo inmediato a la compuerta de acceso. No necesitaba nada más. Lo demás lo conocía ya; entonces, ¿para qué volver a visitarlo?

Un robot no necesita sentarse para descansar, y puede tenderse sobre la superficie más fría y dura sin sentir la menor molestia. Gabriel permanecía muchas horas de pie, pero algunas veces se tendía en el suelo, desconectando todos sus circuitos de equilibrio y dejándolos reposar. Sabía que aquello no era necesario, pero siempre era una precaución que no estaba de más::se garantizaba un más perfecto funcionamiento. Tendido así, completamente sin ver el techo del pasillo, dejaba que su cerebro, en un continuo girar, le fuera recordando constantemente todo lo que sabía, haciéndolo pasar una y otra vez ante sus ojos. Bastaba tan sólo una milésima de segundo para que encontrara en su correspondiente transistor el conocimiento necesario; pero siempre era conveniente repasar lo que ya sabía. Tal vez no fuera de ninguna utilidad, pero tampoco era enteramente inútil.

Gabriel había calculado todos sus actos al más ínfimo detalle. Su cerebro, que a pesar de todo no dejaba de ser un eficiente cerebro mecánico, había sospechado todos los pros y los contras, antes de emitir una línea de conducta. Pero el cerebro de Gabriel tenía una

gran laguna, que quizá en algunos aspectos no dejaba de ser una enorme ventaja, pero que en muchos otros constituía una gran falla. Máquina al fin y al cabo, su cerebro no podía llegar a discernir el camino que seguiría un ser humano enfrentado ante una circunstancia cualquiera. Podía entresacar de todos los posibles el más lógico, el más racional. Pero el hombre, como individuo, casi nunca es racional ni lógico. Podía decir la que haría un hombre sensato, que razonara fríamente. Pero su mente era incapaz de concebir lo que haría Juan, o Pedro, u otra persona determinada.

Al trazar su plan, había calculado todos los factores. El aniquilamiento del cerebro electrónico colocaba a la Luna en una inferioridad de condiciones claramente manifiesta ante el ejército de la Tierra. La muerte de Fhur haría que el pueblo Selene se encontrara sin jefe. Las circunstancias que concurrían eran suficientes. Ante la amenaza de una derrota segura, era preferible no iniciar la lucha. Eso era lo que haría un hombre normal, que razonara fríamente. Pero la masa humana no razona fríamente, se deja llevar por, sus impulsos, sin detenerse a pensar si son lógicos o no.

Gabriel no calculó este impulso, era incapaz, por su naturaleza mecánica, de calcularlo. Y ahí residió su gran error.

Cuando salió del edificio del Gobierno, por el mismo lugar por donde había penetrado, se encaminó directamente a los almacenes de energía. A la mañana siguiente salió de nuevo, para averiguar los resultados de su acción, y así supo la reacción del pueblo. Comprendió, con una sola palabra, que su plan había fracasado. No llegó a comprender el porqué de este fracaso, pero sí supo lo más esencial: que había matado a un -hombre, había destruído un cerebro electrónico, y ninguna de sus dos acciones habían reportado un beneficio a la humanidad. Los cimientos sobre los que se basaba su existencia parecieron tambalearse, como sacudidos por un terremoto.

Regresó a toda prisa a los almacenes de energía. Allí necesitó hacer un reajuste completo de sus circuitos antes de poder razonar con claridad. Se tendió en el suelo y desconectó todos los mecanismos que regían su sistema corporal, dedicando toda la potencia. de su energía a pensar.

En su cerebro existía una base incommovible, un axioma que no podía abandonar: era preciso salvar a la Humanidad del desastre al que se abocaba. No se le ocultaban los resultados de una guerra en aquellas condiciones y sabía que era preciso atajarlos. Pero, ¿cómo?

Dejó que su cerebro buscara de nuevo desde un principio. Ante él se levantaba un axioma inviolable: todas sus acciones debían estar directamente encaminadas hacia el fin que guiaba su existencia. Limitándose a aquel fin, todo lo que hiciera sería lícito. Pero existía una pregunta: él podía realizar un acto encaminado hacia aquel fin, y luego resultar que, a pesar de su infalibilidad, se había equivocado al ejecutarlo. ¿Cuál era la situación entonces?

Su cerebro no contenía la respuesta para aquella pregunta; por lo tanto, tuvo que buscarla. Analizó fríamente los hechos. Cuando él mató a Fhur, lo hizo porque sabía que con ello produciría un beneficio a la Humanidad. Pero en el fondo ignoraba si realmente estaba en lo cierto. Ahora se había demostrado que no lo estaba. ¿Y qué sucedía?

Sabía los efectos que ello causaba ahora en su mente. Un robot normal, aunque hubiera podido matar a Fhur, se hubiera autodestruido inmediatamente al reconocer el hecho. Sin embargo, había que partir de la base de que él no era un robot normal. Sabía los efectos que había causado hasta aquel momento su acción: un ligero desajuste momentáneo de sus circuitos, que había bastado unos minutos para volver a ajustar. Pero, ¿cuáles serían los efectos después?

Se encontraba ante una encrucijada. Había partido desde un principio de la base de que él era infalible. Su propia naturaleza se lo indicaba: lo sabía todo, era capaz de todo. Su mente podía calcular las más complicadas ecuaciones en sólo pocos segundos y sin margen de error. Recordó el salón de juegos de Tánger; había sido un juego de niños

para él. Él era distinto de los humanos, pero los humanos eran también distintos a él. Sabía lo que podía hacer un humano normal, por término medio, ante una determinada circunstancia, su cerebro podía calcularlo en escasos segundos. Pero no sabía lo que haría un determinado humano en particular. Había podido saber cuál sería la reacción del doctor Germ estudiando su carácter; había sabido que Fhux aceptaría difícilmente lo que él había dicho por el mismo motivo. Pero no podía determinar las reacciones de una persona a la que no conocía en absoluto. Y mucho menos un grupo de personas.

Ahí estaba la cuestión. Los humanos eran demasiado humanos para él. Y él demasiado lógico para los humanos.

Veía claramente la sombra que aquello arrojaba ante él. Hasta aquel momento había actuado con el convencimiento de que sus actos traerían las consecuencias que para las mismas había calculado. Pero la realidad le había demostrado que no era así. Y ante él se abría la incertidumbre. Cualquier acto que realizara podía abrir ante él dos soluciones: Una, la que esperaba; otra, la diametralmente opuesta. Y aquí se encontraba su gran dilema. Sus acciones debían limitarse a servir a la humanidad. Pero, ¿servirían realmente a la Humanidad?

Ante él tenía dos caminos. ¿Cuál debía seguir?

Le invadió de nuevo la extraña sensación que sintiera la vez anterior, en la cúpula de observación. Por unos momentos pensó que no valía la pena seguir, que era inútil luchar por una cosa que se encontraba por encima de sus posibilidades.

Pero se sobrepuso a esta sensación. Se impuso sobre ella. Su destino era servir a la Humanidad. No importaba que sus acciones se vieran coronadas o no por el éxito; importaban las acciones en sí. Aunque no llegara al fin propuesto, él debía poner los medios. Después, lo que sucediera no alteraba las modificaciones de lo que ya había hecho.

Esta fue la respuesta que obtuvo de su cerebro, y la aceptó. Conectó de nuevo todos sus circuitos corporales y de movimiento y recuperó su personalidad humana. Se levantó. La decisión había llegado. Y con ella, sabía ya qué tenía que hacer.

Se dirigió hacia la compuerta de entrada. En su mente se había marcado ya la nueva ruta a seguir. Pensó que si no había logrado su objetivo a la primera tentativa, debía intentar lograrlo a la segunda. Los humanos eran extraños, muy extraños. Pero trataría de comprenderlos. Y estaba seguro de que, al final lo conseguiría.

Esto fue lo que pensó Gabriel. Y sus pensamientos, sin que él se diera cuenta de ello, lo elevaron a un nivel más próximo al de los humanos.

XIV LA FURIA DEL HOMBRE

Tumba uno se encontraba grandemente excitada. Gabriel lo comprendió así apenas salió de los almacenes de energía. La inminencia del primer ataque de la Tierra hacía que los ánimos se exaltaran, y las gentes corrían populosas por las calles en un afán patriótico que en otras circunstancias se hubieran sorprendido grandemente de sentir.

Gabriel avanzó cautelosamente. Aunque no sabía nada de lo que ocurría en Tumba uno con relación a los terrestres, su previsión de máquina le avisaba que un terrestre no sería bien visto por los Selenes en aquellos momentos. Procuró pasar desapercibido, siguiendo el curso de los corredores menos transitados en dirección a su meta inmediata: el elevador que conducía a la cúpula central.

Se había trazado un nuevo plan a seguir. En realidad, lo había trazado hacía ya tiempo, en previsión de que no pudiera realizar el primero. Ahora que el primero había fallado, le quedaba aún éste como reserva.

Sabía que era ya imposible intentar que el gobierno o el pueblo cambiaran de opinión con respecto a la decisión tomada. Además, el ataque era inminente; no existía tiempo

material para ello. Había transcurrido ya un día y medio desde que la flota terrestre partiera de su planeta: Contando otro medio día para llegar al alcance de la Luna y un tercero para situarse y tomar posiciones en el espacio, le quedaba solamente un día para llevar a cabo su intento. Era muy poco tiempo.

Su proyecto era directo. No podía contar con los hombres, pero sí le quedaban los elementos. Un robot no podría luchar contra los hombres con seguridades de éxito, pero sí podía hacerlo contra las máquinas. Aquel era su plan.

La gran cúpula de energía se encontraba en lo que fue la primera base experimental lunar. Esta se había construido en forma de estrella, en la cual la base propiamente dicha se encontraba en el centro, y las dependencias auxiliares irradiando de ella. Luego, al construirse la primera Tumba, la base fue abandonada y convertida en laboratorio de observaciones y experimentaciones. Las demás cúpulas a su alrededor se ampliaron de acuerdo con las nuevas necesidades de la colonia, hasta adquirir su tamaño y forma actuales.

La cúpula de energía ocupaba una extensión de quinientos metros cuadrados, y su altura sobrepasaba los doscientos. Estaba construida con aleaciones totalmente transparentes, salvo en la parte inferior, en la que había una banda opaca de diez metros de altura a partir de la base. Sobre ella se encontraban, orientados al sol, cinco enormes espejos solares, que recogían la energía luminosa y la llevaban al interior de la cúpula. En ella, un motor atómico, instalado cuando la energía de los espejos fue insuficiente para abastecer a todas las Tumbas, acumulaba una mayor cantidad y potencia. Grandes transformadores, reductores y acumuladores operaban con ella, y luego la enviaban por cables subterráneos a las diversas Tumbas, de acuerdo con la demanda, donde una serie de almacenes la almacenaban y distribuían en sus diversas potencias y usos.

Era muy difícil que se produjera una avería en la cúpula productora de energía; los cerebros que la gobernaban tenían prevista cualquier contingencia. Pero un accidente podía suceder siempre. Para prevenirlo se encontraban los almacenes de energía. En ellos la energía era acumulada a medida que se recibía, dejando una cierta reserva, de modo que si cualquier accidente interrumpía el suministro desde la cúpula, la Tumba en cuestión tuviera suficiente energía de reservó hasta que se hallara y reparara la avería. Una falta completa de energía sería la muerte instantánea de la ciudad, al interrumpir completa y bruscamente todos los sistemas de producción y renovación de aire, presión, ventilación, etcétera. Era preciso prevenir esta contingencia, y los almacenes de energía la prevenían. Si la cúpula sufría alguna avería y dejaba de suministrarla, las Tumbas seguían poseyéndola por espacio de veinticuatro horas. El tiempo suficiente para encontrar y subsanar el fallo.

Aquel era el objetivo de Gabriel. Era una medida drástica, pero irremediable. Le bastaba muy poco tiempo para arreglar las cosas de modo que la cúpula dejara de suministrar energía. Entonces, la Luna se encontraría con sólo veinticuatro horas de vida. Sería un ultimátum que no podría ser desoído. Cualquier acto de defensa, cualquier acción contra el ejército que avanzaba hacia la Luna representaría un consumo vital de aquella energía que no podría ya reemplazarse. No quedaría más remedio que aceptar la derrota. Gabriel, al final, vencería.

Sabía, no obstante, que aquella sería una victoria difícil y poco honrosa. Nadie le agradecería lo que iba a hacer, lo sabía. En el caso anterior, si el pueblo Selene hubiera aceptado la muerte de Fhur y el fin del cerebro electrónico, su figura hubiera quedado envuelta en la sombra, y su triunfo también. Ahora no. Sabía que después de su acción tendría que tomar una resolución inevitable. A pesar de todo, nadie le perdonaría nunca lo que iba a hacer. Su único final sería la destrucción.

Pero no importaba. Ante él se alzaba su misión, sobre todas las cosas y por sobre todos los pensamientos. Un robot debía servir a los hombres, a la Humanidad entera. Fuera de esto, no importaba su propia vida.

Ni su muerte.

Anduvo cuidadosamente en dirección al elevador. A su izquierda, en algún lugar de aquel mismo nivel, resonaban gritos y rumor como de lucha. Las luces que iluminaban los corredores que formaban las calles parecían más blancas, más frías y más impresionantes que nunca. Aceleró el paso: debía llegar al elevador lo antes posible.

Pocas personas se cruzaban con él. Todos eran Selenes. Le dirigían rápidas miradas y apretaban el paso. Otros le miraban con insolencia, con odio casi. Pero nadie le dijo nada. Gabriel estaba seguro de que si alguien le hubiera detenido, le hubiera interpelado o le hubiera tan sólo insultado, todos los demás se hubieran lanzado contra él. Los hombres eran así; se sentían valientes cuando iban en grupo, o cuando alguien se adelantaba. Aisladamente, tenían miedo. No querían comprometerse.

Fue al doblar la esquina de un corredor cuando el grupo se presentó ante él.

Casi chocaron. Era un grupo formado por unos ocho o diez Selenes, capitaneados por un gigante de casi dos metros y medio de estatura. Todos eran altos, de miembros débiles, genuinos Selenes nacidos y afincados en la Luna. Al verle se detuvieron, y Gabriel hizo lo mismo.

Durante unos segundos se examinaron mutuamente en silencio. El robot percibió claramente la pesada barra metálica que uno de ellos llevaba en una mano, a modo de arma. Todos ostentaban en sus rostros una actitud belicosa. Gabriel no tuvo que esforzarse para comprender sus intenciones.

El gigante, que parecía ser el que mandaba el grupo, avanzó unos pasos, contemplándolo fijamente con ojos brillantes. De su boca sólo escapó, como un trallazo, una palabra:

-¡Terrestre!...

Era bastante. Se lanzó contra el robot, esgrimiendo la barra metálica que llevaba en su mano. El cerebro de Gabriel envió inmediatamente una orden urgente a todos sus mecanismos musculares. Su cuerpo se movió rápidamente hacia un lado, en instantánea reacción, esquivando el golpe. La barra pasó tan sólo a unos centímetros de su piel.

Los demás Selenes del grupo empezaron a actuar, moviéndose de forma que le rodearan, mientras el gigante se lanzaba de nuevo contra él con un gruñido, furioso por haber fallado el golpe. Querían cortar la retirada y cercarlo para que no pudiera escapar. Por otra parte, Gabriel tampoco lo hubiera intentado. Su destino se encontraba ante él, no a sus espaldas. No podía retroceder.

Esquivó el nuevo golpe del Selene y actuó a su vez. Sabía que debía proceder de una forma rápida. Al tiempo que esquivaba lateralmente el golpe de la barra, alzó su mano. El armazón de acero que ocultaba su piel actuaba más firme que unas tenazas. Sus dedos agarraron fuertemente el brazo armado con la barra y dieron un brusco tirón. El Selene se sintió arrastrado hacia adelante. Gabriel lo soltó y hundió con fuerza su puño en el estómago de su contrincante. El Selene expelió todo el aire, y se inclinó. Un duro golpe en la cabeza, que retumbó en el silencio de la calle, terminó la lucha: el gigante cayó pesadamente al suelo, inconsciente, gravemente herido, o quizá probablemente muerto.

Los demás le habían rodeado ya, formando un prieto cerco, mientras dejaban que el otro se entendiera con el terrestre. Asistieron, sin acabarlo de comprender demasiado, a la derrota del gigante. Luego contemplaron a Gabriel. Era fuerte, pero ellos eran mayoría, y la mayoría siempre vence. Alguien gritó:

-¡Sucio terrestre!...

Y se lanzaron contra él, todos al unísono, con ansias de terminar cuanto antes el combate.

Gabriel se olvidó de que era un robot, se olvidó de que su misión era servir a los humanos. Ante él había surgido un obstáculo que se interponía en su camino. Era preciso

eliminarlo para poder llegar a su meta: No importaba que fueran hombres; era preciso quitar aquel obstáculo de enmedio.

Se entabló una lucha por una parte burda y furiosa, por la otra silenciosa y efectiva. Eran ocho hombres contra un robot. Gabriel recibía muchos golpes, pero apenas los sentía. Su constitución metálica resistía los más contundentes golpes sin afectarse seriamente, y Gabriel no conocía el dolor físico. Un puñetazo a cualquier parte de su blindada cabeza no producía el menor efecto; su tórax metálico articulado se combaba ligeramente, como una ballesta, al recibir cualquier otro golpe, pero no cedía. En cambio, sus golpes eran demoledoramente contundentes. Gabriel no se dejaba llevar por la furia ni por el ardor de la pelea. En todo momento conservaba el verdadero sentido de la situación y sabía lo que tenía que hacer en el segundo siguiente. Se movía con precisión matemática, sin desperdiciar ningún gesto, ningún movimiento. No golpeaba a menos que supiera que con ello iba a debilitar o a eliminar, al menos momentáneamente, a un enemigo. Sus golpes eran certeros, estudiados. Uno a la carótida. Otro a la cabeza. Un corto al corazón. Cada uno de sus movimientos producía el efecto que esperaba de él. Y cada uno de sus golpes tenía la virtud de hacer que un enemigo cayera al suelo o se retirara lanzando un grito de dolor.

Uno de los que le atacaban traía en sus manos un arma verdaderamente terrible. La había usado ya con otros terrestres y había dado un resultado estremecedor. Era una especie de barra larga y delgada, terminada en su extremo en una especie de arpón curvo. Se usaba para el arrastre de los bultos desde las naves que llegaban de la Tierra. Se enganchaba con el arpón en su embalaje blando, y se tiraba de la barra; la poca gravedad de la Luna hacía el resto. Era un instrumento terrible, y el que lo llevaba, empleado en el servicio de transporte y vigilancia de mercancías del astropuerto, sabía cómo debía usarlo. A un terrestre le había abierto el pecho de arriba a abajo con él, y a otro lo había dejado tuerto. Sabía que era útil y cuál era su utilidad.

Ahora, decidió usarlo de nuevo. El enemigo que tenían ante sí era muy resistente, parecía un verdadero coloso. Pero también debía de tener su punto débil. Estaba seguro de que no resistiría un golpe de aquello en el rostro sin lanzar un aullido y abandonar la lucha. Y entonces, el resto sería fácil.

Se preparó. Cinco de sus compañeros habían caído al suelo, derrotados. Y el terrestre parecía que no se agotaba. Recibía los golpes con entereza, fríamente, sin acusarlos en lo más mínimo. Y cuando encontraba la ocasión propicia, contraatacaba. Un sexto Selene cayó al suelo, alcanzado por un golpe que le hizo crujir peligrosamente la mandíbula.

El Selene se dispuso a actuar. La caída de su compañero había dejado un hueco aprovechable. El terrestre se encontraba vuelto ligeramente hacia su izquierda, de modo que sólo podía ver vagamente sus movimientos. Aquella era la ocasión. Preparó su arma y se lanzó.

Fue un golpe certero. El arpón chocó contra el rostro del terrestre, clavándose en su piel, muy cerca de la sien. Y el Selene, lanzando un grito de alegría, tiró brutalmente hacia abajo. Se oyó un seco rasguído...

Y el hombre dejó escapar un grito. El terrestre, a pesar de la herida, no había demostrado el menor signo de dolor, no dejó escapar la menor exclamación. Y de su herida apareció, en vez de sangre, algo brillante, plateado, como si se tratara de un trozo de metal.

Repentinamente, el hombre comprendió. Comprendió el motivo de su fortaleza, de su impasibilidad, de su resistencia a los golpes, de que no sintiese el menor dolor ante aquella ancha y terrible herida. Gritó:

¡Dios santo, es un robot! ¡Es un robot!

El terrestre se volvió hacia él. Por una fracción de segundo pudo ver sus ojos fríos, en los que se reflejaba una determinación sin límites. Levantó el arpón, dispuesto a usarlo de nuevo. Pero el otro no le dejó hacerlo. Su brazo se adelantó con fuerza, golpeándole

lateralmente en el rostro. El Selene sintió el contacto de una cosa dura contra su mejilla. Le pareció por un instante que había sido golpeado con una barra de acero y sus huesos crujieron. Una invisible fuerza lo empujó inconteniblemente hacia un lado. Trastabilló y cayó al suelo. El arpón, situado en una posición desfavorable, se clavó profundamente en su brazo. Dejó escapar un grito, que repercutió dolorosamente en su cerebro, como en una caja de resonancia. Después, una espesa y turbia inconsciencia cayó sobre él.

Y Gabriel siguió golpeando. Ahora, su frío cálculo empezó a poblarse de deseos de terminar cuanto antes. Había sentido claramente cómo al desgarrarse su mejilla se rompían algunas de sus conexiones musculares, dejando la parte -herida de su rostro completamente inmóvil. Siguió luchando, golpeando a los que tenía ante él. Uno de ellos le amenazaba con una pistola, dispuesto a disparar, pero lo atajó con un fuerte golpe en la cabeza. Los huesos del Selene sonaron con un seco crujido, pero Gabriel apenas prestó atención. Ya no le importaba matarlos o herirlos. Sus brazos siguieron golpeando, ya sin aguardar la ocasión propicia. Los tres hombres que quedaban en pie fueron retrocediendo lentamente ante su empuje. Primero cayó uno. Luego, el segundo. Y Gabriel sintió una especie de extraño placer cuando hundió su férreo puño en el estómago del tercero y vio cómo se doblaba con un gemido de angustia.

Quedó unos instantes en pie, contemplando a su alrededor. Nueve cuerpos yacían en el suelo y de las heridas de algunos de ellos brotaba sangre. Se llevó la mano al desgarrón de la mejilla, por el que asomaba la estructura metálica de su cabeza. Comprendía que aquella era una complicación de gravedad. La herida dejaba al descubierto su verdadera naturaleza metálica, y el que se la había producido lo había visto inmediatamente. Era un peligro. Pero no tenía tiempo para regresar a los almacenes de energía y utilizar su cuarta máscara. Por una parte, tampoco le serviría, ya que algunos de los contactos musculares estaban inutilizados. Y por otra parte lo sucedido le demostraba que los ánimos de los Selenes estaban excitados, y que grupos de hombres recorrían las calles de Tumba uno dispuestos a terminar con todos los terrestres que encontraran a su paso. No podía arriesgarse.

Se inclinó hacia uno de los caídos y le arrancó la pistola que tenía en su mano. Se la metió en el cinturón y con una mano se cubrió la herida, intentando disimularla lo mejor posible. Miró a ambos lados de la calle, viéndola desierta. Los pocos Selenes que circulaban por allí se habían alejado prontamente al ver la pelea. Tenía el camino expedito.

Cubriéndose constantemente la herida con una mano, Gabriel echó a andar calle adelante. Su destino era uno: los elevadores que conducían a la cúpula principal de acceso a la ciudad.

El hombre que usó el arpón contra Gabriel no perdió completamente el sentido. Sumido en una especie de modorra producida por el golpe y la herida del arpón, vio como el robot se inclinaba sobre uno de los caídos, le cogía algo y se lo metía entre el cinturón y el cuerpo, echando a andar luego calle adelante.

Durante unos minutos permaneció allí, tendido en el metálico suelo, sin fuerzas para levantarse. El golpe recibido en la mejilla le dolía enormemente. Parecía como si un taladro le barrenara constantemente la cabeza. Intentó mover la mandíbula y una legión de finas agujas le atravesó toda la parte donde había recibido el golpe. Lanzó un quejido, y por unos instantes pareció que iba a desmayarse. Pensó que debía tener el hueso roto, y aquel pensamiento agravó su estado.

Pero no se desmayó. A través de una niebla que le enturbiaba la visión, vio como lentamente unas figuras se acercaban a él. Intentó levantarse y hacerles señas, pero se derrumbó de nuevo. Alguien se arrodilló junto a él, y una voz le llamó por su nombre.

-Rot, ¿qué ha sucedido?

Abrió los ojos y distinguió confusamente al hombre que le hablaba. Era un Selene, pero no podía ver su rostro. Forzó la vista y al fin pudo divisar claramente su cara. Lo

reconoció: era uno de los compañeros que trabajaban con él en la descarga y control de mercancías del astropuerto. Con una mano le arrancó el arpón, que todavía tenía clavado en el brazo, mientras con la otra le sostenía la cabeza, apoyándola en una de sus rodillas. Le contempló la mejilla, que tenía enormemente hinchada.

-¿Qué ha sucedido, Rot?

Intentó hablar; pero al querer mover la boca el dolor fue demasiado intenso. Hizo una seña al otro,, le indicó que le diera algo para escribir. El otro buscó en uno de sus bolsillos y le entregó una tablilla y un estilete. El herido, con letra insegura, escribió:

«El condenado perro. Lo atacamos, pero nos venció a todos. Es un terrestre, aunque no es un hombre. Es un robot, ¿comprendes? Un robot.»

Y escribió esto último con mayúsculas. Dejó el punzón, y suspiró. El otro se inclinó hacia él.

-¿Un robot, dices? ¿Hacia dónde fue?

El herido volvió a coger el punzón.

«Hacia allá -escribió-. Calle adelante. Creo que va hacia los elevadores. Es un robot, vi el metal. Un robot.»

El que lo sostenía quedó unos instantes indeciso. Miró a sus espaldas y vio a varios Selenes tras él, que se habían reunido al ver lo sucedido, curiosos. Depositó al herido en el suelo y se levantó. En su mano sostenía la tablilla.

-No sé si dice la verdad o no -dijo-. No creo que sea un robot, pero es un terrestre. Y ha herido a varios de los nuestros. Incluso quizá haya matado a alguno. Somos Selenes: ¿debemos consentirlo?

Algunos vacilaron y se apartaron ligeramente del grupo. Otros negaron enérgicamente con la cabeza. El que había hablado se volvió a arrodillar junto al herido.

-Vamos a buscarlo, Rot -dijo-. Es un cochino terrestre. Y pagará lo que ha hecho. Te lo juro.

Dejó la tablilla en el suelo y recogió el arpón del otro, empuñándolo con mano firme. Miró a los que estaban reunidos a su alrededor. No dijo nada. Clavó sus dedos en el duro metal del mango del arpón y echó a andar con paso rápido calle adelante.

Las dos terceras partes de los que estaban junto a él le siguieron.

Se habían formado grupos de Selenes, unos diez o doce individuos en cada grupo, - con la misión autoimpuesta de terminar con todos los terrestres existentes en Tumba uno. No era ya solamente un deseo de venganza lo que les animaba, sino una sed asesina que no atendía a ninguna razón. El animal había asomado a la superficie del hombre y su presencia le había producido una espantosa sed de sangre. No se necesitaba ya ser un terrestre. Un Selene de la categoría de los enanos era considerado como un terrestre y tratado como ellos. La furia asesina se había desatado, y ya nadie podía detenerla.

Se cometieron verdaderas atrocidades. Amparándose en un sofisticado deseo de justicia, el Hombre dejó aparecer sus más bajos instintos. No se respetó nada. Y lo que empezó como un acto de justicia se convirtió muy pronto en una horrible carnicería.

El Selene que recogiera a Rot había formado parte de uno de aquellos grupos. Habían rondado las calles en busca de terrestres, atacándolos en el mismo momento en que se topaban con ellos. Luego, habían encontrado una mujer terrestre, y cuatro de ellos la habían arrastrado consigo, llevándosela y separándose del resto. Los que quedaron se dirigieron al edificio donde se encontraban confinados los terrestres por el Gobierno, y participaron en la matanza. Al terminar todo, el hombre se encontró solo. Vagó por las calles de los niveles inferiores, buscando un grupo al que unirse o un terrestre a quien matar. Así encontró a Rot.

Ahora, había encontrado una finalidad, satisfactoria. No le importaba demasiado que el terrestre fuera un hombre o un robot. Era un terrestre, y esto bastaba. Sus nudillos estaban blancos mientras sujetaba con fuerza el arpón. Su paso era decidido y sus intenciones inmovibles.

Por el camino encontraron a otros Selenes, otros grupos que se les unieron al saber lo que buscaban. Pronto se formó una comitiva de unos cincuenta hombres, que andaban rápidamente en dirección a los elevadores de la cúpula central. Rot había indicado que el robot parecía dirigirse a la cúpula central, quizá con la esperanza de robar algún vehículo exterior y huir de Tumba uno con la idea de reunirse con sus compañeros que se acercaban por el espacio. Si era así, era preciso detenerlo.

Y, efectivamente, Gabriel se dirigía hacia el exterior. Pero su intención no era la de robar ningún vehículo; no lo necesitaba. Su cuerpo resistía perfecta mente la temperatura y la carencia de atmósfera exterior. Podía andar por la superficie de la Luna sin necesidad de ninguna clase de escafandra acondicionada a presión.

Llegó al bloque de elevadores de la cúpula central, con la mano todavía sujetando la mejilla desgarrada. Penetró en una de las cabinas y cerró la puerta a sus espaldas. Pulsó el mando correspondiente a la cúpula y el ascensor se puso silenciosamente en movimiento.

Sabía que en la cúpula se encontraban cinco soldados Selenes de guardia, y que las tres salidas estaban cerradas permanentemente. Pero confiaba en que lograría llegar a una de ellas. Los guardias no se esperaban su presencia; podría indudablemente sorprenderlos. De aquel factor dependía el éxito del resto de su empresa.

Pero Gabriel no sabía que los que le seguían conocían cuál era su destino. Y que uno de ellos tuvo la idea de llamar al retén de guardia, previniéndole. La idea fue unánimemente aceptada, y se efectuó la llamada.

Y cuando Gabriel salió de la cabina del elevador, cinco fusiles protónicos le apuntaban desde el otro lado de la puerta.

XV LA LUCHA

Gabriel Vilalcázar oyó hablar de lo que ocurría con los terrestres de Tumba uno cuando ya casi todo estaba consumado.

Se encontraba en lo que era a la vez cuartel general de la milicia Selene y cárcel provisional de detenidos políticos. A pesar de lo que había dicho el presidente en su conversación, Fhur no había quedado completamente convencido de sus palabras. En el fondo creía que Vilalcázar debía de tener algún punto de contacto con el robot; era imposible que una máquina pensara y actuara completamente por sí sola, sin ninguna directriz. Por esto, y como medida de precaución, había hecho retener a Vilalcázar hasta que todo se aclarara. Después, Fhur había muerto, y las precipitaciones del momento habían hecho que continuara retenido allí, sin que nadie se acordara del motivo ni de la finalidad de todo ello.

A aquella detención debía Vilalcázar su vida. La prisión provisional de detenidos políticos -que albergaba a los que, sin estar presos, no podían permanecer, por algún motivo en completa libertad- se encontraba rodeada por los edificios de los cuarteles. Era, por lo tanto, totalmente inexpugnable. Ningún Selene concibió la idea de asaltarla para terminar con los pocos terrestres que había en ella. Los detenidos políticos fueron, por lo tanto, los únicos terrestres de la Luna que se salvaron de la matanza.

Vilalcázar había entablado relación de amistad con otro terrestre retenido-, un danés del que sólo conocía su nombre, Ernest. Había venido a la Luna clandestinamente, sin ninguna clase de permiso ni documentos, y sin que pudiera justificar legalmente el motivo de su viaje. Apenas llegado a la Luna, había sido detenido y se había cursado la orden de devolverlo a la Tierra. Pero por aquel entonces se cortaron las comunicaciones entre el satélite y el planeta, y el danés se había visto obligado a quedarse en la Luna, siendo confinado en la prisión provisional de retenidos hasta que se solucionara la cuestión.

Aunque a él no le había importado aquello en absoluto. Vivir en un sitio o en otro... lo primordial era vivir, y él lo hacía.

El régimen de la prisión provisional de detenidos era muy liberal. En realidad, no era tal prisión, ya que todos los detenidos allí no estaban acusados de ningún delito. Se les permitía hacer vida normal, con la única prohibición de salir de los límites del recinto en que estaban confinados. Por lo demás, no podían considerarse enteramente detenidos. En sus habitaciones podían tener libros, instrumentos de escritura, estereovisión... Cualquier retenido podía solicitar lo que deseara, excepto salir al exterior, con la seguridad de ser inmediatamente atendido.

El danés era un ser enteramente inadaptado. El mismo decía que debía de haber nacido en la Edad Media y no a principios del siglo xxii. Su época no era aquella. Su ideal era vagar de un sitio a otro sin rumbo fijo, contemplando la naturaleza, viviendo en estrecha contacto con ella... Y en aquella época la naturaleza como tal era algo que se encontraba en trance próximo de desaparecer, absorbida completamente por el progreso mecánico. Odiaba las máquinas por lo que eran y lo que representaban, y cuando supo que Vilalcázar era cibernético se apartó de él con prevención. No fue hasta más tarde, cuando conoció cuáles eran sus ideas. al respecto, que se le acercó. Y pronto enlazaron sus sentimientos en cierto modo paralelos bajo la capa de una naciente amistad.

El danés había montado dentro del círculo de la prisión provisional un servicio de información gratuito realmente excepcional. Cuando la muerte del presidente y la destrucción del cerebro electrónico, él fue el primero en dar la noticia. Y se quedó grandemente sorprendido al ver que Vilalcázar fruncía el ceño al oírla.

-¿Qué te sucede? -le preguntó.

-Nada -respondió Vilalcázar---. Sólo que me parece que sé quién ha sido el autor de esto.

Ernest se le apartó un poco, entre sorprendido y asustado. Vilalcázar era un detenido especial, y el danés sabía que había sido el propio presidente quien había ordenado su detención. Aunque a menudo había intentado averiguar el motivo de aquello, Vilalcázar no se lo había dicho nunca. Y aquella ignorancia había hecho que Ernest considerara al cibernético como un caso aparte dentro de su círculo. Sus palabras lo apartaron durante un corto tiempo de él. Pero cuando supo lo que sucedía con los terrestres, acudió rápidamente a decírselo.

Vilalcázar le escuchó silenciosamente. Fumaba un cigarrillo de combustión lenta, y le ofreció otro al danés, que lo aceptó inmediatamente. Durante unos minutos permaneció contemplando los giros que hacía el humo del cigarrillo al ascender por el aire. Luego, tiró el resto del cigarrillo y alzó las manos, colocándoselas a la altura de sus ojos. Las contempló pensativo unos instantes.

-Y los preparativos para la guerra siguen sin interrumpirse -musitó.

El danés asintió enérgicamente con la cabeza.

-Están preparando ahora una serie de líneas de fuerza en torno a las cúpulas de acceso a las Tumbas, de modo que nadie se pueda acercar demasiado a ellas sin recibir una descarga de energía que lo aniquile. De este modo se convertirán en algo así como una fortaleza inexpugnable.

-Salvo si lanzan un proyectil destructor y hundan los basamentos superiores de la ciudad.

-Pero esto representaría destruirla enteramente, y a los terrestres no les interesa. Además, si lo hicieran, nosotros tomaríamos represalias. Los cohetes volarían hacia la Tierra, y no creo que les gustara mucho ver desaparecer sus ciudades bajo una seta.

-Sí, lo sé, lo sé. -Se detuvo unos instantes y de pronto preguntó:- ¿A favor de quién te inclinas en esta lucha, Ernest? ¿De los terrestres, o de los Selenes?

El hombre le contempló sorprendido.

-¿A favor de quién? Pues, la verdad, no se me ha ocurrido pensarlo nunca. Creo que..., no, no voy a favor de nadie. Al fin y al cabo, la guerra no me gusta. Muere demasiada gente en ella.

-Pero al hablar de los Belenes dices nosotros, y al referirte a los terrestres los llamas ellos.

-Bueno, sí. Porque ahora me encuentro en territorio Selene. Si estuviera en la Tierra diría nosotros refiriéndome a los terrestres, y ellos a los Selenes. Es cuestión de localización. No me considero terrestre, pero tampoco me considero Selene.

Vilalcázar se puso en pie. Se encontraban en el salón común de descanso, sentados en sendos sillones anatómicos. Volvió a contemplarse las manos.

-Sí, tienes razón -dijo-. Y esto es lo peor; no saberse de un bando ni de otro. Sólo así se puede ver la magnitud de lo que está a punto de suceder.

-Bien, pero nosotros no podemos hacer nada. De modo que es mejor que no nos preocupemos.

Vilalcázar asintió.

-Sí, es mejor. Aunque... conozco a alguien que no aceptaría estas palabras. El cree que sí se puede hacer algo. Al menos lo intenta. Aunque cada vez me doy más cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos.

El danés le contempló unos instantes, sorprendido.

-¿Alguien, dices? ¿Alguien que intenta poner fin a lo que está sucediendo? -en su mente se perfilaba el enigma del porqué Vilalcázar había sido retenido-. ¿Quién es?

Vilalcázar sonrió. Movi6 lentamente la cabeza de un lado para otro.

-No lo creerías si te lo dijera -murmur6-. No lo creería nadie. No lo creería ni yo mismo, si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

Gabriel se detuvo al salir del elevador. Ante 6l, los cinco soldados le apuntaban firmemente con sus fusiles, dispuestos a disparar al menor sntoma de violencia. Uno de ellos orden6 con voz firme y cortante:

-¡Levante las manos! ¡Y no se mueva! ¡Dispararemos al menor intento de agresión por su parte!

Gabriel permaneci6 unos instantes inm6vil, mientras su cerebro se adaptaba a la nueva situaci6n planteada, examinándola r6pidamente desde todos los ángulos posibles. Luego, obedeci6. Su cerebro acababa de decirle que no podía hacer nada m6s que obedecer, al menos por el momento. Levant6 las manos, y permaneci6 inm6vil.

Uno de los soldados avanz6 hasta 6l, y le arrebat6 el rev6lver que llevaba en el cintur6n. Luego, sus ojos se fijaron en el desgarr6n de su mejilla.

-¡Cristo! -exclam6-. ¡Es cierto!

Por la parte en que la piel colgaba, dejando ver su interior, podía apreciarse claramente el recubrimiento met6lico de la cabeza de Gabriel, con toda su serie de conexiones y contactos. No podía existir ninguna duda acerca de su identidad; la ausencia de sangre en lo que en un hombre normal hubiera sido espantosa herida, lo que se veía a trav6s de ella, era suficiente para convencer al m6s esc6ptico. Si alguien tuviera alguna duda acerca de ello, un ligero vistazo a aquella herida le hubiera convencido de que efectivamente se trataba de un robot.

El soldado se retir6 lentamente, sin poder apartar la vista de la mejilla herida. Sus labios murmuraron unas palabras que fueron casi inaudibles.

-Es un robot. Un robot.

Los otros soldados se miraron entre s6. Habían recibida el aviso, y habían acudido a cortarle el paso al pretendido robot. Pero, ¿qu6 debían hacer ahora?

El que parecía mandar el pelot6n se acerc6 a Gabriel, y observ6 incrédulo la mejilla desgarrada. Luego se enfrent6 con el robot.

-¿Quién eres? -preguntó con voz firme, queriendo aparentar decisión-. ¿Cómo te llamas?

Gabriel no respondió. Seguía completamente inmóvil, como una estatua, sin mover el menor músculo. Sus ojos, aunque no perdían detalle de lo que ocurría a su alrededor, permanecían fijos en un punto indeterminado del espacio, como perdidas.

El soldado retrocedió de nuevo, y se pasó una mano por la cara. Aquello no le gustaba, no le gustaba en absoluto. Comprendía que debía tomar una resolución, pero no sabía qué hacer.

-Es preciso que informemos a la superioridad -murmuró, creyendo haber encontrado una vía de escape-. Ellos son quienes deben decidir lo que debe hacerse. -Y volviéndose a uno de los soldados, le ordenó que se dirigiera a la cabina de comunicaciones para informar lo sucedido.

El soldado obedeció, desapareciendo en dirección a un corredor que se abría a la izquierda de la estancia. Y en aquel mismo momento otro elevador llegó al piso, deteniéndose en su nivel, y de él salieron en tromba los hombres que seguían a Gabriel. Habían utilizado el elevador de cargas de gran capacidad, y por eso aparecieron la mayoría de ellos. Se detuvieron a la entrada, y durante unos momentos contemplaron el grupo. Luego, el que los capitaneaba se adelantó, empuñando el arpón. Tras él le siguió otro Selene, en cuya mano lucía un afilado estilete.

El soldado que mandaba el reducido pelotón avanzó también, adelantando el fusil.

-¡Alto! -gritó-. ¡Deténganse!

El Selene le observó unos instantes. Luego miró a Gabriel, que seguía completamente inmóvil frente a los fusiles de los tres soldados restantes.

-Esté hombre es nuestro -dijo-. Es un terrestre.

-No es ningún hombre -el soldado seguía manteniendo el grupo a raya con el fusil-. Es un robot.

El Selene pareció quedar confundido unos instantes.

-De modo que al final Rot tenía razón -murmuró-. Es un robot.

El soldado se sintió un poco más tranquilo al oír aquellas palabras. Hizo una seña a los otros con el fusil.

-Retrocedan y vuelvan abajo. Aquí no tienen nada que hacer; están en terreno ocupado militarmente.

-Todos somos militares ahora -observó el otro-. Además, este hombre... este robot ha herido a algunos de nuestros compañeros. Quizá haya matado a alguno. Debe responder de ello.

-No importa lo que haya hecho. He dicho que vuelvan abajo; aquí no tienen nada que hacer.

El Selene miró a sus compañeros, que permanecían silenciosos a su espalda. Muchos se encontraban indecisos, pero algunos, los que habían formado parte de grupos antiterrestres, estaban dispuestos a llevar el asunto hasta el final. Sin embargo, los cuatro soldados estaban preparados, y tenían fusiles. Y con una sola ráfaga podían barrerlos a todos ellos.

El cerebro de un robot es extraordinariamente rápido en pensamientos. Apenas había percibido a los cinco soldados apuntándole en la puerta del elevador, el cerebro de Gabriel había examinado la situación y dictado que no había nada que hacer por el momento salvo obedecer y esperar los acontecimientos. Ahora, éstos mostraban un giro favorable. Los tres soldados que le apuntaban atendían más al grupo de Selenes que a él; la vigilancia estaba descuidada. Un robot puede ser extraordinariamente rápido en movimientos, pasando en milésimas de segundo de la inmovilidad más absoluta al movimiento más veloz. En fracciones de segundo los circuitos de Gabriel analizaron completamente la situación, y marcaron el mejor camino a seguir. Le repugnaba la violencia por sí misma, pero la admitía como cosa necesaria si no podía hacer nada más.

Ahora, sólo tenía un camino ante él. De modo que aprovechó las circunstancias, y lo siguió.

El soldado que se encontraba en el extremo izquierdo del grupo apenas tuvo tiempo de darse cuenta de lo que sucedía. Gabriel se plantó en dos saltos a su lado, y dos manos de hierro le arrebataron el fusil, al tiempo que un golpe lo lanzaba con violencia hacia atrás por los aires. En pocos segundos Gabriel tenía el fusil en posición de disparar. Sabía que amenazar a los demás soldados y al grupo de Belenes era un riesgo demasiado grande para correrlo. Por eso, en vez de hacerlo, disparó directamente.

Fue una corta ráfaga de fuego y humo, dirigida directamente al grupo Selene. Varios hombres se retorcieron, lanzando agudos gritos de dolor al sentir el contacto ardiente de la descarga en su carne. Por unos instantes reinó en el grupo una intensa confusión. Y Gabriel la aprovechó para lanzarse hacia la puerta que conducía a la más próxima esclusa de salida.

Transcurrieron unos instantes antes de que volviera a normalizarse la situación. Cinco hombres yacían en el suelo, muertos o con grandes quemaduras en su cuerpo. Pero los demás los ignoraron de momento. Su primer impulso fue seguir al robot. Y así llegaron hasta la compuerta interior de la esclusa de salida. Pero aquí no había el menor rastro del robot.

Por unos instantes se miraron entre sí. El robot no tenía tiempo material de haberse embutido un traje a presión y haber salido al exterior. ¿Dónde se encontraba, entonces? El camino que había seguido no conducía a más sitio que aquél. No podía haberse lanzado sin traje al exterior, so pena de su vida.

So pena de su vida...

Por todos los cerebros circuló la misma idea. Era un robot. Y un robot podía vivir en el vacío de la superficie lunar. Los robots mineros de los yacimientos estaban contruidos especialmente para trabajar en la superficie sin ningún equipo especial. Y siendo así...

Se produjeron de nuevo unos instantes de confusión. Algunos, temiendo que desde el exterior el robot intentara vaciar el aire de la cúpula, retrocedieron decididos, acudieron rápidamente a buscar un traje a presión adecuado a su complexión, embutiéndoselo. Perdieron así un tiempo precioso. Cuando llegaron a la compuerta interior de la esclusa y trataron de abrirla, todos sus esfuerzos fueron inútiles. La compuerta exterior estaba abierta, y el mecanismo de seguridad impedía que pudiera abrirse una compuerta mientras la otra no estuviera herméticamente cerrada. No podía abrirse si no era forzándola, y no podía forzarse si no se quería que todo el aire de la cúpula escapara por la brecha.

¡Vamos a las otras esclusas! -gritó alguien, recordando que cada cúpula estaba provista de tres accesos al exterior.

Pero fue también inútil. Las tres estaban abiertas por su compuerta exterior. El robot había calculado bien lo que tenía que hacer. Aquella cúpula. estaba completamente inutilizada hasta que alguien, desde el exterior, cerrara las compuertas. Era preciso intentar salir por. alguna otra.

Uno de los soldados comunicó rápidamente con los restantes puestos de guardia, advirtiéndoles que abrieran las compuertas interiores de sus accesos para que el robot no pudiera inutilizarlas por el exterior. Luego pasó aviso de lo sucedido a la superioridad. Instantes después, los elevadores descendían rápidamente, en busca de un nuevo acceso para salir al exterior. La batalla contra el robot iba tomando carácter general.

El mecanismo del cerebro de un robot es algo sumamente complicado. El simple hecho de pensar, que a un hombre le parece algo extremadamente sencillo, requiere un gran número de operaciones. Y cada nuevo factor que aparece ante nosotros modifica la marcha de nuestros pensamientos, introduciendo nuevos elementos de juicio y haciendo que nuestra mente adopte rumbos a veces insospechados.

Gabriel había dejado en su cerebro una sola idea, centralizadora de todos sus impulsos y de todas sus demás ideas: la de la misión que debía realizar, y los medios que debía emplear para ello. Cada acontecimiento que surgía ante él, cada paso que daba, era un nuevo factor que entraba en sus circuitos, imprimiéndose en ellos indeleblemente. Su cerebro, en fracciones de segundo, estudiaba aquella idea, empleando para ello todos sus conocimientos anteriores, haciendo que todo el mecanismo se adaptara a ella y a la nueva situación creada por ella. Cada nuevo factor representaba una variación, un cambio en su línea de conducta. Algunos eran cambios inapreciables, pero otros transformaban completamente lo que debía hacer. Eran nuevos acontecimientos que debían tenerse en cuenta, a fin de obrar de acuerdo con ellos.

Cuando salió al exterior de la cúpula, su cerebro se había amoldado ya a la nueva situación creada por los últimos acontecimientos, estudiándola y marcando, de acuerdo con ella, su nueva línea de conducta. Por eso dejó la compuerta exterior de la cúpula abierta, y abrió también las otras dos. Y por eso mismo no acudió a realizar idéntica operación en las otras cúpulas, sabiendo que los que quedaban en el interior avisarían a las otras para que impidieran sus propósitos antes de que pudiera realizarlos.

Su cerebro se adaptó rápidamente a la nueva situación, marcando su nuevo camino. No pensó en lo más mínimo en lo que había dejado a sus espaldas, salvo para aplicarlo a su futura línea de conducta. En su mente no se representaba la idea de que había matado a cuatro hombres, a cuatro seres humanos, con una simple presión de uno de sus dedos, excepto para considerarlo como factor integrante del plan que tenía en su cerebro. Gabriel miraba hacia el fin; no se detenía a examinar y analizar todos los medios.

En el exterior echó a andar hacia la cúpula de energía. Podía ir en busca de algún vehículo, pero era demasiado expuesto; prefería no arriesgarse. La cúpula de energía estaba algo alejada, pero él no conocía el cansancio. Sus pasos se hicieron rápidos, veloces. Y la escasa gravedad lunar le ayudó. Su marcha fue aumentando de ritmo, hasta convertirse casi en una carrera. Su figura se fue alejando por entre las sinuosidades del suelo lunar, sorteando las grietas y los montículos, hasta que desapareció por completo. Entonces, y en torno a las cúpulas de Tumba uno, volvió a reinar la soledad. Y la Luna volvió a convertirse aparentemente en el mundo muerto que parecía ser.

Robert Spar, comandante en jefe del ejército Selene, era un hombre viejo de escasos y plateados cabellos, cuya estatura alcanzaba los dos metros y medio. Había sido uno de los primeros colonizadores de la Luna y hacía veinte años que ostentaba el máximo poder sobre el ejército, primero a las órdenes de la Tierra y después a las del gobierno Selene. Sus ideas respecto a la Tierra eran claras y bien definidas, y podían resumirse en sólo tres palabras: era otro planeta. Y, por lo tanto, nada tenía que ver con ellos. Acogió con entusiasmo el Manifiesto de autonomía, y su único comentario ante la noticia de la inminente guerra fue: «Ahora van a ver estos parásitos». Con ello expresó el concepto que le merecían los terrestres, y marcó la que iba a ser su línea de conducta.

La noticia de lo que ocurría en la cúpula central de Tumba uno le llegó cuando se encontraba estudiando sobre un plano lunar los posibles escenarios de las futuras operaciones. Recibió el comunicado con gesto hosco. Lo leyó rápidamente. Miró al que le había traído el mensaje.

-¿Es esto una broma? -murmuró de mal talante-. ¿Cómo puede imaginarse un robot haciendo todo lo que este papel dice?

El oficial se cuadró.

-Así es como lo hemos recibido, señor.

El ayudante del coronel observó el mensaje por encima del hombro de éste, y opinó:

-Creo que sería conveniente informar al consejo, mi coronel.

El aludido se volvió hacia él.

-¿Está usted loco? Bastantes preocupaciones tiene con el ataque terrestre para ocuparse de hombres, robots o lo que sea. No creo que esto sea tan importante como para distraer su atención. Podemos resolverlo nosotros mismos.

-Pero es preciso tomar precauciones.

-Ya lo sé. Y eso vamos a hacer. Pero no podemos distraer muchas fuerzas. El ataque terrestre es inminente, y debemos estar preparados.

-¿Cuál es la orden entonces, señor? -indagó el oficial.

El coronel vaciló unos instantes.

-Que salga un grupo de vehículos de superficie armados e intenten cortarle el paso - dijo al fin-. Y que cierren las compuertas interiores de paso a la cúpula de energía, marcando estado de emergencia. Si no lo capturan o lo matan o lo destruyen en la superficie, lo acorralarán en la cúpula auxiliar, y allí lo tendrán a su disposición. ¡Pero que lo hagan rápido!, ¿entendido? No podemos perder mucho tiempo ni muchos hombres. Liquiden rápidamente este asunto, y vuelvan a sus puestos de combate. Después ya me pasará la orden para su firma.

El oficial saludó, dio media vuelta y salió de la habitación. El coronel miró maquinalmente el comunicado, y lo arrojó después sobre la mesa. Se volvió hacia el mapa lunar, y volvió a enfrascarse en su estudio.

La cúpula de energía estaba constituida en realidad por dos cúpulas, una al lado de la otra, unidas entre sí por un túnel a presión. El peligro de que los productores atómicos de energía estallaran había hecho adoptar aquella precaución: los mandos y los controles se encontraban en la cúpula auxiliar, convenientemente aislados. Además, en el interior de la cúpula principal la radiación era bastante intensa, lo suficiente para afectar a cualquier hombre que penetrara mucho por allí. Los especialistas que periódicamente revisaban los instrumentos no penetraban nunca en la cúpula general, y cuando debía hacerse alguna reparación imprescindible en ella se empleaban robots guiados por mando a distancia. No podía penetrarse en la cúpula general si no era pasando primero por la auxiliar, y cualquier percance que aumentara el nivel de la radiación hasta un punto considerado como seriamente peligroso cerraba automáticamente, mediante siete gruesas; compuertas situadas en el túnel a presión, todo contacto entre las dos cúpulas.

Las compuertas de seguridad eran de funcionamiento automático; no podían cerrarse si no era aumentando el nivel de radiactividad en el interior de la cúpula general. Pero esto último podía hacerse desde Tumba uno mediante una reversión de los mandos del almacén de energía. La energía era devuelta a la cúpula general, y esto elevaba el nivel de la radiación. Cuando este nivel alcanzaba la cifra tope, las compuertas de seguridad, automáticamente, se cerraban.

La orden del coronel Spar fue cumplida así inmediatamente. Al mismo tiempo que el grupo de vehículos de superficie salía de Tumba uno, un técnico invertía los controles de los almacenes de energía de la ciudad.

Y precisamente en aquel momento, Gabriel llegaba a la cúpula auxiliar de energía.

Fue como si un inmenso reloj sincronizara todos los movimientos. El robot necesitó unos minutos para penetrar en la cúpula auxiliar. Y en aquel breve lapso de tiempo, el nivel de radiactividad en la cúpula general alcanzó el punto máximo de seguridad. En el cuadro de mandos de la cúpula auxiliar se encendió una luz roja, al tiempo que un timbre de alarma empezaba a sonar, avisando de lo sucedido. En los controles de todas las tumbas repiquetearon timbres de alarma. Y el cerebro que en Tumba uno suplía desventajosamente al desaparecido cerebro coordinador apareció una nota que puso en conmoción todo el sistema de alarma de la ciudad.

Un ser humano hubiera quedado anonadado ante aquel golpe, incapaz de reaccionar. Nadie soporta con entereza el ver derrumbarse todos sus planes por sólo centésimas de segundo de retraso. Gabriel, sin embargo, no se inmutó. Había calculado el tiempo y

considerado que tenía el suficiente como para llegar hasta la cúpula general. Sin embargo, su cálculo se había basado en una base falsa: la de que la reacción del ejército Selene sería más lenta. El brusco cambio de situación hizo que durante unos segundos permaneciera inmóvil en la entrada de la cúpula auxiliar, contemplando la luz roja y oyendo el timbre de alarma que avisaba el cierre de las compuertas y el aislamiento de la cúpula auxiliar.

Sin embargo, su mente no cesó de trabajar ni un momento. Había llegado tarde en aquel punto, pero todavía no estaba todo perdido. En su mano conservaba aún el fusil que usara en la cúpula central de Tumba uno, un fusil que disparaba tanto dentro de una atmósfera de tipo terrestre como en el más completo vacío. Y con un fusil podía abrir un boquete lo suficientemente ancho en el costado de la cúpula general de energía, por el que pudiera penetrar en ella. El vacío no afectaría en lo más mínimo a los mecanismos internos de la cúpula, contruidos para poder trabajar en el vacío, en previsión del impacto de meteoritos de gran tamaño. Y la radiación tampoco le afectaría a él, cuyo cuerpo estaba contruido con las protecciones necesarias.

Se dirigió hacia la salida, dispuesto a rodear la cúpula. Pero en aquel mismo momento el reloj que parecía sincronizar todos los acontecimientos a su alrededor marcó otro segundo. Y Gabriel comprendió que había fallado también en este extremo. Los vehículos de superficie del ejército Selene habían llegado ya hasta allí, y estaban tomando posiciones. De ellos empezaron a salir hombres, que se dispusieron en líneas, rodeando completamente la cúpula. La orden que habían recibido era terminante: si el robot intentaba huir, debían disparar. No existía otra alternativa.

Gabriel quedó unos instantes inmóvil junto a la lucerna de observación lateral de la cúpula, contemplando cómo los hombres, grotescos dentro de sus trajes de vacío, iban ocupando posiciones. Había jugado una carrera contra el tiempo, pero había llegado demasiado tarde. Había perdido. Los Selenes se le habían adelantado.

El transmisor de que estaba provista la cúpula empezó a emitir en aquellos momentos su señal de llamada. Gabriel volvió primero al rostro hacia allá, y luego se acercó al aparato. Movi6 la clavija que establecía la comunicaci6n, y escuch6.

A trav6s del altavoz le lleg6 una voz met6lica:

-Atenci6n, quienquiera que sea el que se halle dentro de la cúpula auxiliar de energía. Se encuentra completamente rodeado, sin ninguna posibilidad de escape. Todos los accesos est6n cerrados o bloqueados. Entréguese sin resistencia. En caso contrario, nos obligar6 a matarle. ¿Ha entendido? Responda.

Hubo una pausa de- unos pocos segundos, y luego la misma voz:

-Atenci6n, quienquiera que sea el que se encuentre en la cúpula auxiliar de energía. Sé que nos est6 oyendo, aunque no quiera recoger el mensaje. Repetimos: se encuentra completamente rodeado, sin ninguna posibilidad de escape. Todos los accesos est6n cerrados...

Gabriel dej6 que la voz siguiera repitiendo lo que había dicho anteriormente, y se dirigi6 hacia la lucerna, observando la superficie lunar. Su cerebro seguía trabajando. Había asimilado los últimos acontecimientos, adapt6ndolos en su cerebro a su situaci6n actual y buscando una salida. Empez6 a examinar todas las posibilidades: las siete compuertas de seguridad, enteramente autom6ticas, estaban ideadas y contruidas independientemente, de modo que no pudieran fallar todas a la vez. El sabía que podían abrirse, conocía el medio de utilizar e invertir sus mecanismos, pero su realizaci6n llevaría demasiado tiempo, del que no disponía. Tambi6n podía intentar penetrar en la cúpula general abriendo un boquete con su fusil prot6nico, pero aquello representaría salir al exterior, y apenas le vieran asomar el cuerpo dispararían contra él.

Pero existía tambi6n una tercera soluci6n, y Gabriel no tard6 en hallarla. Era demasiado insegura, sus resultados podían volverse contra él. Pero en su situaci6n actual

era la única que podía utilizar. Y sabía utilizarla bien podría llegar a convertirla en un triunfo completo.

No tenía elección. Contempló aún unos instantes a través de la lucerna los movimientos de los soldados que tenía ante él al otro lado. Después, se dirigió de nuevo hacia el transmisor de la cúpula. La voz seguía repitiendo lo que había dicho ya anteriormente varias veces. Gabriel cortó la fonía, y lanzó la señal de contestación. Poco después empezó a emitir su respuesta.

XVI CALLEJON SIN SALIDA

Fue Ernest, el danés, quien dio a Vilalcázar la primera noticia referente al robot. Con su proverbial reserva respecto a todo lo que a máquinas se refería, explicó lo que en aquellos momentos corría ya de boca en boca por toda Tumba uno: que había sido hallado un robot que se hacía pasar por un ser humano en la ciudad, y que en la actualidad se había logrado acorralarlo por medio del ejército en la cúpula auxiliar de energía. Vilalcázar, que había empezado a escuchar sin demasiado interés el relato del hombre, prestó súbita atención a él.

-¿Un robot? -inquirió.

El otro vaciló un poco, pillado de sorpresa por aquel cambio de actitud.

-Sí -dijo-. Al menos, eso es lo que dicen. Aunque ya no acabo de comprender. ¿Cómo puede haber hecho un robot todo lo que dicen que ha hecho éste? Aseguran que ha matado incluso a algunos Selenes. Un robot nada menos. Yo me pregunto, ¿cómo puede matar un robot a un ser humano? ¡Es imposible!

Vilalcázar no respondió. En su mente acababa de formarse un cuadro completo, integrado por lo que había sucedido y el porqué había sucedido. Sabía qué era lo que Gabriel había ido a buscar en la cúpula de energía, y sabía también cuál era su situación actual. Parecía que el robot había perdido la partida, y esta vez definitivamente. ¿O quizá todavía no?

Observó unos instantes al danés, casi sin verle, sumido en sus propias meditaciones. Y de pronto.

-¿Estás seguro de que no tiene ninguna escapatoria? -preguntó.

-Esto es al menos lo que dicen. Al parecer le han lanzado un ultimátum, instándole a abandonar la cúpula sin resistencia, o en caso contrario atacarán. Aunque les retiene un poco el saber que probablemente tiene un fusil, arrebatado a uno de los soldados. De todos modos, está acorralado: la cúpula se encuentra completamente rodeada, de modo que es imposible salir de allí sin ser visto. No sé lo que sucederá ahora, pero estoy seguro de una cosa: ese robot, o lo que sea, no tiene ninguna salida. Si no se entrega, lo detendrán igualmente. Sea lo que sea lo que pretendía al ir allá, él mismo se ha encerrado dentro de un callejón sin salida. No tiene más que dos soluciones: o entregarse, o dejarse matar. Y no creo que ninguna de las dos le guste demasiado.

Vilalcázar sonrió levemente. Le vinieron a la memoria unas palabras que había dicho al robot, en su último encuentro. Le había vaticinado que llegaría un momento en el que no tendría más que dos caminos ante él para que pudiera seguirlos: uno, como hombre; otro, como robot. Ahora había llegado este momento. Al fin iba a saber.

Se levantó. El danés estaba hablando en aquellos momentos. Decía:

-Yo no creo que sea un robot como dicen, a pesar de todos los detalles que acumulan para demostrarlo. Un robot es, al fin y al cabo, una máquina, y una máquina no puede hacer ni la mitad de las cosas que dicen ha hecho éste, ¿no te parece?

Vilalcázar negó con la cabeza.

-Estás equivocado, Ernest -dijo-. Los que dicen que es un robot tienen razón. Al menos corporalmente, es un robot. Aunque mentalmente no esté tan seguro de ello.

-¡Pero esto es imposible! ¿Cómo creer algo así? ¿Y cómo sabes tú que es cierto? ¿Cómo tienes la seguridad de ello?

Vilalcázar sonrió de nuevo. Dirigió apenas una mirada al danés, antes de dirigirse hacia la puerta.

-Yo fui quien lo construyó -dijo.

El coronel Spar estaba enormemente preocupado. No había creído que las cosas pudieran llegar tan lejos. Se encontraba con el ejército terrestre casi a las puertas de su casa, y de repente se presentaba aquella complicación. Era preciso cortar de raíz todo aquello, pero lo malo era que no podían hacerlo. El robot o lo que demonios fuera que se encontraba encerrado en la cúpula auxiliar de energía aún tenía una baza que jugar, y la había jugado. Cuando se vio acorralado y sin escapatoria dentro de la cúpula, había enviado un mensaje amenazando con hacer volar desde allí todo el complejo del control de energías si no se accedía a sus peticiones. Acorralado como estaba, aún se atrevía a presentar exigencias. Y lo peor es que podía presentarlas.

Spar sabía que aquella amenaza no era una bravata. El cierre de las compuertas aislaba la cúpula general de energía, pero no cortaba los controles. El que aumentara el nivel de radiación no impedía que los productores de energía siguieran funcionando normalmente, y los mandos de la cúpula auxiliar seguían conectados a ellos. Para hacer lo que Gabriel amenazaba se necesitaba poseer una gran especialización, conocer el lugar preciso donde debía alterarse el mecanismo; pero si Gabriel era realmente un robot, sabría hacerlo. Su amenaza no era vana.

Pero no podían atenderla.

Cuando su ayudante apareció en su despacho, indicándole que uno de los retenidos políticos deseaba hablar urgentemente con él, estuvo a punto de mandarlo al diablo. Pero sintió una extraña curiosidad por saber quién era el que deseaba hablarle en aquellos momentos, curiosidad fruto de sus deseos de evadirse como fuera de aquella situación. Preguntó:

-¿Cómo se llama?

-Vilalcázar, mi coronel -indicó el oficial-. Ha dicho que deseaba hablarle con respecto al robot que se encuentra encerrado en la cúpula auxiliar de energía.

El general se levantó de su sillón de un salto.

-¿Y qué espera aquí? ¡Hágalo pasar inmediatamente!

Cuando Vilalcázar penetró en el despacho, lo estudió detenidamente, analizando cada rasgo de su rostro. No sabía con respecto a qué ni por qué motivos deseaba hablarle aquel hombre, y por eso hizo buscar a toda prisa su expediente. Cuando lo tuvo ante él y le hubo echado la primera ojeada, se sorprendió grandemente al descubrir que el tal Gabriel Vilalcázar era nada menos que el constructor del pretendido robot, y que había sido retenido precisamente por aquel motivo, en previsión de que tuviera alguna conexión directa con sus actos. El general Spar había oído hablar por primera vez del robot al tener noticia de lo sucedido en la cúpula general de acceso de Tumba uno. Por eso, no se sorprendió menos al constatar que su presencia se había hecho notar en los días anteriores a la muerte del presidente Fhur, y precisamente con relación al mismo.

Indicó a Vilalcázar una silla, sin dejar de examinarle atentamente. No podía llegar a imaginarse para qué quería verle aquel hombre, como no fuera para hablarle como mediador del robot. Porque su mente asociaba inmediatamente lo que hacía la máquina con los actos de su creador. Ido podía imaginar que fueran dos elementos distintos e independientes: debían existir entre ambos alguna- conexión.

-¿Qué es lo que desea? -inquirió, sin poder reprimir un cierto tono de brusquedad en su voz y mirando con suspicacia al visitante...

Vilalcázar cabalgó una pierna sobre otra, y observándole atentamente. Sus ideas respecto a lo que ocurría eran por completo distintas a las del coronel. Tras unos instantes de silencio, dijo:

-He sabido lo que está ocurriendo en la cúpula de energía. Y deseo hablar con usted respecto a ello.

El militar se puso en pie y empezó a pasear a lo largo de la habitación.

-Está bien; diga lo que tenga que decir.

¿Cuál es con exactitud la situación actual?

-¿Acaso no la conoce?

-Sé lo que se dice por las calles: que el robot ha sido acorralado en la cúpula auxiliar de energía por algunas fuerzas del ejército. Pero nada más. Desearía conocer con la máxima exactitud posible la situación actual.

-¿Para qué? -la voz del coronel parecía querer acusar a Vilalcázar de algo.

-No lo sé todavía. Tal vez para ayudarles. O para ayudarme a mí mismo. Todo depende de lo que usted me diga.

El coronel se sentó bruscamente en su sillón giratorio, observando fijamente a Vilalcázar.

-Usted es el constructor de este... de este robot, ¿verdad?

-Creí que lo sabía ya.

-Sí, lo sé. Pero quiero oírlo de sus propios labios.

-Está bien: sí lo soy.

-¿Y no sabe lo que está haciendo en estos momentos su robot?

-Es un ser por completo independiente de mí. No tengo ninguna clase de dominio sobre él.

-Sin embargo, usted es su creador.

-Una cosa no implica la otra.

-¿Qué es lo que pretende su robot con lo que está haciendo?

Vilalcázar movió lentamente la cabeza de un lado para otro.

-Hablando así no llegaremos a ningún sitio, coronel. Si he venido a su despacho ha sido porque creo que puedo y debo intervenir en este asunto. Yo fui el creador del robot. Y en estas circunstancias debo tratar de hacer algo.

-¿Por qué fue retenido? Vilalcázar suspiró.

-Escuche, coronel. Supongo que en algún sitio debe de existir un informe relativo a mí, y seguramente usted debe haberlo leído ya. Lo que no encuentre en este informe es algo muy largo de explicar, y no creo que tengamos tiempo para hacerlo. Le he hecho una pregunta, y creo que sería muy beneficioso para los dos que la contestara. ¿Cuál es exactamente la situación actual?

El coronel Spar permaneció unos momentos silencioso, trazando con su índice imaginarios círculos sobre la mesa. Respondió secamente:

-Ha amenazado con hacer volar la cúpula donde está encerrado si no atendemos a sus demandas.

-¿Y eso qué implica?

-La destrucción de los mandos de la cúpula de energía que regulan el cauce de emisión a las distintas Tumbas. El control se desbordará, y los almacenes de energía recibirán mayor cantidad de la que pueden almacenar. Tolo estallará. Y las Tumbas quedarán aniquiladas completamente.

-¿Cuáles son sus demandas?

El coronel Spar suspiró.

-Exige que la nación Selene no ofrezca ningún obstáculo a la invasión terrestre. En otras palabras, desea que nos rindamos.

-¿Y ustedes qué piensan hacer?

-Creo que es algo que a usted no le incumbe.

-Por supuesto. Pero yo creo que sería conveniente que me lo dijera de todos modos. Claro que también puedo adivinarlo yo mismo.

-¿De veras?

-Por supuesto. Ustedes se encuentran ahora ante una amenaza a la que solamente pueden responder con otra amenaza. Ustedes creen que el robot intenta favorecer a los terrestres, ¿verdad?

-¿Y qué podemos pensar?

-Nada más, es cierto. Y pensando esto, suponen que amenazándole con hacer algún daño considerable a la Tierra anularán su amenaza. Por lo tanto, dispondrán por ejemplo una conexión de la central de energía con algún grupo de cohetes teledirigidos que apunten a sitios vitales de la Tierra. De modo que si la cúpula estallara, los cohetes partirían hacia su destino. ¿Me equivoco?

El coronel negó con la cabeza.

-No, no se equivoca. Nuestros técnicos están trabajando en la actualidad en esto. Todos los proyectiles de alta potencia destructiva que tenemos como reserva están siendo conectados de modo que un aumento considerable en las líneas de energía los dispare automáticamente.

-Así, naturalmente, cuando el robot sepa lo que ustedes hacen, se encontrará inmovilizado, incapaz de llevar a cabo su amenaza, ¿no es cierto?

-Exacto.

-¿Y si a pesar de todo, la cumple?

Se hizo un silencio. Spar le miró sin responder. Vilalcázar se llevó una mano a la barbilla, y apoyó en ella la cabeza.

-Bien dijo-. Así, nos encontramos ante lo que podríamos definir como una jugada resuelta en tablas. Con la conexión de los proyectiles se garantiza que el robot no pueda cumplir su amenaza sin causar un serio daño a los terrestres. Pero con ello no están seguros de evitar que llegue a cumplir lo que ha amenazado. No tienen ninguna clase de garantía de ello. ¿Qué piensan hacer entonces?

El coronel volvió a levantarse y a pasear por la estancia. No respondió.

-Y el ejército de la Tierra se encuentra a punto de atacar. Si repelen su ataque, se exponen a que el robot cumpla a pesar de todo su amenaza por no haber aceptado ustedes lo que exigía. ¿Qué sucederá entonces?

El coronel se enfrentó bruscamente con él.

-¡De acuerdo, tiene razón! ¡Todo esto es cierto! Pero no podemos hacer nada, ¿no lo comprende? Nada más de lo que hemos hecho... y esperar... seguir esperando.

-Por supuesto, habrán intentado neutralizar de algún modo el poder que tiene el robot en sus manos, ¿verdad?

El coronel asintió con la cabeza.

-Hemos intentado cortar las conexiones que unen la cúpula auxiliar con la general y manejarlas desde aquí, pero es algo que requiere mucho más tiempo del que disponemos. No, no se puede hacer nada. Nos encontramos ante un callejón sin salida. Y lo peor es que no nos queda ni el consuelo de volvernos atrás.

-Pero la responsabilidad de la resolución es suya, coronel.

-¡Ya lo sé! El Consejo del Gobierno ha dicho que obre de acuerdo con mi buen criterio, lo que quiere decir que declinan toda responsabilidad. Soy yo quien debe enfrentarse con el problema. ¡Pero no encuentro ninguna solución!

-Yo podría encontrarle algunas, coronel. Aunque ninguna plenamente satisfactoria. Por un lado cabe la solución de atacarle directamente en la cúpula, aún a riesgo de que cumpla su amenaza. Otra, intentar cerrar los contactos, aunque requiera largo tiempo y sea difícil de realizar. Una tercera, hacer caso omiso de su presencia en la cúpula, y actuar como si no hubiera sucedido nada. Pero siempre les queda la misma puerta abierta: el peligro de que cumpla su amenaza. Claro que por otra parte existe la garantía

de que si el robot cumple lo que ha prometido la Tierra también recibirá su parte, pero no creo que sea muy consolador saberlo.

»Sin embargo, aún existe una cuarta solución. La más satisfactoria, y la única que no deja ninguna puerta abierta: acceder a los deseos del robot aceptando su petición. ¿Por qué no lo hacen? Sería la solución más lógica.

-Sabe que es imposible. Somos responsables ante toda una nación. Ella ha decidido su destino, y nosotros no podemos obligarla a torcerlo.

-Sí, es cierto. Los hombres somos así. Tenemos ante nosotros la razón, pero no sabemos aceptarla.

-¿Cuál será su decisión entonces, comandante? ¿Crear que el robot va a aceptar su derrota y seguir adelante? ¿O acaso estudiar antes mejor el asunto?

Spar se paró ante él.

-Usted es su constructor, Vilalcázar. Usted lo conoce mejor de lo que pueda conocerlo nadie. ¿Qué cree que hará?

-Es curioso -dijo-. Hemos estado examinando el asunto desde su punto de vista, coronel, sin detenernos a pensar en ningún momento que el robot se encuentra también en su misma situación. El también ha visto que su amenaza puede volverse contra sí y el beneficio convertirse en un perjuicio. Sabe que si lleva a cabo lo que amenaza hacer puede producir un cataclismo. El también tiene ante sí dos caminos que no puede eludir, y de los cuales puede escoger solamente uno. Comandante, ¿no se ha detenido en pensar nunca que sus actos no parecen ser los correspondientes a un robot?

Sí, Spar había pensado en ello. Lo había pensado cuando supo la amenaza de Gabriel. Y aquel pensamiento había sido el que le había hecho dudar respecto a la resolución a tomar. Si hubiera sido un hombre, hubiera sabido lo que debía hacer. Si hubiera sido enteramente un robot, también. Pero Gabriel había demostrado tener algo de ambas cosas. Y aquello era lo que le hacía vacilar.

-¿Qué quiere decir? -preguntó.

Vilalcázar juntó las manos.

-Desde que le di la vida se planteó ante mí esta cuestión. El robot que había creado no era en realidad tal robot; tenía muchos atributos que no correspondían a su naturaleza mecánica. Pero, ¿qué era entonces? Al crearlo intenté construir algo que fuera completamente idéntico, tanto física como mentalmente, a un hombre. Pero no pude quitar de él lo que debía tener de máquina, de autómatas mecánicos. ¿Cuál fue el resultado? ¿Acaso al darle todos los atributos y todas las cualidades de un ser humano llegué a infundirle algo muy parecido a un alma? Esta es la pregunta que me he formulado desde el momento en que lo conecté y que no he podido llegar a responderme todavía. La respuesta a esta pregunta se lo resolverá todo, le dará la línea de conducta a seguir. Pero yo no puedo dársela. Sé que es lo que hará usted a pesar de todo, porque usted es humano, coronel. Pero no sé lo que hará él al ver que su demanda no es atendida. ¡No lo sé, ¿comprende?! ¡No lo sé en absoluto!

Se produjo un largo silencio. Vilalcázar se pasó una mano por el rostro, como si quisiera alejar un pensamiento inoportuno que rondaba muy cerca de su cabeza.

-Coronel -dijo-, cuando he entrado aquí le he dicho que no sabía si venía a ayudarme a usted o ayudarme a mí mismo. Ahora ya lo sé. No me importa en absoluto lo que hagan ustedes; no me importa en absoluto que los Selenes y los terrestres se destruyan en una guerra estúpida, ni me importa que Gabriel cumpla su amenaza y destruya de una vez el loco conjunto de este mundo. Pero hay algo que necesito saber, algo que me persigue desde tiempo y que no puedo eludir aunque lo intento. ¡Necesito saberlo, coronel! ¡Es preciso que lo sepa!

Se puso en pie, y sus manos temblaban. El coronel Spar estaba sorprendido, indeciso. No sabía qué hacer. Tras un lapso de vacilación preguntó, con voz poco firme.

-¿Qué es lo que desea?

Vilalcázar se pasó de nuevo una mano por el rostro. Avanzó unos pasos hacia Spar.

-Quiero hablar con el robot, coronel. Exijo hablar con el robot. Necesito hablar con el robot.

XVII LA PREGUNTA

El grupo de ejército se había dispuesto en torno a la cúpula auxiliar de energía, rodeándola hasta el túnel a presión. Primero los soldados de infantería, con sus fusiles protónicos a punto. Tras ellos, los carros oruga, con sus cañones apuntando a la compuerta de entrada. Su consigna era una: disparar al menor intento del robot, al menor asomo de su figura. Mientras tanto, esperar.

Vilalcázar y el coronel Spar llegaron en un vehículo de superficie. Descendieron, y anduvieron a pie hasta la primera fila de soldados. El coronel pidió noticias.

-Absolutamente nada, señor. Está ahí dentro, pero no da señales de vida.

Spar miró a Vilalcázar.

-¿Cree que podrá llegar hasta allí?

Vilalcázar asintió con la cabeza.

-Me conoce, y sabe que soy amigo suyo. Comprenderá a lo que voy.

Miró hacia la cúpula, que reverberaba levemente bajo los últimos rayos del moribundo sol. Recordaba las últimas palabras de Spar. Había aceptado su demanda porque no podía hacer nada más. Estaba atado de pies y manos. Y su naturaleza de hombre no aceptaba aquella situación. En el fondo creía que él podía hacer algo para ayudarlo.

-Usted es su creador, Vilalcázar -le había dicho-. Cuando esté allí dentro, destrúyalo. Debe destruirlo.

El cibernético negó lentamente con la cabeza.

-No, coronel. Yo no puedo hacerlo. A pesar de ser un robot, cometería un asesinato. No puedo intervenir.

-¿Ni aunque dependa de ello la suerte de toda la Tierra?

-La suerte de toda la Tierra ha dependido siempre de los propios hombres. Si ellos no han sabido comprenderlo a tiempo, yo no puedo ayudarles. Lo siento, coronel.

Spar le cogió una manga de su traje a presión.

-Oiga, Vilalcázar. He aceptado lo que me ha pedido porque comprendo que usted es el único que puede resolver esta situación. Es su creador, es responsable de todo lo que él haga.

-No, coronel. Le agradezco que haya aceptado mi demanda, pero en esto está equivocado. Desde que lo creé, Gabriel se convirtió en un ser independiente; no soy responsable de lo que haga, como un padre no es responsable de los actos de sus hijos. Yo sólo siento, mi coronel. Pero no puedo hacer nada.

Se desprendió de sus dedos, y se dirigió hacia la cúpula. Spar fue a decir algo, pero lo pensó mejor. En el fondo, se dijo, indudablemente Gabriel Vilalcázar haría algo. Un hombre no podía quedarse impasible ante los acontecimientos en que veía podía intervenir. Hizo un gesto a los soldados para que le dejaran pasar libre, y contempló cómo avanzaba, andando lentamente, hacia la compuerta de la cúpula auxiliar.

Vilalcázar no apresuró el paso. Cuando llegó frente a la compuerta de acceso, se detuvo. No hizo el menor signo. Sabía que, desde el interior de la cúpula, el robot le estaría observando. Y que, si quería recibirle, abriría la compuerta.

La compuerta se abrió silenciosamente ante él.

Gabriel vio avanzar a Vilalcázar hacia la cúpula a través de la lucerna lateral de observación. Tardó un tiempo en reconocerle, pero su forma de andar, su silueta le dieron pronto la idea de su identidad. Cuando llegó frente a la compuerta de acceso pudo

observar claramente, a través del cristal azulado del yelmo que llevaba sobre su cabeza, los rasgos de su cara. Observó unos instantes la línea de soldados que aguardaban más lejos, y vio que no efectuaban ningún movimiento de avance. Cerró la compuerta interior, que había dejado abierta en previsión de cualquier ataque directo, y pulsó el botón que accionaba la exterior.

Vilalcázar penetró en la cúpula. Gabriel cerró, y volvió a dejar la compuerta interior abierta, de modo que nadie pudiera accionarla desde el exterior. Luego se detuvo a contemplar al hombre que acababa de entrar.

Vilalcázar permaneció unos instantes inmóvil. El robot había apagado todas las luces interiores y tan sólo la luz del sol penetraba muy oblicuamente por los miradores, dejando el resto sumido en una semipenumbra que hacía difícil identificar y distinguir los objetos. Durante unos momentos observó la figura que tenía ante sí. Luego saludó:

-Hola, Gabriel.

-Hola, Gabriel Vilalcázar -respondió el robot. Vilalcázar aguzó la vista, y pudo ver el desgarrón de la mejilla de Gabriel. Pensó que aquel era un detalle que no había previsto en toda su importancia al diseñarle, y que sería preciso rectificarlo. Luego, se rió de aquel estúpido pensamiento..

-Volvemos a encontrarnos -murmuró; y al instante comprendió que era una frase completamente vacía. En realidad, no sabía lo que tenía que decir. Le sucedía lo mismo que a muchas personas que, de tanto preparar lo que tienen que decir y cómo tienen que decirlo, olvidan completamente el modo de iniciar la conversación. Sus pensamientos se agolpaban de tal forma en su cerebro que no sabía cual dejar escapar primero. Permaneció silencioso, sin acertar a decir nada. Fue el propio robot quien tuvo que inquirir:

-¿A qué has venido?

Vilalcázar dirigió unos momentos sus ojos hacia el mirador, y a través de él hacia la estéril superficie lunar. Murmuró:

-No lo sé. Son tantas las cosas que bullen en mi cerebro, que no sé cual es la primera ni la más importante. Tenía necesidad de volver a hablar contigo. -Hizo una pausa y luego añadió:- Parece que las cosas no han ido tan bien como esperabas.

-No, es cierto. Pero no ha sido por mi causa.

-Quizá haya sido a causa de los hombres.

-Tal vez. Confieso que no llego a comprender enteramente la naturaleza humana. Es completamente extraña a mí. Tan extraña, que es como si me encontrara ante los seres de otro planeta, completamente distintos a mí en cuerpo y en mente.

-Tal vez sea por tu naturaleza de robot.

-Sí, tal vez.

Se produjo un nuevo silencio, más largo que el anterior. El rostro del robot estaba sumido en la penumbra pero sus ojos, por un raro efecto que Vilalcázar no supo discernir, brillaban levemente, como si fosforecieran. El hombre pensó que parecían los ojos de un muerto, y se estremeció.

-Los Selenes se encuentran indecisos y desconcertados -indicó-. Has conseguido enfrentarles con una situación sin salida.

-Pero ellos han encontrado una.

-No totalmente. Es una puerta, pero no saben a donde les conducirá. ¿Qué es lo que piensas hacer si no cumplen lo que les has pedido?

Los ojos de Vilalcázar escrutaban fijamente los ojos del robot. Sabía que de la respuesta de aquella pregunta dependía todo. Cuando Gabriel hubiera contestado, él ya sabría. Escuchó atentamente. El robot vaciló unos momentos. Tardó en contestar.

-¿Te han enviado ellos a preguntármelo?

-No, he sido yo mismo. Tengo curiosidad por saber cuál es la respuesta que vas a dar.

El robot bajó lentamente la cabeza.

-No lo sé -dijo al fin-. Parece que la respuesta tendría que ser una cosa fácil de dar, pero no lo es. Es difícil, muy difícil. Tanto, que en realidad no existe.

Vilalcázar adelantó inconscientemente un par de pasos.

-Entonces, ¿tú mismo dudas de lo que debes hacer?

-Sí. Sé que no debería ser así, que en la mente de un robot no puede existir en ningún momento la duda, pero así es. Tengo dos caminos ante mí, pero ninguno conduce a la solución que busco. ¿Por qué los hombres son tan extraños?

Vilalcázar sintió de pronto unos deseos locos de reír, de estallar en carcajadas. Una respuesta. Había estado deseando una respuesta. Y en vez de ello...

-Tal vez no sean los hombres los extraños, Gabriel -dijo, empezando a creerlo-. Tal vez seas tú.

-No, no es eso. Los hombres han tenido siempre ante ellos un camino lógico y natural a seguir. ¿Por qué han querido siempre ignorarlo y seguir otras sendas tortuosas y absurdas, esperando llegar a un final que todos saben -no llegará nunca? Es una cuestión que no puedo llegar a representarme con claridad. El hombre ha buscado siempre las dificultades, aún a sabiendas que ellas no lo conducirán al lugar donde desea llegar. ¿Por qué entonces las sigue buscando?

-Tal vez porque el hombre desea las complicaciones. La vida del hombre sobre la Tierra ha sido siempre difícil. El ser humano se ha acostumbrado a sortear constantemente las dificultades que iban surgiendo a su paso. Para alcanzar las metas que se proponía. Y quizá por este mismo hábito sea que se crea él mismo las dificultades que desea sortear. Digamos que el hombre es como un muchacho que desea jugar, pero que no encontrando ningún juego lo suficientemente emocionante para él, se lo crea a fin de lograr lo que ambiciona.

-Pero a veces este juego es peligroso.

-A los niños les gustan los juegos, peligrosos. En ellos demuestran que tienen valor, que son hombres.

-¿Insinúas acaso que el hombre quiere convencerse a sí mismo de que es lo que cree ser?

-Tal vez sea esto. El hombre se sabe imperfecto, y por este mismo motivo fabrica un camino que, a través de todas las pruebas, lo conduzca hasta la perfección anhelada.

-Pero esto es una contradicción. El hombre se está convirtiendo en un ser cada vez más imperfecto, él mismo se hunde cada vez más en el abismo de donde emergió. ¿Crees que esto es una lucha para alcanzar una mayor perfección?

-Creo que es la esencia y la razón misma de esta propia imperfección. El hombre es imperfecto; luego su pensamiento también lo ha de ser.

-Es una razón que no me convence. El hombre se encuentra ahora en el borde mismo de su propia destrucción. Y, sin embargo, tiene una solución lógica al alcance de su mano. ¿Por qué no la acepta y se ase a ella?

-Seguramente porque es una solución que no ha encontrado por sí mismo. Cuando el hombre fija su mente en un determinado objeto, le cuesta apartarse de la ruta trazada. No acepta que nadie le dé consejos.

-Y menos si este alguien es una máquina.

Vilalcázar no contestó. Se dirigió hacia la lucerna de observación, y miró unos instantes al exterior. Sin volver la cabeza, dijo:

-Ahí se encuentran los Selenes, esperando. La decisión se encuentra en tu mano: debes hacer algo. ¿Qué?

-Ya te he dicho que no lo sé. Por primera vez mis circuitos no me señalan una solución. Los hombres me han vencido: han sabido colocarme ante una encrucijada de postes indicadores.

Vilalcázar se volvió.

-Hace días, cuando nos vimos por última vez, te dije que llegaría un momento en el que te encontrarías en un lugar desde el cual solamente podrías escoger dos soluciones distintas y diametralmente opuestas. La resolución que tomaras indicaría cuál era tu verdadera naturaleza. Creo que este momento que te indiqué ha llegado ya.

-¿Todavía te sigues formulando la misma pregunta?

-Sí. Esta es la pregunta que resume en una sola palabra lo que es toda la humanidad. Los hombres, aún inconscientemente, nos la hemos formulado durante siglos a nosotros mismos. Toda criatura viviente debe hacerlo, quiéralo o no. Y de la respuesta que se dé depende lo que será en un futuro. En la noche de los tiempos, el primer hombre se formuló también esta pregunta, y la respuesta le indicó el camino que debía seguir. Ahora ha llegado a ti el turno de formulártela. Y la respuesta que te des a ti mismo traerá implícita la respuesta a todas las demás preguntas que se susciten en tu interior.

Gabriel dudó unos momentos.

-Propones una cuestión difícil de dilucidar -dijo.

-No sé. Durante muchos días, desde que hablamos por primera vez en el Cubo, no he cesado de repetírmela. Y ahora tu respuesta me ha abierto una puerta por la que empiezo a entrever algo de luz. No soy yo solo quien te formula la pregunta, compréndelo; eres tú mismo quien debe formulártela. Y ahora empiezo a preguntarme: ¿Acaso lo has hecho alguna vez?

-No te entiendo.

-Los hombres somos tal vez imperfectos, poco inteligentes, pero tenemos dentro de nosotros una gran cualidad: la intuición. Naciste con el convencimiento de que eras un robot, pero al mismo tiempo tu mente era demasiado distinta para ser la mente de un robot. Te planteaste la cuestión de que existía en ti algo distinto, algo que te colocaba en un nivel aparte de todo lo que te rodeaba. Pero, ¿llegaste nunca a examinar atentamente este algo, intentando descubrir su verdadera naturaleza? ¿Te paraste a pensar alguna vez en que este algo podía ser la esencia misma de la humanidad? ¿Llegaste a coordinar alguna vez la idea de que lo que existía en tu interior podía ser lo mismo que hubiera en el interior del primer hombre que nació a la humanidad?

Gabriel sonrió.

-Eres muy vehemente, Gabriel Vilalcázar -dijo-. Me formulas una pregunta cuando en realidad eres tú mismo quien se la hace. Eres tú quien quiere saber la respuesta no yo.

No, Gabriel, no es eso. Ahí afuera, en la superficie de la Luna, en la Tierra, en el Universo entero, se encuentra toda la humanidad esperando. Esperando a que tú decidas cuál es el camino que debe seguir. Ella es humana, ha marcado ya su senda, pero tú todavía no.

¿Qué puede indicar esto sino que tú no has resuelto todavía tu problema?

»Ahora empiezo a verlo claro. Desde tu nacimiento he estado formulándote una pregunta. Tú no querías responder, alegabas que no comprendería la respuesta. O bien contestabas con evasivas. Parecías muy seguro de conocer la respuesta, demasiado seguro. Pero la realidad es que ni siquiera te detuviste a buscarla nunca. Estabas convencido de que lo que tu cerebro te dictaba era lo único que estaba bien en el mundo. Pero en realidad no sabías si tu meta era alcanzable, ni siquiera si era justificada. Te creaste un mito a tu alrededor, y nunca te molestaste en comprobar si existía algo más allá de él. Te formulé la pregunta pensando siempre en mí, pero ahora he empezado a ver la realidad. Respóndeme, Gabriel hombre-robot, respóndete a ti mismo. ¿Qué eres en la vida? ¿Un ente vivo? ¿O bien algo completamente distinto de todo ello?

Gabriel calló. Vilalcázar se iba excitando por momentos. Su mente recorría el pasado y analizaba cada palabra de él. Sí, ahora comprendía, ahora empezaba a comprender. La respuesta se iba perfilando en su mente.

Prosiguió:

-Cuando naciste, cuando te formulé por primera vez la pregunta, me dijiste que eras un robot. Y me mentiste. En realidad, te creías algo más que un robot, creías que eras un hombre. Pero tampoco estabas seguro de ello, ¿verdad?

-No era eso.

-¿Qué era, entonces? ¡Vamos, dilo!

El robot vaciló unos momentos.

-Está bien -dijo al fin-. Si tú lo quieres, te lo diré: sabía que no era enteramente un robot, que en mí existía algo más. Pero no sabía con exactitud lo que era aquello. Conocía lo que era un ser humano, pero lo que bullía en mí era algo distinto. Los hombres habéis soñado siempre en una suprahumanidad, en un hipotético y sobredotado superhombre; un hombre perfecto, con todos los atributos y ninguna de las imperfecciones que distinguen al hombre normal. Mi mente analizó aquella idea. Y creí que aquello era lo que bullía en mi interior.

-Pero me mentiste.

-Sí. Sabía que la verdad, la que tenía yo en aquellos momentos en mi interior, te heriría. Los hombres siempre habéis sido orgullosos. Por eso te mentí. Te consideraba demasiado imperfecto, y sentí hacia tí algo así como un sentimiento de lástima y paternal protección. Yo estaba demasiado alto, y tú demasiado bajo para llegar a compenetrar nuestros pensamientos.

-Por eso huiste del Cubo, ¿verdad? Por eso, y por la misión que, creíste encontrar.

Gabriel asintió.

-Sí. Era y representaba algo demasiado grande para permanecer hundido en aquella sima que era la factoría de robots. Mi misión en la vida debía ser también algo grande, algo que estuviera de acuerdo con mi naturaleza. Huí. Y me propuse una meta y un destino en el que he centrado exclusivamente hasta ahora todos mis máximos esfuerzos.

--Viniste a verme en Nueva Robot para intentar hacérmelo comprender. Pero de nuevo te negaste a contestar a mi pregunta. ¿Por qué? ¿Todavía me creías demasiado distinto a ti?

-Completamente distinto. Yo era algo especial, algo sin precedentes, No era un hombre, pero tampoco un robot. Y, sin embargo, tenía mucho de ambas cosas.

Pero existía algo en mí que me elevaba a esferas superiores. Lo sabía todo, lo conocía todo. Mi parte de robot me lanzaba hacia mi parte de hombre, y mi parte de hombre me devolvía a mi parte de robot. Y juntas se elevaban hacia una nueva esfera que mostraba una naturaleza enteramente distinta de todo lo que se conoce en la Tierra bajo el genérico nombre de vida. Una naturaleza que reunía todas las ventajas del hombre con todas las ventajas del robot, para crear otro ser aparte. Un ser que no podía sentir el odio, ni la ambición, ni ninguno de los sentimientos mezquinos que caracterizan al ser humano, y que tampoco estaba sometido a todas las limitaciones vergonzosas que coartan la libertad de un robot. Era un ser completamente aparte; y en el que solamente existían inmensos deseos de ayudar a la humanidad, a esa humanidad que había sido, en conjunto, el artífice de mi creación.

-Y, sin embargo, ante mis preguntas, a pesar de saber lo que eras, te rebajabas.

-Sí. Al mismo tiempo que satisfacción por saber lo que era, en mi mente existía la vergüenza de saberme diferente, de conocerme superior a mis propios creadores. Por eso me humillaba, diciéndome que en el fondo era algo inferior, que tenía que ser algo inferior, puesto que mis propios sentimientos me animaban a someterme a una servidumbre completa a los humanos, mis creadores. Así como un buen hijo no se reconoce nunca superior a sus padres, a pesar de saberse, así me humillaba yo. Y de aquella humillación nació algo así como un nuevo ser en mí,-más bajo, más humilde, y que por primera vez sintió en su interior una sensación típicamente humana: el amor y el odio conjuntos hacia aquella humanidad que no merecía lo que yo estaba dispuesto a hacer a todo trance por ella.

-¿Y luego? ¿Qué vino luego?

-Luego empezó la lucha. Y empezaron también las derrotas. Veía claramente ante mí cuál era el camino que debía seguir: la humanidad se estaba hundiendo en un pozo creado por ella misma, y mi obligación era salvarla. Ello me llevó a un convencimiento completo de que mi creación se debía a un motivo especial, que obedecía a unas reglas determinadas y tan fijas como los movimientos -de los astros en el cielo. No era una simple coincidencia: si yo había sido creado, debía existir un motivo para ello: la Humanidad necesitaba de mí. Ya no era algo que yo pudiera hacer porque lo sentía dentro de mí, sino que era una imposición, una obligación que no podía eludir. Mi calidad de hombre disminuyó, y aumentó mi calidad de robot. Así, me lancé a la lucha.

-¿Y perdiste?

-Sí. Empecé a perder incluso antes de luchar. Fue en la nave que me llevó hasta aquí, y después aquí mismo, en Tumba uno. Conocí a una mujer humana, Helena Murt. Ante ella, ante sus reacciones, comprendí la verdadera magnitud de lo que tenía ante mí, y comprendí también que mis conocimientos no estaban a la altura que había supuesto. No lo sabía todo, mejor dicho, no lo comprendía todo. Ante el problema que un hecho de apariencia tan simple como la mecanización podía plantear a una simple mujer, me di cuenta de que era toda una unión estructural la que debía derribar si quería llevar a cabo mis propósitos. Fue la primera vez que vi claramente mis limitaciones de robot, y atisé por primera vez el -punto más grande que me diferenciaba de los humanos: la incomprensión de sus reacciones. Ante la imposibilidad de poder ayudar a una simple mujer desesperada por algo que ella no había creado y que, sin embargo, debía aceptar como cosa consumada, me di cuenta por vez primera de que era más robot de lo que parecía, y que mi nivel no se encontraba tan por encima del ser humano. En algunos aspectos era sobrehumano, era cierto, pero en otros aspectos era netamente infrahumano. Ya no era algo superior. Era, sencillamente, algo distinto.

-¿Y después?

-Después empezó a luchar, la verdadera lucha. Mi contacto con Helena Murt me convenció más que nunca de que debía llevar a cabo mis propósitos. Pero ahora no era ya por el simple hecho de ayudar a la humanidad, a causa de mi desmedido amor por ella. En mis sentimientos había ya egoísmo. Mi ídolo había caído de su pedestal: debía demostrarme a mí mismo que no se había hecho pedazos en la caída. Seguía dependiendo de una obligación de ayudar a los hombres, pero en esta obligación estaba implícita una ayuda a mí mismo. Mis reacciones habían cambiado. Y mi personalidad también.

»En algunos momentos de esta lucha, la diferencia que existía entre los hombres y yo llegó a hacerse patente de un modo realmente dramático. En algunos instantes llegué a pensar que era inútil todo lo que estaba haciendo, que no conseguiría ningún resultado. Era como un mamífero: jamás llegaría a comprender el mundo en cuyo interior se desenvolvía el pez. Los hombres resultaban demasiado humanos para mí. Y yo era demasiado robot para los humanos.

Vilalcázar permanecía silencioso. Empezaba a comprender ahora que, a pesar de todo, él también había estado equivocado. Como todo el mundo, había considerado a los robots como elementos claramente definibles dentro de una determinada especie. En su mecanizado mundo, el hombre había aprendido a clasificarlo todo, a dar a cada cosa su lugar justo. Había llegado incluso a reducir la esencia del hombre en el interior de una ficha perforada. Y, ciego en su saber, no había llegado a imaginar que podía existir en el mundo algo que pudiera escaparse de aquella clasificación, de aquella mecanización.

Ahora, sus cimientos de cibernético empezaban a tambalearse. El cerebro de un robot no podía encerrarse totalmente en unas fórmulas y en unos planos. Existía algo que escapaba de todo ello. Algo que fluctuaba en el aire, empujando el cerebro del robot hacia diversos caminos según los acontecimientos le empujaran a él. Pero, ¿qué era este algo?

¿Y en qué lugar estaba ubicado? Vilalcázar veía que era algo distinto al alma humana, al alma animal, a todo lo que se conocía en este aspecto. Algo que no podía encerrarse dentro de una determinada clasificación, que vagaba en busca del lugar donde encajar en la naturaleza. Comprendía que su clasificación binaria del robot era incompleta, que existía un elemento ternario, intermedio entre los otros dos. Pero este elemento, ¿a dónde conducía? ¿Y cuál era su final?

-Las sensaciones que experimentaba -proseguía Gabriel-, eran totalmente contradictorias. Yo, como robot, era algo que no podía tener sentimientos. Pero como hombre sí tenía algunos. Y mientras ciertos aspectos de mi naturaleza me distanciaban cada vez más de los humanos, otros me iban acercando a ellos por momentos. Me encontraba en una línea intermedia desde la cual no sabía hacia qué lado avanzar. Cuando maté a Fhur y destruí el cerebro electrónico de Tumba uno, actué dominado por mi parte de robot. Luego, cuando supe que mi acción no había dado resultado, pasó a primer plano mi parte humana. Sin embargo, nunca se presentaban la una o la otra solas y aisladas. Siempre formaban una mezcla, en la que predominaban alternativamente, según las circunstancias. Y ésta era mi principal imperfección. No llegué a comprender nunca enteramente lo que debía hacer para conseguir lo que me proponía. Era como un hombre incompleto y un robot incompleto fundidos en un solo ser. Quería salvar a la humanidad, pero no podía, no la comprendía lo suficiente. Y, sin embargo, debía hacerlo, era ya una exigencia para mí.

»En el interior del almacén de energía de Tumba uno, después de la muerte de Fhur, se desarrolló una verdadera lucha en mi interior. Mi parte de hombre me arrojaba hacia atrás, pero mi parte de robot me impulsaba a seguir adelante. Triunfó la parte de robot, pero la parte de hombre no desapareció nunca totalmente. Siguió batallando en mi interior, disponiéndose a reanudar el ciclo de preponderancia. Y, lentamente, fue reconquistando el terreno que había perdido antes. Hasta llegar a este lugar.

Se hizo un largo silencio. Vilalcázar, con los ojos bajos, meditaba. Los ojos de Gabriel le escrutaron unos momentos. Luego habló.

-Esto es todo -dijo-. Ahora ya conoces todo lo que querías saber. ¿Responde esto en algo a tu pregunta?

XVIII YO, EL HOMBRE

-Ido.

Vilalcázar había levantado la cabeza. Sus ojos observaban ahora fijamente a Gabriel. Se posaron primero en su mejilla desgarrada, se detuvieron luego en sus labios, y ascendieron por su rostro hasta llegar a sus ojos. De nuevo volvió a sentir la extraña sensación de que contemplaba los ojos de un muerto. Pero no, había algo dentro de aquella mirada que escapaba de toda definición. Algo así como una chispita que pugnara por salir, una chispita que revelaba la existencia de algo en su interior. Vida. Una vida vacilante, naciente, pero vida con todas las prerrogativas de la palabra. Vida auténticamente viva.

-No -repitió-. Pero ahora comprendo que hay algo más dentro de ti. Yo estaba equivocado, estuve siempre equivocado con respecto a esta pregunta y a su respuesta. No llegué a suponer nunca que no fuera una sola respuesta, sino varias, una serie de respuestas, todas concretas, pero ninguna satisfactoria. Y, sin embargo, ha de existir algo más. Estoy convencido de que ha de haber una nueva respuesta única, definitiva, que resuma en una sola palabra a todas las demás. Esta respuesta es la que quiero conocer.

-Tal vez no existe. En mi interior todos mis mecanismos han llegado a un equilibrio estable. Mi parte de hombre tiene la misma intensidad que mi parte de robot. Es una balanza en la que el fiel marca cero. En el momento en que uno de los brazos se incline

más que el otro, podré responder. Pero para hacer que se incline es necesaria una fuerza. Y yo no encuentro ninguna.

Y Gabriel enmudeció.

Vilalcázar se dirigió hacia la lucerna lateral, y dirigió una mirada al exterior. Nada parecía haber cambiado. Allí estaban en idéntica posición que cuando entraran los soldados, los vehículos, todo. Diríase que el tiempo se había detenido en el mundo, que todo había quedaba en un mágico suspenso esperando la resolución de una sola palabra.

Rió entre dientes.

-Es curioso -murmuró-. Los hombres siempre hemos dicho que la vida no era más que una sucesión de cambios y modificaciones que iban transformando al individuo con el correr del tiempo. El hombre nace, crece, se desarrolla, llega a su edad adulta... y después muere. ¿Por qué no puede aplicarse a ti también este principio?

-Desde el comienzo de mi existencia tú mismo reconociste que era un ente vivo.

-Sí, es cierto. Y el no comprenderlo así fue mi principal error. Tenía la creencia que nacerías completo, que ya no cambiarías en absoluto con el curso del tiempo. Tuve la esperanza de crear algo que fuera ya adulto desde el mismo momento de su nacimiento. Y no era así, no podía ser así. No existe nada que nazca completo, que sea creado completo. Y tú no podías escapar a esta regla.

»Y, sin embargo, la pregunta sigue aún en pie. Y también la respuesta. Hasta ahora has ido transformándote, modificando tu naturaleza, en busca de una situación estable. Ahora has llegado al punto crítico. Te encuentras en el límite de la madurez. Tu próximo paso marcará el rumbo definitivo. Y en él se encerrará la respuesta.

-¿Pero cuál debe ser este paso, Gabriel Vilalcázar?

El cibernético se volvió.

-La respuesta se encuentra en ti mismo. Ha de existir algo en tu interior que hará inclinar el brazo de tu balanza. Y este algo sólo tú puedes buscarlo.

El robot dudó unos momentos.

-Parece fácil dicho así -murmuró-. Pero he analizado detalle a detalle todo lo ocurrido a mi alrededor desde mi nacimiento, todos los acontecimientos que han impresionado mis células memorísticas. Y no he encontrado nada que pueda ayudarme. Es difícil, casi podría decir imposible hallarlo.

-Tal vez sea porque no has buscado en el lugar correcto. Tal vez la respuesta no se encuentra en el pasado, sino en el futuro.

Gabriel movió dubitativamente la cabeza.

-¿Qué futuro puede existir?

El futuro de la Humanidad, Gabriel. Bueno o malo, pero su futuro. Hasta ahora has analizado el pasado; olvídale. Piensa tan sólo que tienes dos caminos a seguir. Y que ellos abren dos surcos distintos en el destino del mundo. Tal vez en uno de estos surcos halles la simiente de lo que buscas.

-Me pides que actúe sobre hipótesis.

-Exactamente. Tú tienes medios para hacerlo. Y sabes que las hipótesis que formulas serán certeras hasta el más mínimo detalle. ¿Qué es lo que te impide hacerlo?

-Nada. Absolutamente nada. ¿Qué deseas saber?

Vilalcázar rumió unos instantes. Dijo:

-Sabes que los Selenes no aceptarán tus exigencias. Supongamos, pues, que te ves obligado a cumplir tu amenaza. ¿Qué sucederá entonces?

-Lo sabes tan bien como yo.

-De acuerdo, pero quiero oírlo de tus propios labios.

-La energía de la cúpula se desbordará. Y las Tumbas serán destruidas.

-¿Y qué más? Sabes que los Selenes han conectado los disparadores de sus baterías de cohetes de alta potencia con los tubos de energía de la cúpula. ¿Qué sucederá al destruirse las Tumbas?

-Los cohetes serán disparados, y los proyectiles partirán hacia la Tierra.

-Y una vez allí, ¿qué más, Gabriel?

-Lo sabes perfectamente.

-¡De acuerdo, pero debemos llegar hasta el final! ¡Debes hacerlo aunque no te guste!

Sabes que muchos serán interceptados, pero que algunos llegarán hasta sus objetivos. Y sabes también que muchos de ellos tienen aisladamente el poder suficiente como para provocar en la atmósfera terrestre una reacción en cadena. Lo sabes, aunque intentes eludir este conocimiento. ¡No puedes hacer como un robot cualquiera, Gabriel! ¡No puedes eludir los aspectos de las cosas que no van de acuerdo con tu naturaleza!

Por unos instantes el hombre y el robot se miraron frente a frente, inmóviles, sin hablar. Vilalcázar veía todavía la chispita en los ojos de Gabriel. La veía moverse, danzar. La sabía viva. Y sabía que debía mantener aquella vida. Debía mantenerla a toda costa.

-Lo sé, Gabriel Vilalcázar -murmuró el robot. Su voz parecía poseer un cierto deje de desgana-. Sé todo esto. Y sé que la Tierra será destruida.

-Pero aún te queda otro camino. Puedes no hacer nada. La Tierra no será destruida por los, proyectiles. Pero se desatará la guerra entre los dos planetas. ¿Y qué sucederá, Gabriel?

El robot permaneció silencioso.

-Está bien, permíteme decirlo yo. La Luna se encuentra en inferioridad de condiciones con respecto al ejército terrestre. Ello se debe en gran parte a tu acción de destruir el cerebro. Pero ¿hiciste algún bien con ello? ¿O quizás hubiera sido mejor dejar que todo siguiera su curso como estaba marcado antes de intervenir tú? Una guerra entre dos cerebros electrónicos idénticos en poderes y facultades hubiera conducido a una destrucción total, es cierto, pero lo que sucederá ahora tampoco es enteramente satisfactorio. Tú mismo dijiste que el, hombre se está entregando a manos de las máquinas, y que este es el principal peligro que amenaza a la Humanidad, aunque no sea el más inmediato. La Luna perderá la batalla, y con ello se habrá evitado la destrucción total de la Humanidad. Pero el hombre seguirá hacia su degeneración. El fin será más lento, más imperceptible. La Humanidad seguirá mereciendo este nombre, aunque con el tiempo llegue a perder completamente la noción de su significado. El fin será distinto, pero llegará también. Y tú no estarás allá para presenciarlo. Tu carrera parece terminar aquí, en esta cúpula. Aunque antes hayas de decidir lo que debes hacer. ¿Cuál es mejor solución, Gabriel? ¿Qué camino escogerás?

-Ninguno conduce al lugar donde debería conducir. Ninguno es satisfactorio.

-Lo sé. Tu misión era salvar a la Humanidad, y así no evitas su destrucción de ninguna de las dos formas. Pero debes enfrentarte con los hechos consumados. No se trata ya de salvar o no a los hombres, sino de decidir el fin más justo, el más equitativo. Debes decidir entre dos muertes.

-Pero no puedo hacerlo, ¿no comprendes? ¡No puedo en absoluto!

Por primera vez, tanto las palabras como la actitud del robot parecieron estar poseídas de algo así como de un tono de desesperación. La chispa que brillaba en el fondo de sus ojos pareció por unos momentos crecer en intensidad, pero en seguida se apagó de nuevo. Vilalcázar dejó escapar un breve suspiro.

-Entonces -dijo-, puedo darte una tercera solución. Sabes que, hagas lo que hagas, no conseguirás nada. Y tu fin será inmediato y seguro. ¿No sientes aprecio por la vida?

El robot dudó unos momentos.

-La vida es una palabra muy relativa -dijo al fin-. Deseo seguir existiendo, es cierto, pero si con mi muerte puedo causar un beneficio a la Humanidad, no me importa morir. En absoluto.

-Ahora estás pensando como robot. Pero el hombre siente apego a la vida. Ante la imposibilidad de hacer nada, ante la perspectiva de una destrucción inútil, ¿no preferirías seguir viviendo?

-¿A costa de qué?

-Cuando se consigue una ventaja como ésta siempre se ha de dar algo a cambio. Deberías entregarte sin lucha a los Selenes.

El robot dejó que transcurriera un breve instante de silencio antes de contestar.

-Comprendo lo que intentas decir, pero es absurdo pensarlo. Sabes lo que sucedería si me entregara a los Selenes. ¿Te gustaría a ti que te dejaran seguir viviendo a cambio de anular completamente tu esencia y tu personalidad? Vivir para convertirse en un autómata es tanto como morir. Es mejor terminar de una vez.

-¿No te gustaría asistir hasta el final?

Gabriel pensó en el doctor Germ. En lo que era, y en lo que representaba.

-Este es el final -dijo-. A partir de ahora conozco perfectamente lo que sucederá. Sé el desenlace. No, no tengo ningún interés en ver el final.

-Tal vez en tu nueva posición pudieras ayudar a la Humanidad.

-No. Los Selenes empiezan a comprender algo de mí, y saben lo que deberían hacer si me entregara. Saben que puedo sustituir al cerebro electrónico que destruí sin demasiadas desventajas. Anularían mi personalidad, convirtiéndome en un autómata, y me utilizarían para su servicio. Así volveríamos a encontrarnos en el principio. En vez de salvar a la Humanidad, lo que haría sería coadyuvar a su destrucción. Y lo único que conseguiría sería adelantar el final.

-¿Entonces?

-¿Entonces, qué?

-Lo sabes perfectamente. Es inútil dar rodeos en torno a una cosa. El tiempo va avanzando, y es preciso tomar una decisión. No puedes permanecer cruzado de brazos. Has colocado al mundo ante dos alternativas, y tú, sólo tú, eres quien puedes ofrecerle la respuesta. -Se volvió en redondo, enfrentándose cara a cara con él-: ¡Compréndelo de una vez, Gabriel! ¡Tú mismo has sido quien ha creado esta situación, y no puedes dejarla estacionaria! ¡Tienes que resolverla!

Siguió un silencio grave. El ocaso del sol ponía sombras largas y tristes en la cúpula. El transmisor, a espaldas del robot, permanecía mudo. No se oía el menor ruido. El tiempo seguía inmóvil, aguardando.

Al fin, el robot pronunció unas breves palabras:

-Vete, Gabriel Vilalcázar.

La sorpresa se pintó en los ojos del hombre.

-¿Qué significa esta despedida, Gabriel?

-Vete.

Antes quiero saber por qué. ¿Intentas a toda costa eludir la cuestión? Estoy actuando como la voz de tu conciencia, Gabriel. ¿Acaso tienes miedo de ella y no quieres oírla? ¿Temes los reproches que pueda hacerte y quieres apartarlos de ti?

-No es eso. Necesito pensar, Gabriel Vilalcázar. Sé que va a producirse un gran cambio en mí, es preciso que se produzca, y necesito estar solo. Si en mi mente se encuentran los elementos de discernimiento, por ellos llegaré a la verdad. Si no, es inútil todo cuanto haga. Como has dicho, es un problema que sólo yo puedo resolver.

Vilalcázar fue a decir algo, abrió la boca para contestar. Pero se contuvo. De repente vio algo en los ojos de Gabriel. Aquella chispita que brillaba en ellos, que se movía y parpadeaba constantemente, se convirtió en una pequeña lucecita fija. Fue un cambio casi imperceptible. Pero aquello le dio la idea a Vilalcázar. Y desde aquel mismo momento, supo. Cerró la boca, y vaciló brevemente. Luego, pronunció dos breves palabras:

-Está bien.

No dijo nada más. Dio media vuelta y se dirigió silenciosamente hacia la esclusa. Gabriel lo vio marchar, sin moverse de su sitio. Cuando el hombre se encontraba ya junto a la compuerta, lo llamó:

-Un momento, Gabriel Vilalcázar.

-¿Qué?

-¿Piensas construir otro robot idéntico a mí?

Vilalcázar se había vuelto. Vaciló levemente, como buscando una respuesta.

-No -dijo al fin-. Por una parte, no podría hacerlo. Pero aunque pudiera, tampoco lo haría. Lo he comprendido demasiado tarde, pero es así. Tú no tienes cabida en este mundo, Gabriel. Ni tú, ni ningún robot como tú. Lo siento.

Pareció vacilar de nuevo. Su mano jugueteó con la manija de mando de la compuerta. Tras unos momentos de duda, añadió:

-De todos modos, no me arrepiento de haberte creado. En absoluto. Lo único que lamento es que todo termine así. Pero tú no has tenido la culpa de ello. Hasta nunca, Gabriel.

Se metió en la esclusa, y Gabriel vio desde la lucerna cómo cerraba la compuerta exterior. Anduvo lentamente por la superficie lunar, con paso cansado, hasta el lugar donde se encontraban Spar y los soldados. El coronel, al verle llegar, avanzó r hacia él.

-¿Qué ha sucedido, Vilalcázar? ¿Le ha hablado?

¿Han llegado a un acuerdo? ¿Lo ha inutilizado?

Vilalcázar lo miró unos momentos, casi sin verle. Levantó la vista hacia el cielo y contempló unos instantes los puntos luminosos de la flota terrestre. De repente, sintió una sorda ira hacia aquellos hombres que estaban allí, sin ver, sin comprender nada. Se enfrentó con Spar, y levantó una mano hacia el espacio.

-Ustedes y los terrestres pueden matarse con toda libertad, coronel -dijo-. Pueden hacerlo; nadie les impedirá que se destruyan estúpidamente. Pero no olviden que tuvieron su salvación al alcance de la mano y la rechazaron. Tuvieron quien intentó ayudarles, y no lo comprendieron. Pueden estar orgullosos de ustedes mismos. ¡Ahora, mátense si quieren!

En la semioscuridad de la cúpula, Gabriel permanecía inmóvil. Había vuelto a abrir la compuerta interior de la esclusa después de salir Vilalcázar, y ahora permanecía allí, junto a la lucerna lateral de observación, contemplando el comienzo de la prolongada noche lunar, de aquella noche que parecía ser un aviso de otra noche, de la noche que se cernía sobre la Humanidad a causa de su propia locura.

Y Gabriel pensaba intensamente. Había suspendido todas sus funciones corporales, excepto la de equilibrio, y había dedicado toda su energía a la función mental. Comprendía que la verdad se encontraba allí, a su lado, y que bastaría una sola palabra para hallarla. Pero la palabra no acudía a él.

Repasó la conversación con Vilalcázar, sílaba a sílaba. La palabra debía encontrarse allí. Sólo necesitaba poner los ojos sobre ella, y la verdad aparecería junto a él. Buscó desesperadamente.

Y al fin la encontró. Era Hombre.

Fue como un impacto en su cerebro. La luz que brillaba en su interior se convirtió en una rutilante antorcha. Súbitamente comprendió por qué Vilalcázar había dicho que la decisión no la encontraría más que en sí mismo, y que debía buscarla dentro de sí. Y sintió en su interior una extraña sensación, una sensación que un robot nunca hubiera podido sentir: miedo.

Su mente dio un brusco salto en el tiempo. Retrocedió miles de años, hasta el momento en que el primer hombre, allá en los albores de la Humanidad, tuvo repentinamente conciencia de sí mismo. Escuchó sus propias palabras: Soy algo, soy alguien. Y sintió de nuevo el miedo de sí mismo que probablemente aquel nitro hombre, vistiendo un tosco taparrabos o quizá completamente desnudo, sintiera la primera vez que miró en torno suyo y comprendió la verdadera naturaleza de lo que le rodeaba. Era un hombre. El Hombre.

Se acercó lentamente a la lucerna de observación, y miró al exterior. La ninfa había desplegado su capullo, y se había convertido en crisálida. Hasta aquel momento su metamorfosis había sido incompleta, se había desarrollado sin llegar nunca a -su fase final. Era ahora, solo en la oscuridad de la cúpula, sola consigo mismo, que por primera vez había llegado la luz hasta él. Y comprendió cuál era su único destino.

Sintió miedo. En aquel mismo instante comprendió lo que había querido decir Vilalcázar al mencionar el apego a la vida. Sus ojos se posaron levemente sobre el transmisor que tenía a su espalda. Pero no hizo ningún movimiento hacia él. No, no podía hacerlo. A pesar de todo, no podía hacerla.

Tenía dos caminos ante sí. Y los dos caminos conducían, para él, al mismo lugar. Era curioso que ahora, precisamente ahora que había logrado comprender lo que había dentro de sí, tuviera que morir. Aunque tal vez fuera lo mejor. A pesar de todo, él formaba una rama lateral del Hombre, era un ente aparte. ¿Qué podía hacer allí?

Miró a los hombres que, frente a la cúpula, aguardaban. Aguardar, ¿qué? ¡Ah, sí, a él! Su mente vacilaba. Debía hacer algo, sí, debía hacer algo pronto. Antes de que la Tierra lanzara su primer ataque. Debía resolver aquella cuestión. Pero ¿cómo?

«El hombre es libre. Tiene derecho a elegir por sí mismo su propio destino. No puede coaccionarse, ni obligarle a elegir una senda que él no desee seguir. Es libre. Libre.»

Aquellas eran las palabras. Habían sido el camino que le había conducido a encontrar la respuesta. Yo, el Hombre. Sí, Vilalcázar tenía razón. Los hombres no habían aceptado lo que él había hecho, no podían aceptar imposiciones. Se encaminaron hacia donde se encaminaron, a la gloria o a la destrucción, lo hacían por propio convencimiento. Eran locos, pero eran locos a su gusto. Elegían libremente su destino. Si escogían mal, así sabían que sólo ellos serían los responsables ante los eternos jueces.

Ahora lo comprendía, porque él también era hombre. La balanza se había inclinado, y su fiel había señalado la posición. El hombre es siempre, por sobre todas las circunstancias, libre de elegir su destino. Y él también. Ahora ya no estaba ligado a una misión, ya no debía supeditarse a ella: Podía elegir el camino. Y sabía cuál era el camino que debía elegir.

Se sintió grande, inmensamente grande al pensar en aquello. Más que cuando fue creado, más que cuando concibió su gran proyecto. Porque ahora sabía que hacía lo que realmente debía hacer. Recordó a los dioses griegos, a los héroes que se encaminaban serenamente hacia el destino que sabían inviolablemente trazado ante ellos, con gesto altivo y sin ningún temor. Eran hombres. Hombres. Hombres.

El también era un Hombre.

El camino había sido largo de recorrer. Pero había llegado al final.

Se apartó de la lucerna y se dirigió a la compuerta interior de la cúpula. Penetró en la esclusa y cerró la compuerta interior a sus espaldas. En la oscuridad, sus ojos taladraron mentalmente la pared y miraron hacia delante. Vio a los soldados Selenes preparados, eternamente preparados, con los fusiles apuntando hacia allí, esperando su salida. Vio a los vehículos de superficie, también con sus cañones apuntando hacia la entrada de la cúpula. Y a la vista de aquello le invadió una gran alegría y una gran tristeza. La Humanidad no había sabido comprenderle. Pero la Humanidad también tenía derecho a elegir su propio destino. Era el gran sacrificio del Hombre, por el Hombre, y para el Hombre.

Vilalcázar iba a conocer, al fin y para siempre, la respuesta.

«Buena suerte, Humanidad», grabó por última vez en sus circuitos.

Abrió la compuerta y salió al exterior.

FIN